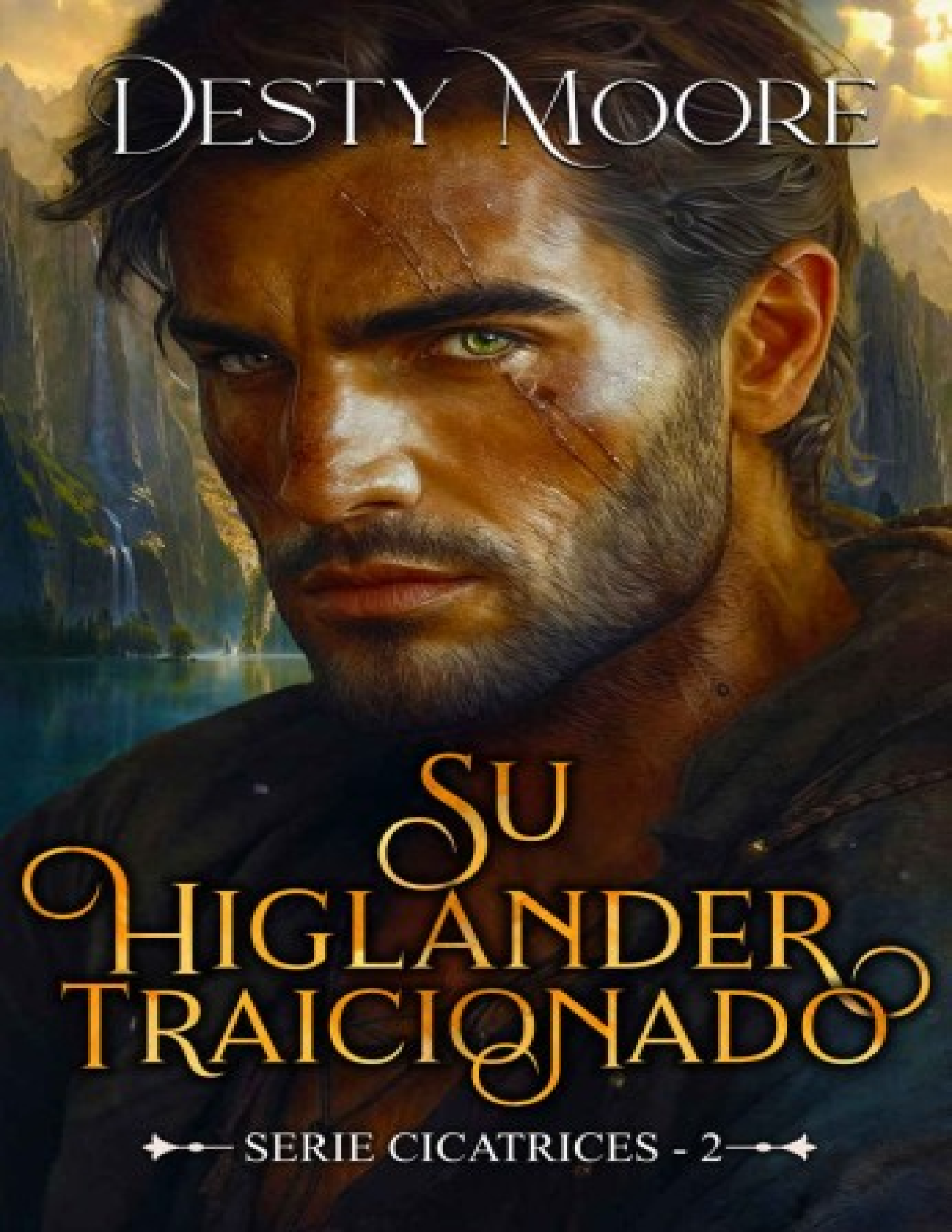

DESTY MOORE
SU HIGLANDER TRAICIONADO
SERIE CICATRICES - 2

Su Higlander Traicionado

Desty Moore



©DESTY MOORE

Primera edición, 2025

Novela Histórica

Todos los derechos reservados.



La traición fue su única salida; la pasión, su condena.

Un juramento bajo la luna unió, por un año y un día, a Jenna MacLaren y Caleb MacDonell. Aquella noche sellaron en secreto la promesa de amarse hasta el regreso de él de la guerra. Pero la traición no nació de su corazón, sino del deber. Para salvar a la familia de Caleb de la ruina, Jenna aceptó casarse con Giles Munrray… y calló su verdad.

Cuando Caleb regresa, encuentra a la mujer que ama en brazos de otro. Su orgullo herido se transforma en venganza, y su mirada, antes tierna, arde con rencor. Jenna, atrapada entre la obediencia y la pasión, lucha por confesarle la verdad. Cada encuentro se convierte en una batalla entre la ira y el deseo, entre la memoria de sus besos y la realidad de una boda que avanza inexorable.

Él no puede perdonar la traición. Ella no puede renunciar a su amor. El destino los arrastra a enfrentarse con sus propios

demonios: la lealtad, la vergüenza, el orgullo herido y un deseo imposible de apagar. Y mientras la iglesia proclama las amonestaciones, Jenna y Caleb arden en un secreto que ni la venganza, ni el deber, ni la culpa podrán sofocar.

Un amor prohibido. Una pasión que desafía la ley. Una carrera desesperada contra el tiempo antes de que la traición los condene para siempre.

Índice

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Notas

Capítulo 1

La noche antes de la batalla, un jefe de las Highlands escogía a sus mejores hombres para el *Ghillie Liam*, o danza de las espadas. Cada guerrero colocaba dos armas en cruz frente a sí: una representaba la suya propia y la otra, la de su enemigo. Al compás de las gaitas, comenzaba la danza. Con ágil precisión, los pies de los hombres se movían alrededor de las hojas cruzadas. Las telas a cuadros ondeaban y los espíritus de quienes observaban se elevaban hasta que los corazones latían al ritmo del tambor. La leyenda afirmaba que, si un pie tocaba una espada, aquel guerrero caería herido o muerto en la inminente batalla.

La multitud abrió espacio en el patio para los bailarines. El jefe anunció a los elegidos, entre ellos Caleb MacDonell, quien se colocó ante un par de espadas cruzadas. Soldados de todo el territorio del clan MacDonell se habían congregado antes de

descender a las tierras bajas en servicio del rey, con la misión de sofocar a los rebeldes *covenanters* y acabar a sus líderes radicales.

Alrededor, pequeñas hogueras teñían la noche de un resplandor ámbar que atrapaba volutas de humo. Caleb respiró el reconfortante aroma de la turba mientras aguardaba a que los demás ocuparan sus lugares. Una figura entre la multitud atrajo su atención: la sonrisa de Jenna MacLaren lo hizo olvidarse de sí mismo. Respondió al gesto antes de obligarse a apartar la mirada cuando las gaitas alcanzaron su agudo zumbido.

El ritmo del *bodhrán*[1] animaba a los hombres. De pronto, la música se aceleró y encendió el entusiasmo de la multitud. Los vítores y gritos se mezclaron con las chispas que se elevaban en el aire. Caleb, alto y delgado, poseía músculos tensos que conferían a su gracia masculina un poder natural. A ratos parecía ingrávido, y en el siguiente, una fuerza que se afirmaba en el suelo con cada paso. Su porte erguido encarnaba el orgullo de las Highlands.

Un movimiento entre la gente lo distrajo. Un joven se había acercado demasiado a Jenna. Caleb lo reconoció: era uno de los recién llegados al clan. Aunque de estatura media, sus hombros anchos le daban una presencia imponente junto a ella. Caleb lo

observó mientras seguía el patrón de baile, el corazón golpeando al compás del tambor. El nombre regresó a su memoria: Giles. El atrevido sostenía la mano de Jenna entre las suyas. Ella intentaba liberarse con su delicadeza habitual. Caleb apretó la mandíbula, la ira ardiendo en su interior.

En ese instante perdió la concentración y dio un paso en falso. El chocar de las espadas arrancó un grito ahogado de la multitud. Ignorando las palmadas de aliento que recibió en la espalda, abandonó la danza y se dirigió hacia Jenna. Ella le lanzó una mirada breve y directa antes de desaparecer entre la multitud. Giles giró en su dirección, pero la joven ya se había perdido entre los del clan.

Caleb aceptó un trago de una petaca que le tendieron, luego se excusó para alejarse. Caminó hacia los árboles, atento. Unos pasos se aproximaban a su espalda; llevó la mano a la daga y se volvió.

—¡Caleb! —Jenna rió mientras le sacudía los hombros con gesto juguetón y un deje burlón en la voz—. ¿Ibas a luchar conmigo?

Él le sonrió, los ojos oscuros descendiendo hasta sus labios antes de volver a encontrarse con la intensidad de su mirada.

—Oh, no, cariño. Me asustaste, eso es todo.

Le tomó la mano y la condujo hacia el sendero que penetraba en el bosque. Una media luna iluminaba su andar bajo las ramas. Ninguno preguntó adónde iban; bastó con internarse en la penumbra hasta que él la atrajo a sus brazos. Sus labios rozaron los mechones color trigo mientras inhalaba el aroma de lavanda.

Jenna suspiró, acoplándose contra su pecho.

—¿Sabes cuánto te voy a echar de menos?

Caleb quiso responder, pero se perdió en el roce de sus labios. Los pinos murmuraban con la brisa mientras él la alzaba suavemente de la barbilla.

—Tengo ganas de volver a la luz solo para contemplar tu rostro —murmuró.

Ella sonrió.

—Si aún no sabes cómo soy…

—Lo sé, pero podría olvidarlo mientras estoy lejos.

—¡Más te vale que no! —replicó con dulzura—. Porque yo no te olvidaré. —Le acarició los labios con los dedos y lo besó con hambre contenida.

Caleb apoyó la frente en la de ella.

—No puedo olvidarte. Estás grabada en mi alma. —Besó su frente antes de guiarla hacia un claro oculto bajo un enorme tejo, cuyas ramas bajas formaban una guarida natural.

Jenna se inclinó para entrar, pero él la sujetó.

—Jenna. —Su voz sonó más grave de lo que pretendía.

Ella lo tranquilizó con suavidad:

—¿Has cambiado de opinión, Caleb? ¿O es por la danza de las espadas? Es solo una superstición.

—¡Jenna! —respiró hondo para calmarse—. Cariño, te quiero.

—¡Y yo a ti! —lo abrazó con ímpetu—. Y quiero estar contigo antes de que te vayas. ¡No digo que sea para siempre! Pero entiendes lo que quiero decir.

—Lo sé. —Él intentó sonreír, aunque el pensamiento lo ensombreció—. Pero si yo muriera…

—¡Cállate! No quiero escucharlo. —Le tapó los labios con los dedos.

Él los besó con ternura.

—Quiero abrazarte y no soltarte jamás.

—Estoy aquí —susurró ella, acariciándole el cabello con dedos temblorosos.

—Cásate conmigo.

—Sabes que lo haré, cuando regreses…

—No. Ahora. Antes de partir. Soy tuyo, mi amor, porque mi corazón, cada respiración y cada sueño de mi vida te pertenecen.

Los ojos azules de Jenna brillaban bajo la luna.

—Yo también soy tuya, Caleb.

—Entonces, hagámoslo ahora.

—¿Ahora?

—¡Sí!

Él sacó de su *sporran*[2] una moneda rota y la unió a la mitad de ella.

—Llevaré esto conmigo. Al igual que esta moneda, no estaré completo sin ti. —La suya, atravesada por un pequeño agujero, pendía de una cadena—. ¿La llevarás por mí?

Ella asintió, y él se la colocó al cuello. Luego desató el *kertch*[3] que sujetaba su cabello, lo soltó en cascada sobre los hombros y ató

con la prenda las manos de ambos.

—Me prometo a ti, Alisia, aunque siempre te he pertenecido. Y desde este momento, tú lo quieras o no, mi corazón siempre será tuyo.

—Soy tuya y lo seré para siempre —respondió ella con una risa nerviosa—. Pero vuelve pronto, porque te echaré de menos.

—Mi Jenna. Regresaré tan pronto como me sea posible, y entonces estaremos juntos, donde debemos estar.

—¿Entonces estamos unidos?

—Durante un año y un día.

Ella hizo una mueca.

—Ay, Caleb, suena a demasiado tiempo.

Él la estrechó con fuerza.

—Cuando regrese, tendremos una boda como es debido.

—No si mis padres lo descubren.

—Entonces te secuestraré. Pero nadie nos separará.

Jenna se aferró a la tela de su *leine*[4].

—Pues tendrás que secuestrarme, porque no me escuchan. No soy tan fuerte como tú.

—Pero lo serás. —Le levantó la barbilla y la miró con ternura.

—¿Qué es esto? ¿Ya te arrepientes?

—Tendré tiempo para eso más adelante —respondió ella con una sonrisa forzada.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! Pero eres tan guapo que me dolería aún más perderte.

—No me perderás. —Él la acunó contra su cuello y la envolvió en caricias.

La levantó entre sus brazos y la llevó al interior de la glorieta. El aroma de la tierra los rodeaba cuando Caleb dejó caer el cinturón y el *sporran*. Extendió su *plaid*[5] sobre las hojas y, con delicadeza, desabrochó el *arisaid*[6] de Jenna, seguido de la camisa y la falda, que resbalaron como agua sobre su piel. Ella tomó su mano y él la guió hacia el lecho de hojas.

A la mañana siguiente, familias y amigos despidieron a sus hombres. Los ojos de Caleb se posaron en ella con cautela. Jenna sostuvo su mirada con una sonrisa valerosa, mientras sus dedos acariciaban la cadena escondida bajo el camisón, guardián de la moneda rota. Su expresión se volvió impasible, para que nadie advirtiera dónde se posaban sus ojos. Sin embargo, aquella mirada oscura encendió un calor repentino en el corazón de la joven, que temió que este fuera a estallar.

Por un instante, Caleb bajó la vista, como si dudara de su partida. Pero enseguida se volvió y se marchó con los demás. En cuanto lo perdió de vista, Jenna se escabulló y tomó el sendero del bosque hasta el viejo tejo. Se sentó bajo sus ramas y acarició las hojas aplastadas que cubrían el suelo. Todavía podía sentir en ellas el eco de su piel contra la suya.

Capítulo 2

Jenna se despertó sobresaltada. Se había quedado dormida llorando en el bosque, en el lecho de hojas que había compartido con Caleb. La noche anterior había estado demasiado llena de pensamientos sobre su futuro junto a él como para conciliar el sueño. Solo a la mañana siguiente, cuando todos los hombres se hubieron marchado y sus emociones se agotaron, el cansancio terminó por vencerla. Había dormido allí toda la tarde, y ahora anochecía. Sus padres comenzarían a preguntarse dónde estaba.

Caminó hacia casa, atravesando las franjas de tierra que su padre, como arrendador, alquilaba a los granjeros. Los padres de Caleb cultivaban una de esas parcelas, lo que los situaba por debajo de la posición social de Jenna, como a menudo le recordaban.

Jenna se detuvo al ver a su padre salir de la cabaña donde vivían Caleb y los suyos. Irvin MacDonell le seguía, con aspecto desaliñado y servil. Se sostuvo en el marco de la puerta antes de seguir a Ewan MacLaren por el sendero del jardín. Apenas se detuvo para suplicarle. Jenna no necesitó oír sus palabras para adivinar el motivo: en los últimos años, la bebida había consumido a Irvin.

Caleb mantenía la granja pese a las frecuentes ausencias de su padre. Este desaparecía durante horas, a veces días, y regresaba ebrio, incapaz de trabajar. A menudo se retrasaban en el pago del alquiler, un hecho que Ewan MacLaren jamás dejaba de señalar.

—¡Jenna! —llamó su padre. Saludó con un gesto seco a Irvin, luego sonrió a su hija y le tendió el brazo—. Ven, caminaremos juntos a casa.

Avanzaron en silencio hasta que ella se atrevió a preguntar:

—Padre, ¿sucede algo?

—Llevan casi un año de retraso en el alquiler —respondió él.

Jenna ocultó su alarma. ¿Sabría Caleb lo grave que era la situación?

—Pero seguro que ahorrará mientras esté fuera.

—No lo suficiente para cubrir la deuda.

—¿Qué vas a hacer? —susurró ella.

—Alquilo los arreos para obtener ingresos. Si ellos no pagan, lo hará otro.

—Pero, padre, no los echarías…

Él sonrió con afecto.

—No, si cumplen con el pago, muchacha. Ahora hablemos de cosas más agradables.

Jenna quiso insistir, pero él la interrumpió:

—Esta noche recibiremos la visita de los Munrray.

La joven reprimió un suspiro. Conocía de sobra a esa familia. El señor Munrray era un terrateniente que vivía a medio día de cabalgada y a quien su padre admiraba. Se había casado por encima de su clase social, y gracias a ello se había convertido en un hombre próspero.

Ewan continuó hablando de Giles, el hijo, pero Jenna apenas lo escuchaba. Siempre había sido cortés con él, porque así se esperaba de ella, aunque su insistente interés la inquietaba. Giles imponía su presencia sin temor a resultar indeseable, y lo hacía con especial

arrogancia frente a ella. La noche anterior casi la había arrastrado fuera de la danza de las espadas sin siquiera preguntarle. Todo lo que Jenna deseaba era contemplar por última vez a Caleb, memorizar cada rasgo, cada gesto suyo. Por fortuna, alguien distrajo a Giles lo suficiente como para que ella pudiera escabullirse entre la multitud. Pero por desgracias su madre la interceptó por el pasillo cuando está se acercaba al gran salón.

—Jenna, ¿dónde has estado? ¿No pretenderás dejar solos a nuestros invitados?

—No, mamá —respondió Jenna, bajando la barbilla para ocultar el ceño fruncido. A veces deseaba no ser tan obediente.

—¿Señora MacLaren? —una criada las interceptó en el pasillo.

Cora suspiró.

—¿Qué ocurre?

—La señora MacDonell desea verla.

—¿A mí?

La muchacha aclaró enseguida:

—Sí, es la señora MacDonell, de la granja del final de la calle.

Jenna ya estaba corriendo hacia la puerta, sonriente. Conocía a la madre de Caleb desde niña; había sido casi una segunda madre para ella y, cuando se casara con él, lo sería de verdad. Abrazó a Emma, y al separarse notó el rostro de la mujer endurecido por la preocupación. La sonrisa de Jenna se borró de inmediato. Quiso preguntar, pero se contuvo: ya se imaginaba el motivo. En su lugar, la invitó a pasar al salón.

—Tienes cosas que hacer, Jenna —dijo su madre, interviniendo con firmeza.

Ella asintió y se retiró, mientras Cora se hacía cargo de la visita. Arriba, en su habitación, Jenna se quitó el *arisaid* y se apoyó contra la puerta cerrada. De la prenda aún emanaba un tenue aroma a pino y aire fresco. Caleb la había envuelto en ella la noche anterior, cuando el frío se intensificó. Jenna la llevó a su rostro y aspiró hondo.



—¡Jenna! —la llamó su madre desde las escaleras.

Los invitados habían llegado y debía comportarse como si no llevara el corazón desgarrado por la ausencia de Caleb. Con un suspiro, bajó para enfrentar la velada.

—Están en la sala de estar —le indicó Cora en un murmullo—. Ve y conversa con ellos.

Ante la vacilación de su hija, la empujó suavemente. Una mirada suplicante no surtió efecto. Jenna respiró hondo y entró en la estancia donde su padre recibía a los Munrray.

Al cruzar el umbral, la conversación se interrumpió. Giles fue el primero en ponerse en pie, seguido por su padre y Ewan MacLaren.

—Buenas noches —saludó Jenna, dirigiéndose a los tres antes de inclinar la cabeza hacia su progenitor—. Padre.

Estaba a punto de sentarse cuando su madre la condujo con presteza hasta el lado de Giles. La joven le lanzó una mirada aterrada y luego se volvió hacia él.

—Pensé que habías partido esta mañana con los demás.

El gesto reprobatorio de su padre bastó para que comprendiera que su pregunta era inoportuna. No le correspondía entrometerse en las decisiones de Giles; su deber era hacerlo sentir bienvenido. Jenna calló, aunque el recuerdo de la noche anterior ardía en su

memoria: Giles había intentado arrastrarla a la fuerza fuera de la danza, y aún sentía la presión de su mano en la muñeca.

Él, indiferente a su rechazo, continuó la conversación con los demás hasta que la mirada incisiva de Cora obligó a Jenna a fingir interés. Mientras tanto, se preguntaba cómo había logrado su padre convencer a los Munrray para aceptar la invitación. Ewan llevaba años intentando reavivar la antigua amistad con Malcolm, un amigo de infancia que, tras casarse por encima de su posición, se había distanciado deliberadamente. Quizá el reciente clima de despedidas hubiera propiciado el encuentro. Aun así, ¿por qué Giles no había partido con los demás? Jenna prefirió no dedicar más pensamientos al asunto: solo deseaba que se marchara.

Giles sabía sonreír. Tenía un porte atractivo, un rostro limpio y confiado que la mayoría de las mujeres encontraba seductor. Jenna era la excepción, lo cual parecía estimular más su interés.

—He retrasado mi partida un día —le explicó, dedicándole una sonrisa segura—. Mañana me reuniré con los demás.

—¿Ah, sí? —asintió ella con fingida cortesía.

Al hacerlo, captó la mirada significativa de su madre, que se volvió enseguida hacia Cora. Los padres intercambiaron sonrisas

discretas, como si compartieran un secreto tácito.

Después de la cena, Jenna se quedó en el pasillo con sus padres.

—Habla con ella, Ewan. No puedo dejar solos a nuestros invitados —susurró Cora, y con un susurro de seda en las faldas se marchó.

—Padre, no… —murmuró Jenna.

El rostro severo de Ewan prohibía la oposición.

—En unos minutos, Giles Munrray te ofrecerá acompañarte afuera para dar un paseo.

Jenna comenzó a protestar.

—Una vez fuera, te pedirá que te cases con él.

—Pero no puedo…

—Y tú dirás que sí. —Ewan no cedió.

—Por favor, no me pidas esto —suplicó ella en voz baja.

Ignorándola, continuó:

—Le gustas, Jenna. Eres una chica afortunada.

—Estoy bastante segura de que no soy la primera ni la última que le gusta.

—Pero se casará contigo. —Ewan sonrió mientras le alzaba la barbilla—. Y no hay nadie tan encantadora como mi pequeña Jenna.

Ella le devolvió la sonrisa, aunque con esfuerzo.

—No puedo casarme con Giles.

—Ha retrasado su partida por ti, Jenna. Iba a pedírtelo anoche.

—¿Anoche? ¿Lo sabías? —preguntó, incrédula.

Jenna había oído hablar de los matrimonios concertados, pero jamás imaginó que sus propios padres tramarían uno sin que ella lo sospechara.

—Por supuesto que lo sabía —repuso Ewan con frialdad—. Ahora deja de decir tonterías. Todo está arreglado y él te espera en la sala.

—No puedo casarme con él —insistió con humildad.

—Oh, pero puedes, y lo harás.

—No. —El temblor en su voz apenas ocultaba la resolución que trataba de mostrar. Nunca había sido capaz de enfrentarse a su padre; lo que él llamaba respeto no era más que miedo. Pero ahora

debía arriesgarse—. Estoy prometida a otra persona. A Caleb. Estamos comprometidos.

El rostro de Ewan se tiñó de ira, aunque su tono se mantuvo controlado.

—¿Te has comprometido? ¿Con él?

—Sí —respondió Jenna, sintiendo el mismo miedo que de niña, cuando había hecho algo indebido.

—¿Caleb? ¿El hijo de ese borracho?

—Padre, no seas cruel.

—Perdóname. Digamos mejor granjero, uno demasiado ocupado bebiendo para cultivar su tierra y pagar el alquiler. ¿Es esa la vida que quieres?

—Caleb no es así.

—Su madre vino a suplicar más tiempo para pagar.

—Fue su padre quien lo causó, no Caleb.

Ewan negó con la cabeza.

—No voy a permitir eso para mi pequeña Jenna.

—Ya no soy tu pequeña Jenna —exclamó demasiado rápido, revelando más de lo que deseaba.

—¿Cuándo fue ese compromiso?

—Anoche.

Ewan avanzó y le sujetó la mandíbula. Tras un largo silencio, le obligó a levantar la barbilla. Jenna alzó la mirada con temor.

—¿Se acostó contigo?

—No voy a….

—Mírame y dime la verdad —ordenó él.

En los ojos de su padre, Jenna vio no solo ira, sino también miedo y repugnancia creciente.

—No —mintió.

El suspiro de alivio que él dejó escapar la asustó casi más que su cólera. La soltó con brusquedad.

—¿Y quién fue testigo de ese compromiso?

—Nadie. Pero no por eso es menos cierto.

La mirada de Ewan se endureció como el acero.

—Si nadie lo vio, no puede probarse.

—¡No necesita probarse! Él lo sabe y yo lo sé. ¡Nada cambiará eso!

Ewan habló con calma helada:

—Probablemente fue un compromiso de un año y un día, por lo que no significa nada.

—Para mí lo significa todo.

—Ahora vas a entrar ahí y sonreír dulcemente. Cuando Giles te invite a dar un paseo, aceptarás. Y cuando te pida matrimonio, dirás que sí. Porque si no lo haces, echaré a los padres de Caleb de su miserable choza.

—¡Padre, no puedes! —la voz de Jenna se quebró, pero aun así se mantuvo firme, con los ojos clavados en él.

—¿Cómo crees que se las arreglarán? —replicó Ewan, inclinándose hacia delante, con el ceño fruncido—. No podrán.

—¿Cómo puedes hacer algo así? —Jenna dio un paso, la desesperación vibrando en cada palabra.

—Haré lo que sea necesario para proteger a mi hija —respondió él con una calma glacial, que dolía más que un grito.

—No quiero que me protejas de Caleb. Lo amo —la confesión le salió en un susurro vehemente, con lágrimas brillando en sus ojos.

Ewan apretó los labios.

—Entonces piénsalo bien, Jenna, porque tú soportarás el peso de las consecuencias.

Ella bajó la mirada, el pecho agitándose bajo la presión del silencio.

—Me pides demasiado.

—Te pido que hagas lo mejor. —Ewan estaba tranquilo. Había ganado.

Jenna lo sabía. Si él cumplía su amenaza, Emma no sobreviviría. Llevaba años soportando a un marido inútil y ahora, con Caleb lejos, la carga era insoportable. La granja recaería casi por completo sobre sus hombros.

—Caleb no lo aceptará —protestó Jenna.

—Caleb no lo sabrá.

—Och, se lo diré en cuanto vuelva.

Ewan sonrió con satisfacción.

—Puedes hacerlo, claro. Pero entonces perderán la granja. Yo les permito quedarse, y retiraré esa generosidad si él llega a saber lo que hemos hablado.

Jenna quedó atónita. Había visto a su padre mostrarse implacable en los negocios, pero nunca imaginó que sería capaz de usarla así. Si Caleb estuviera allí, se enfrentaría a él, cuidaría de sus padres y cumpliría su promesa. Pero se había marchado, y todo recaía sobre sus hombros.

Si desobedecía, los MacDonell perderían su hogar. Sin Caleb, serían indefensos. Irvin se hundiría en la bebida, Emma sufriría, y el fruto de años de trabajo se perdería. Y ella… tampoco tendría dónde ir. Buscar a Caleb era imposible. No sabía dónde se encontraba, y ninguna dama podía viajar sola por las Highlands sin exponerse al desastre.

La realidad era cruel: debía proteger a los padres de Caleb hasta su regreso. Giles partiría pronto con los demás hombres y, más adelante, ella y Caleb hallarían una salida.

Con Jenna finalmente en silencio, Ewan sonrió y le besó la frente.

—Esa es mi Jenna.

La condujo de regreso a la sala de estar.



Giles llevó a Jenna al exterior para dar un paseo. Mientras descendían por el sendero del jardín, su mano intentó deslizarse hacia la de ella. Para evitarlo, Jenna se llevó la suya al rostro y apartó un mechón de cabello.

Caminaron hasta rodear un abedul, donde Giles se detuvo y le levantó la mano. Ella no se atrevió a mirarlo.

—Jenna… —la observó, buscando toda su atención—. Te habrán dicho que vamos a casarnos.

—Hace poco —repuso ella, alzando la vista lo suficiente para ser cortés, sin poder sostenerle la mirada. Sus pensamientos estaban con Caleb y su familia. Debía recordarse que tenía que ganar tiempo hasta que él regresara.

—Mañana partiré para unirme a los demás hombres.

De pronto, se le ocurrió una idea. Caleb estaría entre ellos. Giles lo vería y se lo contaría. Entonces él sabría lo de la boda, pero

no el porqué. No había manera de explicárselo. Aunque pudiera enviarle un mensaje, no podía hacerlo sin poner en peligro a sus padres. Su silencio rompería el corazón de Caleb, igual que a ella ya se lo había roto.

—Cuando regrese, estaremos casados. Jenna, ¿me oyes?

—Sí… —murmuró con voz quebrada.

Giles interpretó aquella respuesta como un signo de emoción y sonrió satisfecho.

Jenna bajó la mirada, deseando que acabara cuanto antes.

—Estaremos casados y serás mi esposa.

Ella se estremeció por dentro. Giles se inclinó y la besó. No lo esperaba, aunque supuso que debería haberlo hecho. Tampoco esperaba que su lengua buscara paso entre sus labios cerrados. Cuando intentó apartarse, él le sostuvo la cabeza con la palma de la mano, obligándola a permanecer cerca. El jadeo que escapó de ella fue involuntario.

—Vas a casarte conmigo. Ahora dame un beso —exigió con los ojos encendidos antes de cubrir su boca con un beso devorador, imposible de eludir.

—Giles… —ella presionó las palmas contra su pecho hasta lograr separarse.

Él la soltó, desconcertado, aunque sin dejar de clavarle la mirada en los labios.

—Eres tan hermosa… No puedes culpar a un hombre por querer besar a su amada antes de partir.

Ella se limpió discretamente los labios con los dedos.

—No es exactamente a la guerra a donde vas, Giles.

Él entrecerró los ojos.

—Ten cuidado, mi amor, o sonarás como una arpía.

Indignada, Jenna alzó la barbilla y entreabrió los labios en protesta. Para su sorpresa, Giles sonrió.

—Tienes fuego en ti, muchacha. Me gusta. —Sus ojos hambrientos la recorrieron mientras se inclinaba de nuevo.

Jenna intentó apartarse, pero él le sujetó la mandíbula con firmeza.

—Giles… —suplicó, esforzándose por resistir—. Te ruego que me concedas un poco de tiempo.

Él la soltó con desdén.

—¿Tiempo para qué, Jenna?

—Apenas te conozco. —Sintió deseos de llorar o vomitar, aunque logró contenerse—. Acabo de enterarme de que vamos a casarnos.

—Tendrás tiempo cuando me haya ido. Hasta entonces, voy a darte un beso como es debido.

Y la obligó de nuevo a recibirlo.



A la mañana siguiente, Giles partió a caballo con el pequeño grupo de hombres que lo había acompañado. Jenna mantuvo el semblante sereno, aunque por dentro se preguntaba cuánto tardaría Caleb en enterarse. ¿Unos días? ¿Una semana? ¿Qué importaba? Se enteraría. Y cuando lo hiciera, estaría convencido de que ella lo había traicionado.

Capítulo 3

Agosto de 1680

Jenna había tenido más de un año para prepararse para aquel día. Sin embargo, había momentos en que su compromiso con Giles le parecía una pesadilla. Mientras Caleb y Giles estaban lejos, luchando por el rey contra los *Covenanters*, los días habían transcurrido sin cambios. Nadie sabía cuándo regresarían los hombres, si es que regresaban. El dolor de pensarlo la obligó a dejar de lado cualquier plan para el futuro. Nunca había tenido intención de seguir adelante con la boda y, aun así, había pasado más de un año haciendo preparativos con sus padres. Durante todo ese tiempo, había añorado a Caleb. Le había roto el corazón, y él el suyo. Pero su amor seguía siendo verdadero. Encontrarían la manera de volver a estar juntos. Después de eso, Caleb sabría qué hacer. Hasta

entonces, los planes de boda seguían su curso. Con el paso de los meses, parecían cada vez menos reales, hasta que a Jenna le resultó fácil ignorarlos.

Entonces los hombres regresaron a casa. La noticia se extendió con rapidez, y todos se reunieron para darles la bienvenida. La mayoría de los soldados se detendrían allí para comer, beber y descansar antes de continuar hacia sus hogares, de modo que una multitud cada vez mayor aguardaba ansiosa a sus seres queridos. Entre ellos, Jenna escudriñaba con expectación.

—Hola, Jenna.

Un escalofrío recorrió su espalda. No estaba preparada para escuchar aquella voz, pero no tuvo escapatoria: la reconoció al instante.

—Giles… —se volvió, convencida de haber ocultado su decepción, aunque el fugaz destello en los ojos de él le demostró que no lo había logrado—. No te había visto —añadió con una sonrisa forzada. ¿Cómo iba a verlo? Ella esperaba a Caleb.

Hablaron del viaje, del tiempo, de cualquier cosa que no tocara lo que verdaderamente pesaba entre ellos. Sus padres se unieron y asumieron la conversación, lo que alivió la incomodidad de

Jenna. Giles pasaría la noche en su casa antes de continuar hacia la suya.

Jenna distinguió al amigo de Caleb, Kinner, y se excusó para ir a su encuentro. Destacaba en la multitud, no por su hermosura, sino por la rudeza de sus facciones. Casi demasiado severo para ser considerado guapo, poseía, sin embargo, una presencia tranquila que imponía respeto. La fuerza mental y física que irradiaba obligaba a los demás a fijarse en él.

—¡Kinner! —Jenna le tomó del brazo. Cuando él se volvió hacia ella, percibió que algo no iba bien.

—Jenna.

Ella sonrió, aunque sus ojos la traicionaban.

—¿Está Caleb contigo?

—No.

El miedo le heló el rostro. Sus labios apenas esbozaron el inicio de una pregunta.

—Tranquila, muchacha. —La voz de Kinner se suavizó mientras la sostenía del brazo.

—¿Estás bien, Jenna? —preguntó Giles, que se había acercado.

—Sí, estoy bien. Solo un poco abrumada.

Giles la escrutó con detenimiento.

Cuando Kinner le soltó el brazo, Jenna insistió:

—¿Están todos contigo?

—Ven, Jenna —intervino Giles, tomándola de la mano como a una niña para llevarla consigo.

Ella se volvió hacia Kinner y susurró:

—¿Dónde está Caleb?

Kinner y Caleb formaban parte de un grupo de amigos íntimos con quienes Jenna había crecido, casi como una hermana más. Los hombres habían entrenado y luchado juntos durante años.

Kinner notó no solo la agitación silenciosa de Jenna, sino también la vigilante insistencia de Giles. Por eso comenzó a ponerla al día sobre las novedades de sus compañeros. Habló de Liam, hijo del jefe, que durante mucho tiempo no había sido reconocido como tal y que ahora regresaba con una esposa de las tierras bajas, Emmy. Se había hablado de ello durante semanas, aunque Nellie, la

madre de Gavin, se apresuraba a asegurar que Emmy era encantadora por dentro y por fuera, y que Liam tenía suerte de haberla hallado. Detrás de él, Hammish reía mientras abrazaba a una de las muchas jóvenes que parecían caer rendidas a sus encantos a diario. Con su sonrisa irresistible, el cabello áspero color arena y la mandíbula cuadrada, hacía suspirar a las mujeres, y su porte poderoso les hacía temblar las rodillas.

—Mis padres me esperan —dijo Giles con impaciencia, tirando de Jenna unos pasos más allá. Ella miraba hacia atrás: habían hablado de todos menos de Caleb.

De repente, Giles se detuvo y comenzó a conversar con otra persona. Distracción suficiente para soltar la mano de Jenna.

Ella dio un paso discreto hacia Kinner.

—¿Qué le ha pasado a Caleb?

—Cálmate, muchacha. —Sus ojos se deslizaron hacia Giles con desconfianza.

Con él cerca, Jenna no podía explicarse. Kinner ignoraba la verdad de su amor por Caleb. Ella y él habían ocultado sus sentimientos incluso a sus amigos, temiendo que cuanta más gente lo supiera, más probable era que se enterara su padre. A medida

que su relación se profundizó, sabían que acabarían casándose. Jenna se lo confió a su madre, y fue un error. Cuando su padre lo descubrió, lo zanjó como una fantasía infantil. Desde entonces, ambos mantuvieron su amor en secreto.

Kinner la miró con fijeza. Sus ojos, frenéticos, lo suplicaban.

—No ha pasado nada. Él está bien —murmuró con tono grave. Sus ojos, no obstante, se desviaron hacia Giles, que seguía enfrascado en su charla.

Jenna exhaló, tratando de sostenerse en aquella escasa certeza.

—Aceptó un trabajo en un barco mercante —añadió Kinner.

—¿No ha vuelto contigo?

—No.

—¿Cuánto tiempo estará fuera?

—No creo que tenga muchas ganas de regresar todavía —contestó con franqueza.

Antes de que Jenna pudiera replicar, la hermana de Kinner lo abrazó con entusiasmo. Sus hermanos y padres lo rodearon, mientras Giles la llevaba hacia sus progenitores.



A la mañana siguiente, Giles ya se había marchado, aunque prometió regresar en una semana para ver a Jenna. Cumplió su palabra, y volvió cada semana durante un mes. Los rumores sobre la boda eran incesantes. ¿Cuándo volvería Caleb? Solo faltaba un mes para la ceremonia.

Jenna escapó al bosque, al refugio del viejo tejo donde había pasado con Caleb su última noche juntos. Durante el último año, había acudido allí con frecuencia para sentirse más cerca de él. Bajo aquellas ramas podía pensar en Caleb, libre de la mentira de su compromiso con Giles. Había pasado un año imaginando cómo terminaría todo. Se recostó, contempló el dosel de ramas y cerró los ojos para soñar despierta. Tenía que creer que Caleb volvería con ella. Bastaría una sola mirada para que él comprendiera que su amor no había cambiado. Entonces le contaría la verdad y él la entendería. Antes de que su padre pudiera desalojar a sus padres, huirían todos juntos, y la vida sería como siempre habían esperado.

Al salir del bosque, la niebla cubría el suelo en jirones que se deslizaban con la fresca brisa otoñal.

—¿Jenna? —emergió una voz de la bruma. Era Giles.

—Uno de los muchachos de los granjeros creyó verte venir hacia aquí —explicó con una sonrisa—. He decidido quedarme un día más.

Conmocionada, Jenna no miraba adónde iba y tropezó con la raíz de un árbol. Giles la sujetó del brazo para estabilizarla y mantuvo la mano allí mientras avanzaban entre la niebla.

El sendero pasaba frente a la cabaña de Caleb. No esperaba verlo, y menos aparecer de improviso desde la esquina del establo. Se detuvo. ¿Por qué nadie le había dicho que estaba de vuelta? Sus ojos profundos se clavaron en los de ella. Jenna abrió la boca, aunque la distancia impedía hablar.

La mirada de Caleb descendió hacia Giles, cuya mano aún descansaba en su brazo. La oscuridad turbada de sus ojos la dejó paralizada. Al instante siguiente, Caleb se apartó bruscamente y desapareció dentro del establo.

Él se había ido, y Jenna permaneció inmóvil, incapaz de apartar la vista del lugar donde lo había visto.

—¿Jenna? —Giles la observaba con fijeza.

Ella levantó la vista distraída.

—Deja de mirar. Te estás avergonzando y me haces quedar como un tonto.

Con un tirón, la obligó a seguir por el camino. Jenna se forzó a dirigir la atención hacia su casa, pero su corazón y sus pensamientos seguían con Caleb.

Capítulo 4

Caleb inspeccionó el campo que había dejado al cuidado de su padre. El arrendatario, el padre de Jenna, ya había venido a reclamar el alquiler atrasado. Irvin se había marchado, como casi todos los días, dejando a Caleb y a su madre a cargo de la granja y de la deuda impagada.

Su madre no lloraba delante de él; aquella mañana se había despedido con una taza de té y un beso en la frente, antes de dejarlo solo con su ira. El campo, descuidado, ofrecía poco digno de cosecha, salvo el huerto que su madre había plantado y cuidado con esmero. Caleb se dirigió al establo, abandonado desde que partiera a las tierras bajas. Otro cualquiera habría maldecido, pero él no esperaba más de su padre. Apretó los dientes y se concentró en poner orden en el desastre.

Mientras limpiaba, oyó su nombre pronunciado en voz baja desde la puerta.

Caleb no era hombre de mostrar sentimientos. Tal vez lo había aprendido en casa: su padre los escondía en una botella; su madre, en una férrea perseverancia que fingía que nada la perturbaba. De ella había heredado el orgullo y la disciplina, ocultando cualquier debilidad bajo un control severo que ahora se tambaleaba. El simple sonido de la voz de Jenna atravesó aquel escudo. No era el orgullo lo que le impedía mirarla, sino el corazón, que se negaba a obedecer. Por mucho que lo hubiera herido, su amor seguía vivo, dispuesto a buscar el dolor que lo destrozaría.

Con un último esfuerzo de dominio, echó una pala al carretín antes de volverse hacia ella.

Volverse hacia ella era sencillo; incluso mirarla a los ojos, dentro de los márgenes de la cortesía, todavía resultaba posible. Pero sostener aquella mirada era temerario. No obstante, no halló escapatoria: el amor lo arrastró sin clemencia, derribando de un golpe los muros que habían levantado meses de amargura.

—Jenna. —Su actitud cortés levantó un muro entre ambos, y Caleb notó con cierto placer que aquello la hería.

—¿Cómo estás? —preguntó ella con mansedumbre.

Su dolor se volvió agrio. Caleb soltó una risa amarga que la sobresaltó. Con fingida alegría, se apoyó en la pala, los ojos brillantes de rencor.

—Estoy bien, Jenna, gracias por preguntar. ¿Y tú?

Ella palideció.

—¿Cómo van los preparativos de la boda? —añadió él, sin esperar respuesta. Dejó la pala contra la pared y se quedó mirando las piedras, hirviendo de ira.

El silencio se alargó hasta que Jenna murmuró su nombre.

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó Caleb, volviéndose hacia ella.

—Siento que te hayas enterado por otra persona.

La voz de ella titubeó, como si buscara un asidero en medio de la tormenta.

—¿Lo sientes? Más lo siento yo, ya que me enteré por Giles.

La amargura le desgarraba la garganta; pronunciar aquel nombre fue casi un latigazo.

—Ay, Caleb, lo siento. Él no sabía nada de nosotros.

Las palabras le temblaron en los labios, apenas un ruego, cargadas de desesperación.

—Por supuesto que no lo sabía. Nadie lo sabía. Por eso te resultó tan fácil.

Su mirada ardía, herida de orgullo y de amor traicionado.

—Nada me ha resultado fácil.

Una sombra oscureció sus ojos, aunque enseguida reprimió todo sentimiento y se encogió de hombros.

—Has hecho una buena elección: el hijo de un terrateniente. Has ascendido socialmente. —Su mirada recorrió con desprecio el establo ruinoso—. Aunque admito que me sorprendió cuando me lo dijeron. No sabía que eso era lo que querías. Pensaba… —se detuvo, con una sonrisa amarga—. Bueno, no importa lo que yo pensara.

Su rostro se endureció hasta quedar vacío de toda expresión.

—Buena suerte, Jenna.

—Caleb, yo…

Antes de que pudiera continuar, él volvió al trabajo.

—Adiós, Jenna —dijo, mientras cargaba la carretilla.



Kinner y Caleb bajaron al lago Oich a pescar salmones para la cena. Caleb maldijo cuando uno se le escapó.

Kinner mantuvo la mirada fija en el agua.

—Estás de muy mal humor.

—Sí.

Se quedaron pescando en silencio. Al cabo de un rato, Kinner lo observó de reojo.

—No te había visto así desde Edimburgo. No será por Emmy, ¿verdad?

—¿Emmy? No. —Caleb clavó los ojos en el lago—. Me pregunto si alguna vez fue realmente por Emmy.

Kinner esperó, paciente.

—En aquel momento —prosiguió Caleb—, intentaba olvidar a otra persona.

El pensamiento se instaló en el aire hasta que Kinner preguntó:

—¿Has visto a Jenna?

—¿Jenna? —La mera mención del nombre lo tomó por sorpresa.

La expresión de Kinner era demasiado reveladora como para ignorarla, aunque Caleb lo intentó.

—Sí. —Y mientras lo decía, la fingida indiferencia se le desvanecía.

Kinner no se dio por vencido.

—Hubo un tiempo en que todos pensamos que había algo entre tú y Jenna.

Caleb aspiró hondo, como para protestar, pero terminó soltando el aire con un gesto de arrepentimiento.

—¿Cómo íbamos a pensarlo? —insistió Kinner.

—Éramos amigos, ella y yo.

—¿Amigos? —repitió Kinner con escepticismo.

Caleb volvió la vista hacia el lago.

—Sí, amigos.

—Amigos que se enamoraron —concluyó Kinner—. Bueno, tú al menos.

—Ella prometió casarse conmigo.

Kinner lo miró con preocupación.

—Nunca lo supimos. Os veíamos mirándoos de reojo, pero… ¿casaros? —Negó lentamente con la cabeza.

—Estábamos comprometidos. La noche antes de partir, juramos amarnos para siempre, y yo hablaba en serio. Íbamos a casarnos por la iglesia cuando regresara. Y a la semana siguiente apareció Giles Munrray, pavoneándose por el campamento y presumiendo ante todo el que quisiera escucharlo, incluido yo, por desgracia, de que estaban prometidos. —Caleb tragó saliva para contener el dolor—. Ella me entregó su cuerpo, excepto su mano. Esa se la entregó a Giles Munrray.

—No lo entiendo. ¿Por qué lo haría? —murmuró Kinner.

—Bueno, soy apuesto y guapo. —Caleb soltó una risa seca que se apagó enseguida—. Pero no soy hijo de un terrateniente. —El pensamiento lo llevó inevitablemente a recordar a su propio padre.

—Ella no puede amarlo —aseguró Kinner.

—¿Qué importa? No puedo tenerla. —Lo miró con dureza—. Me ha llevado más de un año llegar a esa brillante conclusión.

Kinner le dedicó una sonrisa comprensiva.

—Sí, bueno, eres un pensador poderoso.

A pesar suyo, Caleb se rió.

—Poco después conocí a Emmy, la prometida de Liam. Vi lo que tenían. Era lo que yo había perdido, y lo echaba de menos. Me enamoré de la manera en que ella lo amaba. Ella le era fiel, y lo sigue siendo.

—A diferencia de Jenna —señaló Kinner en voz baja.

—Exacto. —Caleb exhaló, con la mirada fija en el agua—. A este paso, nos moriremos de hambre.

—Es demasiado pronto para el salmón —replicó Kinner.

—Creo que eso fue justo lo que dije cuando veníamos hacia aquí. —Caleb arqueó una ceja con ironía.

—¿No echabas de menos pescar aquí mientras estuvimos fuera? —preguntó Kinner con una sonrisa.

—Esto no es pescar. Es estar de pie en el agua.

Kinner se echó a reír.

—Bueno, quizá podríamos recoger y tomarnos un trago.

Sin dudarlo, Caleb dio media vuelta hacia la orilla.

—Has renovado mi fe en tu sabiduría —gritó por encima del hombro.



Jenna acompañó a su madre al pueblo para hacer compras en la plaza del mercado. Su padre ya había partido temprano para ver ganado y cerdos. Los vendedores ofrecían sus productos en carretillas; la gente regateaba, charlaba y llenaba el aire de un bullicio de colores y movimiento. Lo que antes era uno de sus pasatiempos favoritos se había convertido ahora en un paseo rutinario, cuyo único propósito era escuchar y responder a su madre cuando era necesario.

A cada instante, esperaba ver a Caleb. Sabía que él no desearía verla, pero si lograba contemplarlo sin que se diera cuenta, quizá el peso en su corazón se aligeraría. Anhelaba la elegancia varonil de su

andar, el cabello oscuro y aquellos ojos profundos que siempre parecían lejanos, salvo cuando la miraban a ella.

Solía observarlo en silencio, preguntándose si alguien llegaría alguna vez a penetrar en su corazón. Siempre había sido reservado, pero no por arrogancia. Bajo aquella fachada distante se ocultaba un espíritu afectuoso y noble. Pocos lo conocían de verdad, pero quienes lo hacían no hallaban en él defecto alguno. Sus conocidos respetaban su carácter; sus enemigos, en el campo de batalla, temían su destreza con la espada. Pero Jenna conocía también su pasión y la ternura de su corazón.

Sabía lo que Caleb debía pensar de ella. Una parte de sí misma deseaba que, de algún modo, él conservara la fe y comprendiera su dilema. ¿Cómo podría hacerlo? A menos que leyera sus pensamientos, solo podía creer que lo había abandonado por Giles. Giles poseía una posición social de la que Caleb carecía. Y, aun así, Jenna quería creer que él la conocía lo bastante como para saber que eso nunca la influiría.

El pecho se le encogió. Qué herida tan cruel debió de causarle a Caleb regresar a casa cargado con la deuda de su familia. Ese

peso era ya bastante, pero perderla en favor de Giles debía de haberlo destrozado. Para ese dolor no había remedio.

Jenna había estado a punto de confesar la verdad, pero se contuvo. Nunca había dejado de amarlo, y jamás lo haría. Había actuado por el bien de sus padres. Ahora debía ser fuerte y esperar, hasta hallar la manera de convencer a su padre de que cancelara la boda.



La madre de Jenna conversaba con un panadero mientras él envolvía unas tartas.

Mientras ellas hablaban, Jenna planeaba su huida.

—Mamá, me duele la cabeza. ¿Te importa si me voy a casa andando?

—Quería comprar algunas cosas más, pero supongo que pueden esperar. —Cora frunció el ceño, pensativa.

—Quédate —insistió Jenna—. Iré andando. No está lejos, y creo que el paseo me hará bien.

Su madre sonrió con ternura y le acarició la frente y la mejilla.

—Está bien. Pero túmbate al llegar. No tardaré mucho en volver.

Jenna pasó junto a la madre de Caleb y su amiga Nellie, que aguardaban a que un pañero midiera cuatro codos de tela. Las saludó afectuosamente y continuó hacia casa.

Caleb se unió a ellas, llevando de la rienda a su caballo mientras atravesaba el mercado.

Nellie lo abrazó con efusividad.

—No he pasado más que unos minutos contigo desde que regresé tras la batalla. Tienes que venir a vernos. Te he echado de menos, muchacho.

—Yo también te he echado de menos, Nellie —respondió Caleb con una sonrisa. Luego se volvió hacia su madre—. Mientras estábamos en las tierras bajas, Nellie nos hizo sentir como en casa.

Los ojos de Nellie se humedecieron.

—Ojalá me hubiera quedado un poco más. —Suspiró—. Bueno, si los deseos fueran caballos, los pobres montarían. —Le apretó el brazo con afecto—. Y mírame, en un día tan bonito… —Alzó la vista

con falsa alegría, pero enseguida señaló—: Ay, he hablado demasiado pronto. ¿Ves esas nubes? Será mejor que me marche.

Emma pidió a Caleb que cargara algunas de sus compras más pesadas en el caballo.

—Nellie, ¿quieres que te llevemos algo?

—Ya le di la mayor parte a Hammish. Pero podrías hacer una cosa por mí, Emma.

—¿Sí?

Nellie asintió.

—Parad a tomar una taza de té de camino a casa.

—Nada me gustaría más —respondió Emma con una sonrisa cálida.

Un relámpago iluminó el cielo, seguido de inmediato por un trueno y el crujido de un árbol al caer.

Los tres se sobresaltaron.

—¿No hemos visto a Jenna caminando en esa dirección? —preguntó Nellie.

Caleb miró hacia el lugar donde debía estar ella, junto al árbol derrumbado.

Emma lo observó un instante y, con calma, le habló:

—Caleb, estamos más cerca de ella que nadie, y tú tienes tu caballo.

Él comenzó a negar con la cabeza, pero su madre lo animó.

—Ve a buscarla.



Aliviada por estar sola con sus pensamientos, Jenna llegó a las afueras del pueblo. Su corazón estaba con Caleb, y ocultar ese hecho era una carga. A una milla de su casa, densas nubes cubrieron el cielo. Aceleró el paso cuando cayeron unas gotas de lluvia. Las ráfagas de viento azotaban su arisaid mientras se la sujetaba junto a la barbilla. Relámpagos desgarraban el cielo y los truenos retumbaban. Con un estruendo ensordecedor, un árbol se partió por la mitad y comenzó a caer

Jenna corrió, pero su pie se enganchó en un profundo surco del camino y cayó. El árbol apenas la rozó al desplomarse sobre el sendero. Para entonces, la lluvia la azotaba, ahogando el sonido de

los cascos. Luchó por levantarse mientras el tobillo se le doblaba bajo el peso. Chorros de agua corrían alrededor de sus pies mientras se agarraba a las ramas del árbol caído para sostenerse.

—¡Jennai

Levantó la vista y vio a Caleb a caballo.

—¿Estás herida?

—Ay, es mi tobillo. Me lo torcí al caer.

—Te llevaré a casa.

—No te preocupes por mí.

Ignorando sus protestas, Caleb desmontó y la subió a su caballo. Luego montó detrás de ella.

La tormenta era tan violenta como repentina. Jenna se aferró al borde de la silla, aunque no era necesario. Caleb la rodeó por la cintura y la sujetó con firmeza contra él mientras cabalgaban bajo la lluvia torrencial hasta su casa.

Apretada contra sus hombros y su pecho, se sentía segura, protegida. Había echado de menos su calor y su tacto. Casi podía olvidar lo que los había separado, lo suficiente como para permitirse imaginar cómo sería huir con él ahora. ¿Y si se fugaban? Podría

decirle la verdad. No había nada que los detuviera. Pero eso no era cierto: si escapaban, su padre desalojaría a los padres de Caleb.

Sin hogar, sus vidas se arruinarían. El padre de Caleb seguiría siendo un soñador perdido en la bebida y en las apuestas, incapaz de sostener a su familia. Su madre jamás se quejaría, pero la carga recaería sobre ella y la agotaría hasta quebrarla. Ese sería el precio de la felicidad de Jenna, y era demasiado alto.

Nunca podría decírselo a Caleb. Él insistiría en cargar con todo, pero no estaba en condiciones de hacerlo. Con el tiempo acabaría resentido con ella. Sin su amor, la vida de sus padres seguiría como siempre. Cada salida que Jenna intentaba imaginar acababa por cerrarse, dejándola atrapada en el mismo dilema.

Así que trató de grabar en su memoria lo que nunca podría tener: los brazos de Caleb alrededor de su cintura, la palma de su mano firme en su costado, la cercanía de sus labios. Si se volvía, podría besarlo. En otro tiempo lo habría hecho sin pensar, sin preocuparse por si ese momento se repetiría. Pero ahora sabía que lo había perdido. Los poetas decían que el corazón se rompía; no era cierto. Seguía latiendo, y con cada latido dolía más.

Llegaron al establo. Caleb ayudó a Jenna a bajar del caballo. Ella contuvo el aliento cuando sus manos la sujetaron por la cintura, y se deslizó contra él. Pero en cuanto sus pies tocaron el suelo, aquellas manos desaparecieron.

Él se volvió para abrir las puertas y entraron rápidamente.

—Ha sido una tormenta terrible para salir a pasear —comentó mientras revisaba las pezuñas de su caballo en busca de piedras.

Con nostalgia, Jenna contempló sus hombros anchos y sus brazos musculosos.

—No la vi venir. Fue la suerte la que te trajo hasta mí.

Caleb continuó atendiendo al animal.

—No fue suerte. Mi madre te vio salir del pueblo cuando se acercaban las nubes. Cuando oímos caer el árbol, ella y Nellie me enviaron a buscarte.

—Oh… —Aunque no tenía derecho a estarlo, se sintió decepcionada de que no hubiera sido idea suya—. Bueno, diles que les doy las gracias.

Por fin la miró a los ojos, y a Jenna se le aceleró el corazón. Se conocían demasiado bien para no leer en esa mirada lo que

ninguno deseaba mostrar. Caleb percibió su reacción, pero se volvió y habló como si se dirigiera a una extraña.

—Lo habría hecho por cualquiera.

—Lo sé —respondió ella, incapaz de apartar la vista. Su leine empapada se ceñía a los músculos de él, burlándose de su deseo, recordándole lo que era conocer cada rincón de ese cuerpo.

Con un gesto hacia la puerta, Caleb murmuró:

—¿Puedes caminar con ese tobillo?

—Me duele un poco, pero puedo andar.

Jenna habría querido mentir, pero no era capaz, y él lo habría notado.

—Entra. Me iré en cuanto amaine la tormenta.

—¿Quieres un té caliente? —preguntó ella, esforzándose en sonar alegre, aunque la tristeza velaba sus ojos.

Caleb negó con la cabeza.

—Estoy seguro de que me vieron venir aquí. No sería bueno que me encontraran a solas con…

Su mirada se cruzó con la de Jenna. Se detuvo un instante antes de concluir:

—… con una mujer a punto de casarse.

Ambos miraron hacia la casa. ¿Qué habría sido de un día como ese, antes de que supieran que su amor no tenía más sustancia que la niebla?

—Quería explicártelo —susurró ella.

—No, no hables de eso ahora. —Sus ojos se endurecieron al volver hacia la casa.

—Pero Caleb…

—No, Jenna.

Ella se estremeció. Él bajó la voz.

—Entra.

—No me gusta dejarte aquí fuera.

—Pero se te da muy bien. —Sonrió con frialdad—. Me he acostumbrado a estar solo.

No había querido sonar enfadado, pero las palabras se le escaparon.

Jenna bajó la mirada, midiendo cada sílaba.

—Caleb, desearía… —pero las palabras murieron en su garganta.

—Sí, yo también.

La lluvia ya casi había cesado. Algunas gotas se aferraban al alero, otras caían. Él le dirigió una última mirada fugaz, tan dolorosa como un golpe, y se volvió para ajustar la cincha del caballo y sacarlo del establo.

Jenna lo observó, grabando en la memoria la tensión de sus hombros, la seguridad de sus manos. Estuvo a punto de llamarlo, pero ¿qué podía decir?

Caleb montó sin esperar más. Cuando la miró, sus ojos no estaban duros como ella temía, sino vacíos. Jenna anhelaba abrazarlo y confesarle la verdad, pero bajó la cabeza.

—Tienes todas las razones para odiarme.

Con calma forzada, él susurró:

—Adiós, Jenna.

Y mientras cabalgaba por el camino, murmuró para sí:

—Ojalá pudiera odiarte, cariño.

Capítulo 5

San Miguel era el santo patrón del mar y de los marineros. Nadie había pasado más tiempo en el mar que Caleb, así que, cuando llegó la festividad de San Miguel a finales de septiembre, Kinner se propuso levantarle el ánimo incluyéndolo en todos los brindis. Si no hubiera sido por la festividad, habría encontrado otra excusa, pues había visto a Caleb demasiado tiempo sumido en sus pensamientos. Con la ayuda de Liam y Hammish, se aseguró de que rindiera el debido homenaje a San Miguel.

Con un golpe seco, Caleb dejó su copa sobre la mesa.

—Muchachos, voy a tomar un poco de ese pastel de allí.

Cuando perdió el equilibrio por un momento, Kinner lo miró divertido.

—¿Estás seguro de que puedes caminar?

—¿Y por qué no podría?

Kinner sonrió.

—Por nada, en realidad. Pero dime, muchacho, ¿cuántos tragos has tomado?

Caleb se encogió de hombros.

—Dos o tres.

Sus amigos ni siquiera intentaron ocultar su diversión. Caleb tropezó.

—Quizás cuatro.

Rechazó la ayuda de Hammish, que lo acompañó entre risas. Se recuperó y siguió caminando con cuidado, con Hammish y Kinner detrás, listos para sostenerlo. En realidad, ellos tenían solo un poco más de equilibrio que él.

Se detuvieron junto a una mesa de pasteles, donde Hammish sujetó a Caleb. Liam se inclinó hacia Kinner.

—¿Crees que quizá te has excedido un poco?

Kinner se encogió de hombros.

—¿Excedido en qué? ¿En ayudarle a olvidar?

—¿Olvidar qué? ¿Cómo caminar? Porque es eso lo que has hecho.

—Tu problema, Liam, es que tu dulce esposa te ha domesticado. —Kinner negó con la cabeza con fingido pesar—. Apenas recuerdo al hombre que eras antes.

—Och, entonces déjame ayudarte. —Liam estiró la mano para darle un tirón de orejas, pero Kinner se apartó riendo.

—¿Ves? ¡Te has ablandado! El antiguo Liam no habría fallado.

—Solo te estaba mostrando compasión —replicó Liam con una sonrisa burlona, dándose la vuelta.

Kinner rió aún más fuerte.

—Emmy, ven aquí y mira en lo que se ha convertido tu hombre.

Emmy sonrió.

—Oh, sé en lo que se ha convertido, y me gusta mucho. Es un hombre estupendo y lo amo.

Liam la tomó en brazos y la hizo girar antes de hundir la cara en su cuello. Mientras gruñía y le daba un beso, Emmy intentó liberarse de sus brazos.

—¡Liam, la gente nos está mirando!

Sin embargo, no pudo ocultar una leve sonrisa.

—Por Dios, Liam, eres una bestia —exclamó Kinner, fingiendo disgusto—. Emmy, ¿no vas a entrar en razón y dejar a este zoquete?

Liam la soltó lo suficiente para rodearla por la cintura y mirarla con cariño.

Ella le devolvió la mirada con la misma calidez.

—Mi razón está perfectamente bien donde está.

Emmy jugueteó con el escote abierto y con la mirada fija en Liam.

Kinner carraspeó.

—¿Sabéis que sigo aquí, verdad?

Se rieron y se volvieron hacia él cuando Hammish apareció con Caleb rezagado. Hammish agarró a Kinner por el hombro y lo llevó hacia una nueva atracción. Conociéndolo, Kinner no dudó de que tenía que ver con mujeres.

Pasaron junto a unos caballos a punto de correr. Kinner empezó a mirar, pero Hammish lo arrastró.

—Tenemos cosas más importantes que hacer. Vamos a buscarle una mujer a Caleb. —Le dio una palmada en el hombro—. ¿De qué color te gustaría que fuera?

Se acercaron a la música y al baile y se detuvieron.

—Claro —respondió Caleb.

—Claro no es un color —objetó Hammish, sonriendo a una muchacha guapa acompañada de dos amigas.

Caleb vio a Jenna cuando Giles la arrastró a un nuevo baile.

—Claro como la cebada antes de la cosecha, cuando el viento susurra entre ella en oleadas.

—Vaya, eso sí que es específico —comentó Kinner, con complicidad.

Bajo la suave luz del atardecer, los bailarines seguían su patrón. Allí estaba Jenna, sonriendo mientras Giles bailaba con ella.

La mirada de Hammish pasó de Kinner a Caleb. Su rostro se iluminó y, en un instante, desapareció. Volvió minutos después con dos chicas sonrientes.

—Me temo, Kinner, que tendrás que valerte por ti mismo.

—Estoy bastante seguro de que puedo arreglármelas sin ti —replicó Kinner, con un gesto de suficiencia.

Hammish se rió mientras empujaba a Caleb hacia una de las chicas y tomaba a la otra en sus brazos para bailar una animada schottische.

La pareja de Caleb parecía ansiosa por mantenerlo cerca y sostener su equilibrio en los giros. A pesar del whisky, el cuerpo de Caleb respondía por instinto y memoria a los pasos del baile y al contacto con una mujer.

La música cesó. De pronto, él le aseguró a su pareja que debía marcharse.

—¿Adónde? Voy contigo. —Ella lo tomó de la mano.

Con la mirada fija al frente, Caleb se detuvo y le retiró suavemente la mano.

—Tengo que irme.

—¡Oh! Bueno, te esperaré aquí.

Abrió la boca para protestar, pero tenía otros asuntos. Con un encogimiento de hombros, se alejó hacia unos arbustos.

Cuando regresó, ella lo aguardaba en el mismo lugar con la misma sonrisa ansiosa. Él sonrió y se apartó, pero la joven lo alcanzó y deslizó su brazo bajo el de él, presionando sus curvas contra él.

—Tengo algo que mostrarte —susurró, acariciándole los brazos y atrapando su mano.

En pocos pasos, lo condujo bajo la oscura cobertura de los árboles y los helechos. Sin perder tiempo, pasó las manos por el borde de su cinturón y lo atrajo hacia sí, guiando sus manos a su cintura.

Poniéndose de puntillas, buscó sus labios, pero él la sujetó por la cintura y la contuvo.

—No, muchacha. Tú no me deseas.

—Oh, sí que te deseo.

Caleb negó con la cabeza y observó las sombras de las hojas moverse sobre el rostro de ella.

—No tengo nada que ofrecerte.

—Eso no es cierto, Caleb. —Con una mirada tímida hacia abajo, más allá de su cinturón, añadió—: Tienes algo que me gusta mucho.

Y tú me gustas. Siempre me has gustado.

Levantó los ojos hacia él, llenos de un sentimiento que él no podía corresponder. Si le daba su cuerpo, querría su corazón, y ella se lo merecía, pero no podía dárselo.

Buscó palabras que no la hirieran demasiado. Si existían, el whisky las ocultaba.

—Lo siento.

—¿Qué pasa? ¿No soy lo bastante bonita?

Ella apartó la vista, pero Caleb le tocó la barbilla y se la alzó con suavidad.

—Eres muy guapa, y yo soy un tonto. Pero estoy herido, y no hay remedio.

—¿Herido? —sus ojos se dirigieron directamente a su entrepierna—. Hace un momento no había nada herido ahí. Lo que necesitas es alguien que te aprecie.

Ella empezó a apreciarlo con sus manos y su cuerpo respondió, incluso cuando él se apartó.

Ella extendió la mano, pero él la mantuvo suavemente a distancia.

—Tenemos que volver ya.

—No, Caleb.

Sus grandes ojos tristes casi lo doblegaron, pero él solo ofreció una cálida sonrisa.

—Ven, muchacha hermosa, ¿bailas conmigo?

Ella tomó a regañadientes la mano que le tendía y lo siguió de vuelta.

—¿Caleb?

—¿Sí, muchacha?

—No has dicho mi nombre ni una sola vez.

Él cerró los ojos un instante antes de afrontar el ceño que lo esperaba.

Ella apartó su brazo.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

—Bien, entonces di mi nombre.

—Lo siento. Es el whisky.

—¿El whisky?

El silencio se cernió entre ambos hasta llegar al borde del corro del baile.

—Rose —anunció ella.

Cuando él intentó fingir familiaridad, negó con la cabeza.

—Ha sido Rose desde que éramos niños. Una vez me encontraste recogiendo bayas y me acompañaste a casa. En el seto florecía una rosa silvestre; la arrancaste y me la diste. Sé que solo era por diversión, pero la guardé.

Lo observó: su rostro seguía inexpresivo.

—Los hombres como tú se ríen y dicen cosas bonitas. Son los más peligrosos, porque no saben lo que le hacen a una chica.

Caleb quedó desconcertado. Hammish, sí; él, no. No jugaría con los sentimientos de nadie. Tomó el rostro de la joven entre las manos.

—Tienes razón, Rose. Te mereces algo mejor que yo.

Le besó la frente. Quiso ser amable; ella le lanzó una mirada petulante y se alejó.

Caleb se volvió y cruzó la mirada con Jenna. Giles la llevaba al centro; él solo podía mirar. Como si sintiera esa atención, Jenna se

volvió hacia él con una expresión suplicante que le partió el alma. Caleb giró para que no lo sorprendiera observándola; entonces vio a Rose dirigirse de nuevo hacia él. Miró a Jenna por última vez y se ocultó entre las sombras.

Poco después, Emma lo alcanzó. Solo Irvin lograba tensar tanto su voz.

—¿Qué pasa? —Le preguntó su hijo.

—Está allí con los caballos.

—Lo vi antes.

—Ha estado apostando. Le pregunté de dónde sacó el dinero para jugar, cuando apenas tenemos para el alquiler.

Caleb palideció.

—¿Y qué respondió?

—Que lo ha perdido casi todo.

—¿Mi dinero? Pero lo había escondido.

—Es muy listo cuando se trata de whisky o apuestas. Debió verte guardarlo. No hay otra explicación.

Caleb maldijo en voz baja y se disculpó al instante.

—Pudo verte esconderlo… o lo descubrió —insistió su madre.

Contuvo la furia. Había ahorrado cada moneda lejos de casa; aceptó faenas como marinero para que no faltara el alquiler. Tras una vida de estrecheces, no soportaba volver a la inseguridad. Siempre creyó a su padre, con todos sus fallos, un hombre honrado. Ahora añadía el robo a la lista.

Aminoró el paso para ir junto a Emma; de otro modo, habría corrido a las carreras a encararlo. Era mejor así, al menos para Irvin.

No lo vio venir. Caleb le posó una mano firme en el hombro y lo hizo girar.

—¿Dónde está el dinero del alquiler?

La actitud indefensa de Irvin avivó la ira del hijo.

—¿Qué queda? Dámelo.

Irvin rebuscó en el sporran y dejó un par de monedas en su palma.

—¿Eso es todo?

La misma expresión avergonzada de siempre fue la única respuesta.

—Me has robado, papá.

Como no lo miraba, Caleb lo sacudió por los hombros.

—¿Por qué lo has hecho?

Ante el silencio, apretó el cuello de su camisa.

—Lo siento, muchacho. Iba a ganar lo suficiente para pasar el invierno.

—¡Caleb, basta! —Emma lo sujetó del brazo—. Lo empeoras.

Por ella, aflojó. Miró a su padre con desprecio.

—Eres un hombre de pacotilla.

Lo soltó; Irvin perdió pie y cayó.

Mientras lo ayudaba a incorporarse, Emma susurró:

—Ayúdame a llevarlo a casa.

—Por favor, Caleb —añadió, notando las miradas de los curiosos.

Sin más, Caleb pasó los brazos bajo los de su padre y lo sostuvo.

—Vamos, Irvin, es hora de volver. —Emma lo tomó de un lado; Caleb, del otro.

—Lo siento —balbuceó Irvin.

—Intenta llegar hasta esos árboles sin avergonzar a tu mujer. Para mí ya es tarde, pero al menos ten consideración con mamá —gruñó Caleb. Luego a Emma—: Espera allí, fuera de la vista. Traeré mi caballo y él montará; nosotros caminaremos el resto.

La gente volvió a la carrera; Caleb ni lo notó. Solo pensaba en cómo pagar ahora el alquiler vencido.

Se abrió paso entre zarzas para soltar al caballo. Unos gemidos apagados lo detuvieron. Creyó que alguien estaba herido y miró.

Con las manos apoyadas en un árbol, Rose tenía la falda subida y un hombre la sujetaba por las caderas; sus pechos golpeaban contra sus costillas al ritmo de las embestidas. Rose mantenía la vista fija; el hombre alzaba la barbilla para inspirar con fuerza. Era Giles.

Caleb se dio la vuelta y guio al caballo entre grupos de bailarines y charlas. A través de la pista, divisó a Jenna al otro lado. Estaba sola.

Capítulo 6

El padre de Caleb roncaba cuando él salió a la mañana siguiente.

La madre se incorporó al oírlo en la entrada.

—¿Adónde vas?

—Tengo algo que hacer. —La concisión le quitó ganas de preguntar más.

En el umbral, Caleb se volvió con una mirada más suave.

—No te preocupes, mamá. Yo cuidaré de nosotros.

Cerró la puerta y se encaminó al establo, murmurando para sí:

—Pero no sé cómo...



A pocos kilómetros de la cabaña, Caleb llegó a un arroyo de orillas empinadas y cubiertas de vegetación. Ató el caballo junto al agua y avanzó por la ribera, relajado por el murmullo de la corriente. De niño había venido allí con su padre. Irvin le había dicho a su pequeño hijo que iba por el *aqua vitae*, pero esas palabras no significaban nada para el joven Caleb. Lo único que le importaba era lo bien que se lo pasaba trepando por las orillas y jugando a ser pirata: las grandes rocas eran barcos, y los altos árboles que flanqueaban el arroyo, el escenario perfecto para mil aventuras. Se detuvo a recordar y siguió camino, apartando ramas.

Desde su regreso, su padre desaparecía durante el día y volvía en su acostumbrado estado de embriaguez. Era un patrón familiar, pero ahora iba a terminar. Caleb divisó un árbol conocido y las rocas que habían sido sus barcos. Allí estaba. En la boca de la cueva seguía el equipo casero de destilación: un alambique de ladrillo, un tubo que llevaba a un condensador y, al final, una olla que recogía el whisky. Más al fondo, algo inesperado: docenas de barriles, cada uno marcado con la fecha en carbón negro. Así que en esto ocupaba su padre las horas, en lugar de trabajar la granja para que su esposa tuviera techo y sustento.

El primer impulso de Caleb fue coger un hacha y hacerlos astillas. Como no tenía hacha, alzó un barril. Pesaba, pero él era fuerte y estaba furioso. En la entrada lo lanzó contra una roca. Lo salpicó el licor; ahora olía a whisky, y eso era lo que menos le importaba. Aspiró la turba ahumada y el roble de los barriles. Su padre sería un borracho, pero destilaba bien. Cuando la rabia se disipó, se sentó, menos satisfecho de lo que esperaba. Podía romperlos todos y, aun así, no tendría dinero para el alquiler. Había perdido a su amor y pronto perdería su hogar.

Miró hacia el futuro y lo vio sombrío. Él quizá se las arreglara, pero su padre sería una carga mayor que nunca. Le preocupaba, sobre todo, su madre. Los años con Irvin habían sido duros: cada movimiento era dolor. ¿Cómo iría de pueblo en pueblo a pie? Antes del frío necesitarían techo y pan, y para eso, trabajo y paga. Caleb se cubrió el rostro con las manos.

—Si el maldito whisky fuera dinero, seríamos ricos.

Se irguió y volvió la vista a la cueva.

—Pero podría serlo.

Se agachó junto a las duelas rotas. Un hilo de licor se había acumulado en una madera curvada; lo probó con los labios y volvió

a mirar la fila de barriles. Cuando terminó de contarlos, una sonrisa ancha le iluminó el rostro.

—Bueno, papá… quizá no seas tan inútil, después de todo.



Jenna miró hacia su casa para asegurarse de que nadie la viera y tomó el sendero que se adentraba en el bosque. La sombra y el sosiego la envolvieron. Una ramita crujió; las hojas susurraron. Se volvió, asustada.

—¡Caleb!

Él no sonrió.

—¿Qué haces aquí, Jenna?

—Podría preguntarte lo mismo.

—Iba de camino a casa cuando te vi.

Jenna ocultó la decepción. Había imaginado que él vendría con la esperanza de encontrarla en aquel sendero que tantas veces recorrieron juntos.

—No es seguro ni correcto que una joven camine sola por el bosque.

No podía llevarle la contraria.

—Quería estar un rato sola.

Caleb se tensó y asintió, seco.

—Sí… bueno, lamento interrumpir.

Al comprender la mala lectura, Jenna le tocó el brazo.

—No estás interrumpiendo.

Él miró su mano sobre la manga; Jenna la retiró de inmediato. Había sido un gesto instintivo, como antes. Para disipar la tensión, forzó la voz:

—Necesitaba alejarme de todos en casa. Solo hablan de…

Se detuvo. Él no necesitaba oír sobre la boda.

—Continúa.

—Son tonterías.

Exhaló y bajó la mirada. Se sentía sola, a la deriva; su hogar, antes amado, ahora la oprimía a medida que se acercaba el enlace. Tenía que apartarse para respirar, pero no podía decirlo.

El tono de Caleb se suavizó.

—¿Puedo ayudarte con eso?

Sin esperar, tomó la cesta y señaló el camino.

—¿Vamos? Podría ser útil saber qué buscamos.

—Raíces de pino.

—¿Sí?

—Para quemarlas como velas.

Él sonrió, echando un vistazo a su alrededor.

—Supongo que encontraremos una o dos.

La vieja naturalidad volvió por un trecho. Pero, a medida que la cesta se llenaba y el momento de separarse se acercaba, ya no pudieron fingir. En el borde del bosque se detuvieron.

—Debería irme a casa —murmuró Jenna.

—Sí.

Caleb dio un paso, pero ella no lo siguió.

—¿Qué sucede?

—Debería seguir sola —susurró—. Lo siento.

—No, tienes razón. Mejor que no nos vean juntos.

Con delicadeza, deslizó el asa de la cesta sobre su brazo y dejó la mano un instante. Sus dedos rozaron la hendidura del codo.

Jenna miró esa mano: fuerte, marcada por arañazos y cicatrices, algunas nuevas para ella. Rozó una con la yema.

A él se le escapó un gemido; intentó disimularlo con un carraspeo, pero el dolor cruzó sus ojos oscuros, y eso a ella le partió el corazón. Al instante, la mirada se vació. Jenna abrió la boca: no halló palabras.

Caleb bajó la vista hacia sus labios entreabiertos. De pronto, se volvió y se internó en el bosque. Esperaría allí, como siempre, hasta poder salir sin que nadie lo asociara con ella.

Jenna regresó a casa con los ojos brillantes por lágrimas que no se permitía derramar. Estuvo a punto de decirle la verdad. De hacerlo, él la habría tomado en brazos, la habría llevado de vuelta y luego encontraría la forma de cuidar de sus padres. Jenna deseaba que ocurriera, pero sabía —lo había soñado demasiadas veces— que no podía ser. Serían felices un tiempo, y después la pura lucha por sobrevivir los aplastaría a todos. Llegaría la culpa; luego, el resentimiento. Siempre chocaba con ese muro. Era imposible, salvo que lograra convencer a su padre de cambiar de opinión.



Jenna se quedó ante la puerta del estudio de su padre. Lo había pospuesto todo el día, porque sabía que no sería fácil. No quedaba otra: inspiró hondo para armarse de valor y entró.

—¿Jenna? —sonrió, aunque el rostro arrugado se le tensó.

—Padre.

Él mantuvo la pluma en alto, expectante.

Con pasos vacilantes, Jenna se acercó al escritorio. Se sentó frente a él y repasó las palabras ensayadas. Recordó el rostro de Caleb observándola bailar con Giles; aquella traición dibujada en las cejas oscuras. No podía soportarlo más.

—Jenna, si tienes algo que decir, hazlo rápido. Estoy ocupado y no tengo tiempo.

—Sí, bueno, la verdad es que… —vaciló; una sola mirada de su padre bastaba para reducirla a una niña tímida—. No puedo hacerlo.

—¿Hacer qué? —volvió a los papeles, los hojeó y al fin la encaró—. ¿No puedes hacer qué?

—Casarme con Giles. —Ante su silencio, insistió—: No puedo casarme con Giles. No lo amo.

—No serás la primera en casarte y enamorarte después.

—No, pero no puedo. —Entonces lo soltó todo—. No me casaré con él, padre. Amo a otra persona. Amo a Caleb. Siempre lo he amado y siempre lo amaré. Y si echas a la familia de Caleb, me iré con ellos; con Caleb, si me acepta… lo cual puede que no haga después del daño que le he causado. —Bajó la vista a sus manos temblorosas y volvió a mirarlo—. De cualquier modo, me perdone o no, no puedo casarme con Giles, porque no lo amo y nunca lo amaré.

Ewan la escuchó hasta el final. De su severidad brotó una sonrisa inquietante. Se alzó, se sirvió un vaso de whisky y, al regresar, se sentó en el borde del escritorio, frente a ella.

—Mi querida niña, te has convertido en una joven encantadora. —Le alzó la barbilla con orgullo de padre y clavó la mirada—. Pero es hora de dejar atrás tus ideas infantiles. No tienes por qué amarlo. —Su voz se volvió aún más suave—. Pero tienes que casarte con él. Y lo harás. No quiero oír nada más al respecto.

La besó en la frente, le tomó ambas manos y la obligó a levantarse.

—Ven, vamos a ver dónde está tu madre.

—No. —Se detuvo en la puerta—. No sirve de nada. Amo a Caleb y estoy segura de que él todavía me ama.

Él se tensó. Al volverse, no mostró el estallido que ella esperaba; solo una frialdad cortante.

—El asunto está zanjado.

—No, no lo está. No puedo vivir sin Caleb.

—Muy bien. Si tienes que estar con él, sé discreta. Ve y revuélcate en los pajares con tu granjero, pero primero te casarás con Giles Munrray.

—No podría casarme con Giles y ser la amante de Caleb.

—Te sorprendería lo que eres capaz de hacer.

Ewan dio media vuelta y regresó a su escritorio.



Jenna salió de la casa. No soportaba estar allí ni cerca de nadie relacionado con la boda. Su padre nunca había sido cruel ni duro con ella, y por eso jamás se le había pasado por la cabeza desobedecerle; pero no podía casarse con un hombre amando a otro. Tampoco sería la amante de nadie. Aunque se repitiera que no lo haría, en el fondo sabía que quería lo suficiente a Caleb como para hacer cualquier cosa con tal de estar con él. Si su amor no había cambiado, lucharía por él, sin importar el precio. Si ser su amante era lo único que podía tener, lo sería, pero sabía que no bastaría.

No había tiempo que perder. Al día siguiente se publicarían las amonestaciones por primera vez. Lo encontraría y lo obligaría a escucharla. No quedaba más que decirle la verdad. Él sabría qué hacer. Aunque su padre expulsara a la familia de Caleb, hallarían la manera de sobrevivir juntos. Tenían que lograrlo.

Jenna se acercó a la puerta de la cabaña de Caleb y alzó la mano para llamar, pero un ruido en el interior la detuvo. La madre de Caleb lloraba. Jenna podía adivinar por qué. Emma no había tenido una vida fácil, aunque pocos veían la carga que llevaba. Ayer mismo había salido del estudio casi chocando con Jenna; se había escabullido con una disculpa apenas audible. Debía de haber estado

llorando, como ahora. Jenna miró la puerta. ¿Cuántas lágrimas más derramaría si perdía su hogar? Estar con Caleb tendría un precio terrible. Decidió marcharse. Al darse la vuelta, se encontró con él frente a frente.

—¿Jenna?

Un sollozo desde la cabaña ensombreció la mirada de Caleb.

—No es un buen momento. Lo siento. —Ella intentó pasar, pero él le tocó el hombro para detenerla. El contacto le cortó la respiración; por cómo retiró él la mano, Jenna supo que también lo había sentido.

—Entra. Verte le levantará el ánimo.

Él avanzó para abrir, pero Jenna le rozó el brazo, suave, para frenarlo.

—He venido a verte.

Se atrevió a alzar la vista por encima de la mandíbula apretada de él; la tristeza la desbordó.

—No. —Caleb clavó los ojos, feroces pese al rostro casi impasible—. Cuando te vi antes, me acordé.

—¿De qué?

—De lo mucho que hemos perdido. —Apretó la mandíbula.

—Sí…

—Por tu elección. —La amargura de su mirada la atravesó—. No le negaré tu compañía a mi madre; te quiere como a una hija. —Tragó, meneó la cabeza y apartó la vista—. Pero no vuelvas aquí a verme. Nunca más.

Se volvió y echó a andar hacia el establo.

Jenna lo siguió. Dentro, él se entretuvo con cualquier tarea para evitarla, hasta que se detuvo de espaldas.

—¿Por qué no te vas?

—No puedo.

Su postura se aflojó, aunque no se volvió.

—Por favor, mírame, Caleb.

—¿Para qué?

—Para poder decirte que lo siento.

—¿De veras? —Una risa amarga se le escapó de los labios—. Yo también. —Al fin se volvió, con una mirada que cortaba.

Jenna se estremeció.

—Tenía que hacerlo por ti.

—¿Por mí? —Los ojos le danzaron, como buscando asidero—. Te he despreciado durante meses.

El golpe dio de lleno, pero ella no podía culparlo.

—Te amo.

—¿Amor? —su voz se quebró en un murmullo helado—. He visto lo que es el verdadero amor. Durante meses observé a Emmy, la esposa de Liam, y comprendí su fuerza: ella lo amaba con una devoción que pocos hombres llegan a conocer. Y cuanto más los veía, más evidente me resultaba que lo tuyo conmigo era una farsa.

—No era falso. Te quería.

—Tal vez una vez —su mirada destilaba reproche—. Pero tu amor fue débil… peor aún, cruel.

—No. No digas eso.

—Lo fue. Emmy estuvo a punto de perder a Liam y no vaciló ni un instante. Tú, en cambio, sí lo hiciste.

—¿Emmy? ¿Qué tiene que ver ella con nosotros? —Jenna se detuvo, súbitamente consciente—. La querías. —Lo miró fijo—. Todavía la amas.

—No. —Caleb ahogó las palabras como si ardieran en su garganta—. Amaba la devoción de Emmy por Liam, la forma en que lo cuidaba… a todos nosotros. Era bondadosa y firme. Su corazón le pertenece, y siempre será suyo.

—¿Y el tuyo?

—¿El mío? —sus labios se torcieron en una mueca amarga—. ¿Hablas del corazón de antes o del que dejaste atrás cuando te comprometiste con Giles?

—¿Por qué no puedo hacerte entender? —la voz de Jenna se quebró, casi un ruego.

—Porque no puedes forzarme, Jenna. No puedes obligarme a nada… ni siquiera a dejar de amarte.

—Y yo te amo —susurró ella, con el corazón desbocado, como si cada palabra fuera un latido al borde del abismo.

—Entonces vuelve a casa con tu hombre.

—No es mi hombre.

—Sí lo es. —El reproche le golpeó como un látigo—. Le entregaste tu mano, como antes me la entregaste a mí.

Jenna cerró los ojos. Una lágrima resbaló por sus pestañas. Él alargó la mano y le secó la mejilla con el pulgar. Si aquello fue un impulso o una cortesía, mantener la mano allí ya no lo era.

—Jenna. —La voz arrastraba nostalgia y rabia.

Ella se inclinó hacia el calor de la palma. Sus labios se abrieron en la base del pulgar. Caleb se estremeció y la atrajo. El beso fue impulsivo, voraz. Ella amoldó el cuerpo al suyo. No bastó.

—Te odio… —rozó sus labios, y volvió a besarlos.

Jenna lo rodeó mientras él la apretaba contra su cuerpo y amortiguaba el golpe con la mano al chocar contra el cubículo. La respiración se les aceleró cuando Caleb le alzó la falda y la elevó para que lo ciñera con las piernas.

Las manos de Jenna recorrieron la espalda poderosa, sintiendo bajo sus dedos la tensión de aquellos músculos. No podía alcanzarlo con palabras; lo intentaría con el cuerpo. Había anhelado su piel durante demasiado tiempo. Lo tendría, sin importar el precio, porque su amor había desbordado la razón y quebrado toda mesura. Lo que en otro tiempo fue alegría compartida ahora se transformaba en desgarro, pero al fin ya no estaban separados.

Y allí, contra la pared del establo, se entregaron el uno al otro en embestidas desesperadas y suspiros entrecortados, hasta que los cuerpos cedieron exhaustos. Los corazones, en cambio, se negaron a rendirse.

Después permanecieron inmóviles. Caleb la estrechó con fuerza, manteniéndola contra su pecho mientras poco a poco el ritmo de su respiración recobraba la calma.

—Te amo —dijo ella en un susurro sin aliento—. Siempre te he amado.

La voz de Caleb vaciló.

—Pero te casarás con él. —La dejó en el suelo y la soltó.

—No quiero. Nunca lo he querido.

Un frío silencio se instaló entre ellos. Jenna lo miró a los ojos.

—Mi padre lo arregló.

Él soltó una risa amarga mientras se subía los pantalones y abrochaba los botones.

—¿Crees que no lo sé? Pero lo aceptaste, cuando debiste alzar la voz.

—¿Qué podía decir?

—¡No! —Caleb bajó la voz, aunque la furia seguía vibrando en cada sílaba—. Podías haber dicho que no.

—No me dejó otra opción.

—Siempre hay otra opción. —El reproche le salió como un golpe contenido.

—¿Ah, sí? ¿Y qué habría hecho yo sin ti? ¿Salir por mi cuenta a buscarte por las tierras bajas? Y si te hubiera encontrado, ¿entonces qué?

En voz baja murmuró:

—Entonces me habría casado contigo.

—Ay, Caleb, si supieras cuánto lo he soñado… pero mi padre dijo…

—¡No me importa lo que haya dicho! —golpeó con el puño una tabla del establo, que se partió en dos. Maldijo, se dirigió hacia la puerta y se quedó mirando la penumbra—. ¿Qué importa? —añadió, volviéndose con los ojos encendidos—. Prefieres perderme antes que enfrentarte a él.

—No, eso no es cierto. —Ella dio un paso hacia él, pero Caleb se irguió, airado. Jenna se detuvo, a un brazo de distancia.

Caleb se pasó los dedos por el cabello, agotado.

—Esto ha sido un error.

Jenna respiró hondo y avanzó un poco más.

—No, no digas eso.

—No te acerques.

Ella deslizó con delicadeza su brazo bajo el de él, pero Caleb lo apartó bruscamente y, volviéndose hacia ella, la sujetó por los hombros. Con una mirada oscura al establo murmuró:

—Ojalá esto nunca hubiera sucedido.

—No. —Su voz sonó pequeña y triste—. ¿No lo ves? Nada ha cambiado. Nuestro amor nunca ha cambiado.

Los ojos de Caleb brillaron con fiereza.

—¿Y qué? ¿Qué quieres de mí, Jenna?

—Te quiero a ti. Nos quiero a nosotros.

—Lo nuestro se perdió. Tú lo arrojaste por la borda.

—Caleb, por favor… —alargó la mano hacia él.

Él le atrapó la muñeca con la fuerza de un guerrero.

Jenna trató de liberarse.

—Mi padre me dijo que debía hacerlo, o…

—Y tú eres una hija obediente —escupió Caleb con desdén—. Demasiado débil para cumplir nuestra promesa. No, Jenna. Mientras sigas comprometida, no volveré a verte.

—No puedes hablar en serio. —Ella buscó sus ojos, pero ya no halló amor en ellos.

—No me vuelvas a tocar. —La soltó con tal brusquedad que ella perdió el equilibrio y retrocedió unos pasos para recobrarlo. El dolor vibraba en sus palabras—. ¿Crees que puedes casarte con él, vivir en tu gran casa y luego volver a mí de vez en cuando, cuando la soledad te pese?

—¡No! Quiero lo que teníamos.

La ira de Caleb estalló.

—Esto no es lo que teníamos. Somos dos sombras aferrándose a la niebla.

—No, somos más que eso.

—No es suficiente.

—Caleb, te amo.

—Tu amor es como tú: débil, y no me sirve de nada.

Jenna se quedó sin aliento, incapaz de reaccionar.

—Vuelve a casa con tu padre y acuéstate en la cama que él ha elegido para ti.

La dejó en el establo. El eco de sus zancadas se perdió en la penumbra, pero a ella le pareció un martilleo interminable. El aire olía a polvo y a paja húmeda, como si el mundo mismo se hubiera cerrado sobre su pecho. En la soledad del silencio roto, Jenna comprendió que lo había perdido, y el vacío fue tan hondo que hasta las sombras parecían compadecerse de ella.

Capítulo 7

Jenna se sentó en la iglesia a la mañana siguiente, con los ojos secos e hinchados. Había llorado hasta vaciarse, y lo poco que quedaba de ella se sostenía por pura voluntad. En lugar de hallar el camino de regreso a Caleb, lo había empujado aún más lejos. Si había sido debilidad lo que la llevó una vez más a sus brazos, no se arrepentía: aquel instante sería su último recuerdo, la prueba de que una vez la amó. Ahora se preguntaba si, aun con la oportunidad de confesar la verdad, algo habría cambiado. La ira de Caleb no dejaba resquicio al perdón. Y, sin embargo, el amor de Jenna era tan vasto como el dolor que la consumía. Qué precio tan alto había pagado, solo para acabar condenados a la separación.

Allí estaba, en la iglesia. A un lado, su familia; al otro, Giles y sus padres, todos satisfechos, salvo ella. Ellos habían conseguido lo que deseaban.

El sacerdote le sonrió antes de anunciar las amonestaciones por primera vez.

—Si alguno de vosotros conoce alguna causa o impedimento por el que estas personas no deban unirse en santo matrimonio, hable ahora. Esta es la primera vez que se pregunta.

—Di algo, Caleb —rogó en voz baja, con el alma encogida.

Se atrevió a mirarlo una sola vez. Sus ojos oscuros la atravesaron como cuchillas, pero ella permaneció inmóvil. Demasiadas miradas pesaban sobre su nuca.

El sacerdote terminó, y la nave pareció mecerse como la cubierta de un barco en tormenta. El calor la oprimió, el aire se volvió denso, irrespirable.

Jenna volvió la cabeza hacia sus padres. Su padre parecía una estatua; los ojos, tan implacables como el mármol. Luego giró hacia Giles, que la observaba con fingida preocupación. Ella se llevó la mano a la sien, inútil escudo ante aquella mirada escrutadora que la despojaba de toda fuerza.

Al acabar la misa, Giles hablaba con todos, radiante, mientras ella apenas lograba respirar. El aire de la iglesia estaba impregnado de humedad y piedras, cada aliento más pesado que el anterior.

Cuando él se volvió para saludar a otro, Jenna se escabulló, buscando la salvación de la calle. Afuera, se topó con Caleb.

Las puertas pesadas se abrieron a su espalda, y la gente comenzó a salir. Caleb hizo ademán de marcharse, pero Jenna le aferró el antebrazo.

—Lo hice por ti. Tenía que hacerlo, por tus padres.

—¿Qué estás diciendo?

—No puedo… no puedo seguir con esto.

Giles apareció en el umbral justo cuando ella retiraba la mano. Alguien lo detuvo para hablarle, aunque sus ojos permanecieron fijos en Jenna. El tiempo se agotaba.

—Caleb, ahora no puedo explicarme. Anoche quise decirte la verdad, pero…

Por primera vez, la mirada de él se posó por completo en la suya. Hacía apenas unas horas habían sido uno en cuerpo y alma, y aquella memoria aún los unía como un hilo invisible. Se sostuvieron en ese frágil lazo hasta que la voz de Giles los alcanzó desde la escalinata.

Jenna se volvió hacia Giles y, con apenas un hilo de voz, murmuró:

—Te debo la verdad. Por favor, encuéntrate conmigo más tarde.

—No juegues conmigo, Jenna. No estoy de humor.

—Te lo ruego.

Caleb se apartó justo cuando Giles tomó la mano de Jenna, gesto de posesión inútil: él ya había girado sobre sus pasos para acompañar a su madre, sin mirar atrás.



Después de la cena, Jenna se quejó de dolor de cabeza y se retiró, dejando a Giles jugando al ajedrez con su padre. Minutos después, la cocinera la sorprendió al pie de la escalera. Jenna se llevó un dedo a los labios. La mujer lanzó una mirada aguda hacia la puerta del vestíbulo, negó, y luego volvió a sus quehaceres con tácita aprobación mientras Jenna se escurría por la puerta trasera.

Cuando Caleb desapareció de su vista, la duda la asaltó con violencia. ¿Había antepuesto el deseo a la razón? Sí, sin duda lo

había hecho la noche anterior al lanzarse a sus brazos, incapaz de resistirlo. No había otra forma de llamarlo. Y, sin embargo, pese al precio que ahora pagaba, aquel instante había valido la pena. Apretada contra su pecho, había respirado su aroma y se había derretido en la fuerza de su abrazo. Allí, en ese rincón del alma al que nadie más podía llegar, no olvidaron las heridas, pero la necesidad fue más fuerte que todo.

«Tu amor es como tú. Es débil y no me sirve de nada».

La frase volvió a atravesarla como un cuchillo, reabriendo la herida que aún sangraba en silencio.



Una niebla espesa se extendía, cargada con aroma de lluvia. Al internarse por el camino al bosque, el caballo de Caleb se detuvo en seco ante una sombra. Descabalgó de un salto y aferró a Jenna por los hombros.

—¿No me oíste llegar? —la reprendió, el corazón aún golpeándole en el pecho.

—Creí que me habías visto.

—¿Estás loca? Mira a tu alrededor.

—Lo siento.

—No importa, muchacha. —Su voz se suavizó un instante—. Es culpa mía: iba demasiado rápido.

—No estaba segura de que vinieras —murmuró Jenna, con un temblor en los labios mientras avanzaban entre los árboles.

—Yo tampoco —repuso con aspereza, atando el caballo a una rama—. Suéltalo ya. ¿Qué querías decirme?

—Es sobre tus padres.

Él frunció el ceño, como si temiera el peso de esas palabras.

—Después de que te fueras a la guerra, Giles y sus padres vinieron a visitarnos.

—Sí. Él llegó más tarde. Lo recuerdo porque, cuando nos alcanzó, se jactó de su compromiso. Todos lo felicitamos. —Los ojos de Caleb se entornaron al recordarlo—. Luego dijo que eras tú… y quise hacerle tragar sus palabras, junto con la cara.

Jenna posó una mano suave en su hombro, intentando calmarlo, pero él la apartó con brusquedad, obligándola a retroceder.

Aun así, logró contener el arrebato.

—Me negué —continuó ella, con la voz quebrada.

—Lo hiciste muy mal.

—Le dije que no a mi padre. ¿Sabes lo difícil que fue?

—Lo sé. —El reproche se mezcló con un destello de ternura—. Le temes desde niña. Pero, por Dios, Jenna, ya eres una mujer. Y estabas prometida conmigo.

—Lo sé, pero…

—¡No! —su furia brotó, pero enseguida bajó la voz—. Los dos hicimos una promesa, y solo uno la cumplió.

Dio la espalda, respirando hondo para dominar su pulso.

—Mi padre dijo que desalojaría a tus padres —soltó Jenna de pronto, con lágrimas contenidas.

Caleb se volvió, incrédulo.

—¿Qué has dicho?

—Si no aceptaba casarme con Giles, los echaría.

—No podría. Lo despreciarían todos.

—Lo haría igualmente.

—Así que aceptaste…

—Por ti. Y por ellos.

Las palabras le apretaron el pecho como grilletes.

—¿Y por qué tanto empeño en casarte con Giles?

—Esas cosas se hacen. —Bajó la mirada, avergonzada.

—Y te obligó a callar.

Caleb recordó el año entero en que Jenna había guardado silencio, mientras él la odiaba por creerla traidora.

—Giles estaba a tu lado nuestra última noche —gruñó, aún herido.

—Pero yo estaba contigo.

—Antes de eso. —La amargura le secó la garganta—. Por eso perdí el equilibrio y toqué la espada en el baile: os miraba.

—Lo había olvidado. —Ella alzó la voz, suplicante—. Quiso hablarme a solas, pero le dije que quería ver el baile y que esperara. Luego me escabullí para encontrarte. Por ese motivo se quedó un día más para intentarlo.

—Deberías haber plantado cara a tu padre y contárselo —gruñó Caleb.

—Se lo conté, y que estábamos comprometidos. Dijo que sin testigos no había pruebas.

—Solo un voto ante Dios.

—Discutí hasta donde pude. Tú no estabas para ayudar a los tuyos y Giles se marchaba.

—Te prometieron a dos hombres… y los dos nos fuimos.

Caleb le tomó la mano entre las suyas, con desesperada ternura.

—Nuestro voto no debió romperse.

—Nunca iba a casarme con Giles. Hice lo necesario para mantener a tus padres en su casa. Pensé que, al volver, lo resolveríamos.

—¿Resolverlo? —La risa amarga le brotó como veneno—. Eras mía. Yo era tuyo. Un compromiso vale como un matrimonio.

—Durante un año y un día.

A Caleb se le cortó el aliento.

—Estuviste fuera más tiempo —susurró ella.

—Los corazones no conocen la ley.

—Ni pueden luchar contra ella.

Se acercó. Él alzó la mano para detenerla, pero el contacto en su hombro le ablandó el rostro. Se permitió mirarla.

—Durante más de un año creí que querías a ese sinvergüenza.

—¿Qué otra cosa podía hacer?

Él negó, derrotado. Tenía razón.

—No podía sino esperar tu regreso.

—¿Y si no hubieras vuelto?

—Habría perdido a mi verdadero amor —respondió ella, acariciándole la cara—, y tus padres seguirían con techo.

—Cuando regresé, no hiciste nada. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Iba a hacerlo, pero supe del atraso del alquiler.

—Mi padre tomó lo que había ahorrado y lo perdió en el juego.

—Necesitabas tiempo antes de que os forzaran a mudaros.

—¿Y no podías decirme la verdad mientras ahorraba?

—¿Y qué habrías hecho, venir a robarme?

—Sí. Suena a buen plan.

A Caleb se le escapó casi una sonrisa.

—¿Sabes cuánto quise eso? Pero no te habría ayudado. No entonces.

Ella lo miró, y él vio el peso de un año de decisiones imposibles.

—Mi amor… —Caleb la abrazó con fiereza—. Habría ido a pedir tu mano.

—Lo sé.

Él clavó la vista en el castillo, la ira rugiéndole contra Giles, contra su suegro, contra su propio padre… y contra sí mismo por no haber cargado con lo que le tocaba.

—Debemos acabar con esto. Iré a ver a tu padre a pedir tu mano.

—Dirá que no, y lo sabes.

—Se lo debo. Es cuestión de honor. —Esbozó media sonrisa amarga—. Robarle a su hija no lo es… pero estoy dispuesto a perder ese poco de honor, solo por hoy.

—He visto su libro de cuentas. Llevas más de un año de retraso. ¿Cómo vas a mantenernos ahora?

—Gracias a mi padre he hallado una nueva fuente de ingresos.

—¿Te has hecho salteador?

—No. He encontrado el whisky de mi padre. Pagan bien en las ciudades. Necesitaré varios viajes para venderlo todo.

—Mientras tanto, sigo atada a Giles.

—Esperaré hasta que estés lista.

—No puedes esperar mucho. Ya anunciaron las amonestaciones. —Las palabras pesaron en el aire como campanas fúnebres; Jenna sintió cómo el tiempo se cerraba sobre ellos, cada día más estrecho—. No me dejarás casarme con él, ¿verdad?

—No. Te lo prometo.

Durante meses, Caleb había ocultado sus sentimientos tras ojos sombríos. Exhaló hondo y la atrajo a su pecho.

—Eres mi Jenna. No dejaré que te tenga.

—Me rompías el corazón cada vez que veía la traición en tus ojos.

Él enmarcó su rostro con las manos curtidas.

—¿Y qué ves ahora?

—Cómo me mirabas antes.

—Cómo te amaba.

—Y cómo me dejabas amarte.

Se inclinó y la besó. Aquellos labios tan anhelados eran suyos. Su cuerpo, su hogar. Por fin juntos, hallaron un respiro tras tanto anhelo.

Caleb la alzó y la llevó al pie del árbol. La depositó sobre un lecho de hojas. La desnudó despacio; sus manos y su boca redescubrieron lugares que había tratado de olvidar. Sus suspiros avivaron en él la necesidad de fundirse con ella. Jenna lo reclamó con igual fervor, buscándolo a través de los gruesos pantalones de lana hasta rozar la tortura. Con una impaciencia febril, él se libró de ellos y se inclinó sobre ella. No podía admitir cuán indefenso se sentía en sus brazos, y al mismo tiempo cuánto la protegería. Jenna MacLaren era suya mientras lo deseara, y ningún otro hombre se acercaría lo bastante para herirla. Y él era de Jenna, como siempre lo había sido.



El crepúsculo cayó mientras Caleb yacía junto a ella, observando cómo sus labios se entreabrían en un suspiro, los párpados aún pesados de placer. Una sonrisa apenas insinuada le curvó la boca al apartar con ternura un mechón rebelde de su frente. Jenna abrió los ojos y, con un anhelo renovado, buscó su boca en un beso que lo encendió de nuevo.

—Tendremos que irnos pronto —murmuró, apoyando la mejilla en su hombro, como si quisiera grabar en su piel aquel instante.

—Sí… y te dejaré marchar. —Sus dedos la estrecharon con fuerza—. Pero solo por hoy.

—¿Y mañana? —preguntó ella, con un temblor que era súplica y desafío a la vez.

—Encontraré la manera. —Su voz era una promesa ardiente —. No puedo vivir sin ti.

—¿Y si no es posible? —Las palabras le salieron en un hilo quebrado, como si temiera escuchar la respuesta.

Él la tomó por la barbilla, obligándola a mirarlo de frente; sus ojos ardían con la fiereza de un voto eterno.

—Tú eres mía, y yo soy tuyo. Aunque el mundo se hunda a nuestro alrededor… no te soltaré jamás.

El bosque entero pareció contener la respiración; solo quedaba el rumor de las hojas, el calor de sus cuerpos y el eco de una pasión que ni la noche, ni las promesas rotas, ni la amenaza del mañana lograrían apagar.

Capítulo 8

Casi anochecía cuando Jenna se deslizó por la puerta de la cocina.

—¿Dónde has estado? —preguntó su padre con severidad, aunque en voz baja.

Jenna se estremeció.

—Paseando.

Él entornó los ojos.

—¿Paseando? Entonces, ¿tu dolor de cabeza ha mejorado?

Jenna casi lo había olvidado.

—¿Mi dolor de cabeza? Ah, sí… el aire fresco…

—Ven conmigo.

No iban a hablar en la cocina, donde el servicio podía oírlos. Ewan la aferró por el codo y la condujo al despacho. En cuanto cerró la puerta, se le encendió el rostro.

—No me mientas, muchacha. Sé dónde has estado y con quién.

Jenna volvió a estremecerse. Más que las palabras, la hería su condena. Tomó aire, lista para negarlo, cuando Giles se levantó de una silla en la esquina. No lo había visto, como sin duda él pretendía. Miró a su padre buscando clemencia y no la encontró. Exhaló y bajó la vista.

—No he hecho nada malo.

—¡No te rebajes aún más negándolo! —tronó Ewan—. Te vieron con ese campesino.

Jenna alzó la barbilla, decidida a parecer valiente, pero pronto se marchitó. Se odiaba por ello.

Giles la rescató del silencio tenso.

—Señor, ¿puedo hablar a solas con su hija?

Ewan MacLaren lo observó con recelo. Giles era el más sereno de los tres y como parte agraviada tenía la ventaja y la ejercía con

delicadeza. Desbordaba amabilidad y perdón, cosa que a Jenna le costaba creer. Con un gesto brusco, su padre se retiró, cerrando la puerta con firmeza.

Giles le ofreció el brazo.

—¿Vienes a la ventana, Jenna? Mira la puesta de sol. Es muy hermosa.

Posó su mano sobre la de ella, aún apoyada en su brazo. Contempló ambas mientras la acariciaba.

—Cuando miro el cielo al atardecer, espero ver algo bello. Y no me decepciona.

Jenna quería correr hacia esa luz que moría.

Sin dejar de acariciarle la mano, Giles habló con tono tranquilizador:

—Cuando pedí tu mano, esperaba ciertas cosas.

Jenna se preparó, pero, sin aviso, su culpa y su vergüenza comenzaron a disolverse y el alivio ocupó su lugar. Comprendió que, después de esto, él querría romper el compromiso. Habría un escándalo, pero solo podía pensar en que sería libre. Ella y Caleb

podrían casarse. Nada más importaba. Pasara lo que pasara, seguirían su corazón.

—El mundo es muy pequeño, y nosotros somos una parte mínima de él —prosiguió Giles.

—Giles, lo siento. Nunca quise hacerte daño.

—¿Daño? No. Pero me has decepcionado. Aunque debo decir que me sorprendiste. Hay pasión en ese corazón helado.

Inquieta, notó el latido en la garganta cuando él continuó:

—Sí, vi tu pequeño retozo en el heno… ¿o debería decir entre las hojas?

Jenna no halló palabras.

Giles la observaba divertido.

—Me aburría la compañía de tu padre, así que salí a dar un paseo. Al llegar al camino vi a mi dulce prometida correr hacia el bosque con un hombre. Te seguí, para protegerte —añadió con una sonrisa cómplice.

Jenna se encogió.

—Tienes suerte de que no contara a tu padre todo lo que vi.

La angustia le oprimió el pecho al imaginar la reacción de Ewan.

—Le dije una pequeña mentira. Que habías salido a caminar y que ibas de la mano de tu granjero —se inclinó tanto que ella sintió su aliento cálido—. No le conté qué más llevabas en la mano.

Una oleada de náuseas la atravesó.

Giles acercó los labios a su oreja.

—Vaya, vaya, Jenna… Me descubro deseando nuestra noche de bodas y muchas más después.

Con una mirada hacia la puerta que Ewan había cerrado, la rodeó hasta situarse entre ella y la salida. La besó en la frente mientras sus palmas descendían de sus hombros a sus pechos.

Jenna se apartó y se volvió de golpe.

—Si vuelves a tocarme, gritaré. ¿Crees que podremos casarnos después de esto?

Se dirigió hacia la puerta para poner distancia, pero él le sujetó la mano con firmeza.

—¿Y por qué no, mi amor?

—No soy tu amor, y lo sabes.

—Pero estamos prometidos.

—Fue un error —respiró hondo para sostener la voz—. Mi padre me obligó. No fue justo para ti, y lo siento, pero no puedo casarme contigo.

—Lo harás —replicó con una seguridad que la irritó.

—No, no lo haré. No te amo.

Sus ojos ardieron.

—Eres joven y sabes poco de los hombres. Esos sueños infantiles de romance se desvanecerán. Te acostumbrarás a mí. No me importa el amor, pero espero que lo simules bien —le tomó ambas manos y las besó—. Ahora, sé buena chica. Siéntate mientras voy a buscar a tu padre para decirle que hemos resuelto nuestro pequeño malentendido.

Había cruzado media estancia cuando Jenna le lanzó:

—¿No me has oído? No puedo casarme contigo.

Giles se detuvo, apretó la mandíbula y regresó despacio, cuidando las apariencias, por si alguien miraba desde las ventanas. Se acercó tanto que Jenna extendió las palmas para mantenerlo a

raya, pero él le sujetó las muñecas y las llevó a su pecho. De lejos, nada parecía fuera de lugar. Habló en un susurro:

—A menos que quieras que cuente a tu padre lo que vi en el bosque, mantén la boca cerrada, mi pequeña puta.

Jenna alzó el brazo para abofetearlo, pero él la retenía con demasiada fuerza. Le ardían las mejillas.

—Si eso piensas de mí, suéltame.

—Pero, mi dulce futura esposa, ahora que sé que llevas fuego en el corazón, te deseo aún más —sus ojos la recorrieron—. Y, además, soy un hombre de palabra.

Jenna respondió a su mentira con un desprecio impotente. No podía permitir que aquello sucediera. Por ahora, sin embargo, no veía salida.

Con la sonrisa torcida del vencedor, Giles salió de la habitación.



—No está aquí, muchacha —anunció la madre de Caleb desde la puerta de la cabaña, alisándose un rizo rebelde—. ¿No quieres pasar? Tengo un té estupendo que Caleb me ha traído. Esperaba tener buena compañía con quien compartirlo.

Jenna esbozó una sonrisa débil y entró. Se sentó como tantas veces antes, pero esta vez sin tranquilidad.

—Ay, se me ha acabado el agua.

Antes de que Emma preguntara nada, Jenna se puso en pie.

—Iré a buscar un poco.

Cogió el cubo y salió. Nada más cruzar el umbral, lo vio al doblar la esquina.

—¡Caleb!

Echó a correr, pero quien se volvió, sonriente, fue Hammish.

—No. Pero es tu día de suerte. Me has encontrado a mí en su lugar.

—Hammish, ¿qué haces aquí?

—Menudo saludo —replicó con un brillo de diversión en los ojos.

—Lo siento. Estaba buscando a Caleb.

—Ya me lo imaginaba —lamentó con su aire más encantador—. Tendré que conformarme.

Sin ganas de entrar en su inofensivo coqueteo, Jenna apretó los labios.

—Hammish… ¿dónde está?

—Me temo que no está aquí.

—Ya lo veo. Pero ¿dónde?

Una voz resonó desde el establo:

—¡Hammish, patán! ¿Quieres venir a ayudarme? No puedo esperar todo el día.

Kinner salió con una horquilla en la mano.

—Hola, Jenna. ¿Has venido a visitarnos? —preguntó, sabiendo perfectamente que no era así, pero tan jovial como si la hubiera estado esperando.

Su despreocupación impacientó a Jenna.

—Kinner, ¿dónde está Caleb? Tengo que verlo.

Kinner le quitó el cubo con naturalidad.

—Ven, déjame ayudarte con esto.

Los tres echaron a andar hacia el establo.

—Se marchó esta mañana hacia Inverlochy. Tenía mucha prisa —explicó.

—Sí, me despertó de un sueño profundo —añadió Hammish.

Angustiada, Jenna lo interrumpió:

—¿Por qué? No me dijo nada.

Eso llamó la atención de Hammish.

—¿Por qué iba a decírtelo?

Jenna apartó la mirada y pensó con rapidez. Él no sabía que ella y Caleb habían estado juntos. ¿Cómo averiguar lo que necesitaba sin despertar sospechas?

—Ha estado vendiendo el whisky de su padre para pagar la deuda que tiene con tu padre —soltó Hammish.

Kinner le dirigió una mirada severa, y él murmuró el final de la frase.

Jenna frunció el ceño al imaginar lo que Caleb había soportado por culpa de ambos padres.

Al ver su preocupación, Kinner cortó en seco:

—Hammish, serías más útil en el establo.

—Soy útil dondequiera que esté —bromeó Hammish, pero una mirada fulminante de Kinner bastó para poner fin a aquello—. Bueno, debería volver ya. Tengo algo importante que hacer —murmuró al alejarse—. No sé qué es, pero en cuanto lo sepa te lo diré. Seguro que estarás ansioso por saberlo.

Kinner esperó a que estuviera lo bastante lejos para no oírlo.

—Sé lo tuyo y lo de Caleb. Él me lo contó.

—¿Y Hammish?

—No, aunque no es tonto. Probablemente lo sospecha.

Jenna se encogió de hombros.

—Ahora da igual. Mi padre lo sabe. Solo te lo ocultamos porque te habrías burlado sin piedad.

Miró a lo lejos; sus pensamientos estaban con Caleb.

—¿Inverlochy? —murmuró, más para sí que para Kinner.

—Quiere saldar su deuda —respondió con suavidad—. Estoy seguro de que no quiso preocuparte con eso.

—¿Cuándo volverá?

—Muy pronto.

—No, no lo hará.

Kinner quedó descolocado.

—¿Por qué?

—¿Cuándo dijo que regresaría?

Kinner se encogió de hombros.

—Cuando haya vendido su carro de whisky.

Jenna contuvo la impaciencia.

—¿Cuánto tardará?

—No lo sé. Si lo vende rápido, volverá con el carro vacío. Aun así, el caballo necesita descanso por el camino —volvió a encogerse de hombros—. ¿Un poco más de un día? —La miró con atención—. Estás temblando. ¿Qué pasa, muchacha? —Con un toquecito en su codo, señaló el suelo—. Ven, siéntate.

—¿En el suelo?

Kinner sonrió.

—Sí. Es un buen suelo, es sólido. A diferencia de tus piernas ahora mismo.

Jenna obedeció. Miró las nubes oscuras.

—¿Qué te ha dicho Caleb?

Kinner dudó.

—Que te quiere.

—Yo también lo quiero.

—Pero te vas a casar con Giles.

—Nunca fue mi intención.

Kinner la miró con esa mezcla de ironía y ternura que lo caracterizaba.

—Casarse rara vez es un accidente.

Jenna soltó un suspiro impaciente.

—Tenía que hacerles creer que aceptaba hasta que Caleb volviera a casa.

—Juegas un juego peligroso.

—Me obligaron.

—¿Te obligaron? —Kinner se volvió hacia ella, encendido—. Muchacha, ¿te ha hecho daño?

Jenna negó con la cabeza.

—Giles no. Mi padre. Lo arregló todo. No me dejó opción.

Kinner la observó en silencio.

—Los matrimonios se conciertan a menudo —continuó ella—. No les das importancia… hasta que te pasa a ti. —Le concedió un momento para comprender su situación—. Pensarás que soy una mujer terriblemente libertina. —Se obligó a completar—. Ayer, Giles me vio con Caleb. Estábamos… juntos. A solas.

Kinner la sostuvo con la mirada, sin necesidad de preguntar.

—Sí, tal como piensas. —No le dejó reaccionar—. Giles fue directo a mi padre y ahora han adelantado la boda.

Kinner abrió la boca, pero Jenna se le adelantó:

—¡Me caso mañana!

—Caleb nunca lo aceptará.

—Yo tampoco, por eso debo ir a buscarlo.

—Imposible. Aunque supieras dónde está, no estás en condiciones de hacer un viaje así.

—Pero debo hacerlo.

—Tu padre pondrá la cabeza de Caleb en una pica.

—No si Caleb me lleva con él.

—¿Y sus padres? ¿O ya te olvidaste de ellos?

—Pueden venir con nosotros.

—¿Y cómo viviréis? No queda dinero. Su padre lo perdió todo en el juego. —Kinner le cubrió la mano con la suya—. Muchacha, esta es una batalla que nadie puede ganar.

—No. Te equivocas.

Kinner no tenía más que ofrecerle que su compasión.

—No voy a perderlo, Kinner.

Por muy decidida que estaba, las lágrimas le brotaron, delatando la duda.

Kinner la rodeó para consolarla.

—Tu plan no puede funcionar, y lo sabes.

Ella alzó el puño, pero él se lo sujetó antes de que le golpeara el pecho. Hizo un gesto de dolor, medio divertido por la ternura que había en su rabia.

—Golpearme no servirá de nada, muchacha.

Jenna jamás había sentido una ira así, y menos la había expresado. Había sido una niña obediente y una joven correcta. Nadie estaba más sorprendida que ella por perder el control.

—¡Lo siento! Kinner, no sé lo que hago. —Miró alrededor, como si las respuestas estuvieran escondidas en alguna parte—. Tengo que hacer algo. Pero Caleb está tan lejos… —Se puso en pie—. No tengo otra opción. Debo irme. Tengo que ir con él ahora mismo.

—Jenna… —Kinner también se levantó y se colocó a su lado.

—Aunque no lo encuentre, al menos no me casaré.

Jenna clavó la vista en la dirección de Inverlochy.

Él la observó, ensimismado.

—¿Qué camino debo tomar? —preguntó ella al fin—. Necesitaré un caballo. ¿Me prestas uno? Si cojo uno de los nuestros, mi padre se dará cuenta. He ahorrado algo de dinero; puedo pagártelo.

—¿No crees que tu padre notará tu ausencia? —replicó Kinner, escéptico, alzando sus cejas.

—Sí, pero para cuando se entere, habré tenido tiempo de llegar a Inverlochy antes de que nadie pueda alcanzarme. —Siguió, más

para sí que para él—. Si pido prestado un caballo y lo dejo atado cerca, podría escabullirme cuando anochezca.

—Jenna.

Al principio habló quedo, pero ella no reaccionó.

—¡Jenna! —le sujetó los hombros—. No vas a ir a Inverlochy.

Jenna alzó la mirada, transformada. Con los ojos brillantes de determinación, afirmó:

—Oh, sí que voy a ir.

Kinner negó, poco convencido.

—Tendrás a medio clan persiguiéndote y, cuando te alcancen, no me extrañaría que tu padre llevara un sacerdote para casarte con Giles allí mismo. Y más vale que te encuentre antes de que llegues a Caleb, porque si él está contigo, no tendrá piedad del pobre chico. Después de eso, sus padres acabarán expulsados de su cabaña, indefensos y sin un lugar a adónde ir.

Jenna exhaló, derrotada.

—Sin Caleb, estoy indefensa.

Kinner le tocó la barbilla.

—Eres más fuerte de lo que crees.

Ella alzó los ojos con escepticismo.

—¿Lo soy?

—Sí. Y ahora debes ser fuerte.

—Kinner, me conoces. Nunca he sido fuerte. Siempre me ha resultado más fácil ceder, sobre todo ante mi padre. Hasta ahora, nada me importaba lo suficiente como para enfrentarme a él.

—¿Y ahora?

—Ahora han adelantado la boda…

Kinner asintió.

—Porque Giles te vio con Caleb.

Jenna se sonrojó.

—Ya te lo conté. ¿Tenemos que insistir?

—Si queremos entenderlo y decidir qué hacer.

—No hay nada que entender.

Kinner apenas la oyó.

—¿Por qué Giles sigue queriendo casarse contigo?

La pregunta le hirió el orgullo.

—¿Porque me quiere?

—Conociendo a Giles, lo dudo.

Jenna se ofendió.

—¿Tal vez me ha perdonado?

—Es orgulloso. Algunos dirían que un pedante arrogante y egoísta. ¿Un hombre así te perdonaría? —Negó con la cabeza.

—Entonces, ¿cuál puede ser el motivo?

—No digo que un hombre no pueda amarte, hermosa muchacha, pero ese hombre no tiene corazón.

—No me importa. No quiero su corazón ni ninguna parte de él.

—Pero él quiere algo de ti. ¿Dinero?

—No necesita mi dinero.

—O eso quiere hacernos creer —murmuró Kinner.

Jenna volvió a lo esencial:

—¿Qué haré si no puedo ir con Caleb?

Kinner apartó la vista y negó despacio.

—Sé práctica, Jenna. ¿Cómo podrías hacerlo?

—Porque no puedo hacer otra cosa.

Cuanto más tardaba él en responder, menos esperanza le quedaba a Jenna, hasta que, abatida, suplicó:

—¿Me condenarías a casarme con Giles?

—Nunca lo elegiría para ti.

—Yo tampoco.

—Lo siento, muchacha, pero no te enviaré al mundo sin compañía.

El rostro de Jenna se iluminó con un destello de esperanza.

—Entonces ven conmigo. —Le apoyó la mano en el brazo—. Por Caleb.

Con una mirada amable, Kinner respondió:

—Jenna, no puedo alejarte de tu hogar.

—Sí que puedes.

Kinner sonrió, cansado.

—Ya es bastante con que te hayan visto con Caleb. Si yo, otro hombre, te sacara de aquí, avergonzarías a tu familia y a ti misma…

—No me importa nada de eso.

—Y a la mía también —añadió con delicadeza—. Puede que pienses que tu padre merece lo que le pase, pero a mi familia no. No puedo hacerles eso.

Jenna asintió.

—Tienes razón, por supuesto. He sido egoísta.

—No, muchacha. —Kinner le tomó las manos entre las suyas—. Te ayudaré a ti y a Caleb, pero debemos encontrar otra manera. Por ahora te mantendré aquí, donde estás a salvo.

—¿A salvo? Querrás decir segura… para casarme.

Él la sostuvo con la mirada.

—¿Confías en mí?

—No estoy segura —respondió con escepticismo—. ¿Debería?

Kinner esbozó media sonrisa.

—Por regla general, no. —La sonrisa se desvaneció—. Pero en este caso, debes hacerlo. Iré a buscar a Caleb para traerlo de vuelta contigo. Si decide huir contigo, tendremos tiempo para pensar en la mejor forma de hacerlo. Prometo hacer todo lo posible por ayudaros.

Jenna le rodeó el cuello con los brazos. Kinner correspondió al abrazo… hasta que oyó a Hammish carraspear de forma ostentosa.

—La señora MacDonell preguntaba por el agua —anunció, mirando el cubo vacío en la mano de Kinner y luego a ambos—. ¿Os importa si os pregunto qué estabais haciendo?

Jenna soltó una risita.

—Kinner me ha hecho muy feliz.

Hammish arqueó una ceja.

Capítulo 9

Kinner y Hammish se marcharon a caballo para alcanzar a Caleb. Con un poco de suerte, ya estaría de regreso. Tenía pedidos para la mayor parte de su carga de whisky, pero había llevado más con la esperanza de venderlo todo. Necesitaba reunir lo suficiente para saldar el resto del arriendo atrasado y que le sobrara algo para empezar una nueva vida con Jenna. Había aprendido por las malas que no debía esconder dinero en casa. Ahora guardaba todos sus ahorros a buen recaudo en casa de Liam. Kinner había viajado antes con Caleb en una de sus expediciones de venta. Si esta salía tan bien como las demás, podrían estar de vuelta el lunes al mediodía, apenas unas horas antes de la boda. No era hombre de preocuparse, pero incluso Kinner dudaba de que el plan funcionara.

En su segundo día de camino, bajo un aguacero constante, tanto los tartanes como el ánimo iban empapados. El mal tiempo había ralentizado el avance. Hammish fue el primero en decir en voz alta lo que ambos pensaban.

—¿Has considerado qué haremos si no encontramos a Caleb?

—¡No estoy de humor para tus tonterías! —cortó Kinner.

Hammish se encogió de hombros.

—No estaría de más pensar en el futuro, por si tu plan no resulta.

—Oh, magnífica idea: volvamosnos locos con lo que podría salir mal cuando ni siquiera sabemos cuándo, dónde ni cómo nos cruzaremos con Caleb.

Con una mirada cansada, Hammish se volvió y sonrió con aire burlón.

—Bien, entonces probemos con lo que podría salir bien. Pensemos… hmm…

—Para empezar, podrías cerrar la bocaza, idiota.

Hammish se acercó y lo agarró por el jubón. Estaba a punto de tirarlo del caballo cuando una voz los cortó en seco.

—¡Eh!

Caleb apareció al trote y se unió a ellos, alarmado.

—¿Qué sucede? ¿Mis padres? ¿Jenna está herida?

—No, pero si no nos damos prisa, tendrás que dirigirte a ella como señora Murray —soltó Hammish.

Kinner, aún molesto con él, puso los ojos en blanco.

—Mal expresado… pero cierto.

—La boda no era hasta mañana —protestó Caleb.

—Lo era, hasta que Giles os vio juntos —respondió Hammish.

—Por Dios… ¿dónde nos vio?

Kinner asintió con gravedad, confirmando lo peor.

—Se necesitará algo más que Dios para sacarte de esta —murmuró Hammish.

Kinner le dio un manotazo en el brazo con el dorso de la mano.

Caleb, demasiado preocupado para reparar en la pulla, insistió:

—Entonces… seguro que rompió el compromiso.

—Ojalá pudiera decirte que sí —replicó Kinner—. Pero está empeñado en casarse con la muchacha.

—Cabalgamos mientras hablamos —apremió Hammish—. Cada momento cuenta.

Los otros dos asintieron. Hammish añadió:

—Caleb, deja aquí el carro.

Kinner se sorprendió a sí mismo al secundarlo.

—Podemos volver a por él más tarde.

Ocultaron el carro entre zarzas y Caleb montó. Los tres espolearon cuanto les permitieron la lluvia y el terreno, pero los caballos necesitaban agua y respiro, así que se vieron obligados a detenerse en el camino.

—Podría haberse casado ya —exhaló Caleb.

Kinner asintió.

—Si hubieran tenido un sacerdote a mano, lo habrían hecho. Por suerte para ti, el padre de Jenna tuvo que enviar a alguien a buscar uno.

—Pero eso ocurrió…

—El jueves —intervino Hammish.

Los ojos oscuros de Caleb se nublaron.

—Hoy es sábado. ¿A qué distancia puede estar el sacerdote más cercano?

—Confiemos en que más lejos de lo que estás tú —contestó Kinner, mirándolo de frente—. Le prometí a Jenna que te llevaríamos de vuelta con ella, y eso haremos.



Jenna se detuvo en la puerta de la capilla. La mirada severa y el férreo agarre de su padre la empujaron a recorrer el corto pasillo hasta el sacerdote y, junto a él, Giles. Él la contempló con un anhelo apenas contenido mientras ella daba el último paso para situarse a su lado. No era la sonrisa de un hombre que ama, sino el brillo de quien está a punto de concluir la compra de una posesión codiciada. Con los ojos encendidos, la examinó; un resplandor tibio de triunfo asomaba bajo su media sonrisa. Algunos lo confundirían con adoración. Se volvió hacia el sacerdote, que parecía maltrecho, y no solo por el viaje.

El clérigo entornó los ojos y se tambaleó lo justo para arrancar a Giles una mueca de disgusto.

—Por los dientes de Dios, estás completamente borracho. ¿Dónde te han encontrado, celebrando misa en una taberna?

El sacerdote le dirigió una mirada fría, pero desistió al notar que el estómago volvía a traicionarlo.

—¿Y bien? —apretó los dientes Giles—. ¡Adelante, padre!

El sacerdote tragó saliva y se afirmó. Jenna apenas escuchaba su voz: estaba pendiente de los caballos fuera. No había ninguno. Pronto llegaría el momento de los votos. Tendría que casarse con Giles. Todo lo que amaba de la vida se desvanecería.

Se arrodillaron ante el altar. La empuñadura del sgian dubh de Giles tocó la piedra. El leve tintineo del metal contra la losa sobresaltó a Jenna. El sacerdote carraspeó y siguió. Ella lo miró por obediencia. ¿Dónde estaba Caleb? Toda su vida la había conducido hasta ese instante. Siempre había hecho lo que le mandaban, y esa era su recompensa: obligarla a desposar a un hombre al que detestaba.

Giles se movió. Tocaba levantarse. Jenna lo hizo, pero, al incorporarse, desenvainó el sgian dubh que él llevaba en el calcetín.

Dio un paso atrás y lo encañonó con la hoja festoneada.

Los invitados contuvieron el aliento.

—¡No me casaré contigo! Lo siento. No puedo —dijo, retrocediendo poco a poco.

—¡Jenna! —su padre se acercó a grandes pasos.

Jenna dio otro paso atrás.

—No, no lo haré. Intenté decirlo, pero nadie me escuchó.

—Chica, no seas necia —Giles avanzó y trató de agarrar el arma.

Ella se apartó y la hoja le abrió la mano.

—¡Por Dios, me has cortado! —Con el dorso de la mano sana, le cruzó una bofetada. La fuerza del golpe la derribó de rodillas. Perdió el cuchillo, pero lo aferró de nuevo—. ¡Si me vuelves a tocar, te volveré a cortar!

Con un movimiento rápido, él hizo que soltara el arma de una patada. Jenna se lanzó a por ella, pero Giles le plantó la bota en la muñeca. Quedó inmovilizada en el suelo, forcejeando bajo su peso. Él sonrió y murmuró entre dientes:

—Mi amor es una bestia salvaje.

Se agachó, la alzó por los brazos y la puso en pie. Ceñiéndole la cintura, gritó al sacerdote que continuara.

—Si la novia no está dispuesta, tal vez… —balbuceó el clérigo en voz baja.

—Cállate. Cuanto antes termines, antes volverás a la petaca que escondes en la túnica.

Las palabras dieron en el blanco. Humillado, el sacerdote bajó la vista, rehuyendo la mirada amenazante de Giles, y reanudó dócilmente su recitación.

Las puertas de roble se abrieron de par en par cuando tres espadachines tomaron la capilla. Giles miró atrás y, sin soltar a Jenna, ordenó al sacerdote:

—¡Continúa!

La voz de Caleb resonó bajo la bóveda:

—No puede continuar, porque la dama ya está casada.

Kinner y Hammish se apostaron a ambos lados del fondo.

Jenna abrió los ojos como platos y, al encontrar los de Caleb, se serenó.

—¿No pronunciaste los votos antes? —preguntó él.

A pesar del aturdimiento, a Jenna le brillaron los ojos.

—Sí, los pronuncié.

El padre de Jenna intervino:

—Si se trata de esa tontería del compromiso de manos, no tienes pruebas de que haya tenido lugar.

—Pero ocurrió —replicó Caleb—. Fui un necio por permitir que esto siguiera tanto tiempo.

—Vete ahora, muchacho —gruñó Ewan, erguido, con mirada de hierro—. O, por mi honor, sacaré a tus padres de su casa a puntapiés.

—Yo me ocuparé de mis padres —respondió Caleb, conteniendo la ira.

—Entonces sácalos de mis tierras cuanto antes, y no te llevarás a mi hija, halláis intercambiado votos o no en esa farsa de unión matrimonial.

Caleb ignoró a Ewan y se acercó a Giles.

—Suéltala.

Giles soltó una carcajada áspera.

—Que el diablo te lleve a ti y a tu unión matrimonial. No la soltaré.

Algunos invitados se escandalizaron. El sacerdote se atrevió:

—No puedes hablar así en la casa del Señor.

Giles le dedicó una sonrisa de satisfacción.

—Y, sin embargo, acabo de hacerlo. —La sonrisa se apagó en un gesto cansado—. Decláranos casados y acaba de una vez.

—Antes deben pronunciarse los votos —dijo el sacerdote con calma.

Giles alzó una ceja y tomó aire para responder, pero Caleb se adelantó:

—Jenna, prometo ser tu esposo. ¿Prometes ser mi esposa?

—Sí —contestó ella.

Caleb sonrió.

—Listo. Los votos han sido pronunciados. Si el handfast no bastaba, ahora hemos dicho nuestros votos ante un sacerdote y testigos. Eso nos hace marido y mujer. ¿No es así, padre?

Con la boca entreabierta, el sacerdote musitó:

—Bueno… es muy irregular.

—¿Pero es legal? —insistió Caleb, seguro de la respuesta.

El clérigo miró a Giles y de nuevo a Caleb, arqueando una ceja.

—Según la ley…

—¿La ley? —bufó Giles—. ¿Ahora también eres abogado?

El sacerdote se volvió, esquivo.

—No lo es —repuso Caleb—, pero el hombre con quien hablé en Inverlochy sí lo era.

—Yo he oído los votos —confirmó Kinner—. ¿Y tú, Hammish?

—Sí —sonrió Hammish—. Y, por si fuera poco, los han dicho dos veces.

—¡Pero las amonestaciones! —exclamó Ewan.

—Si me lo permiten —terció el sacerdote—, la Iglesia las prefiere, pero no son obligatorias.

—¡Och! ¿Se han vuelto todos locos? ¡Esto no es una boda como Dios manda! —Ewan miró en torno. Todos estaban tan atónitos como él, salvo la madre de Jenna, que se contemplaba las manos mientras ocultaba una sonrisa.

Nadie se movió hasta que Giles se volvió hacia el sacerdote.

—No pueden limitarse a decir que están casados.

El clérigo se encogió de hombros.

—Por lo común pinto más en una boda, pero estos dos han hecho un voto ante Dios. No tengo poder para deshacer lo que aquí se ha obrado.

—¡No puede hablar en serio! —espetó Giles, desdeñoso.

Caleb avanzó un paso, la espada aún desnuda.

—Yo sí hablo en serio. Y ahora, suéltala… antes de que te demuestre cuánto.

Giles miró la hoja, a pocos dedos de su cara. Si seguía sujetando a Jenna, no podría batirse con Caleb. Si la soltaba para defenderse, la mano diestra, la de la espada, estaba abierta en canal. Ni en su mejor día sería rival. Contempló la mancha roja que chorreaba de su herida y teñía el vestido de Jenna. Alzó la barbilla y sostuvo la mirada acerada de Caleb.

—No.

Con la mano buena, sacó una daga del cinturón y la apoyó en la garganta de Jenna.

Y entonces, de golpe, se desplomó.

Caleb recogió a Jenna entre los brazos.

—Querida Jenna, esposa mía.

Ella lo miró, atónita.

—¿De veras?

Buscó la confirmación del sacerdote. Con un brillo travieso en los ojos, él sentenció:

—Lo es… pues así lo afirmo.

Caleb besó a Jenna y echó a andar por el pasillo, aunque se detuvo ante Ewan.

—Aquí tienes el dinero que te debo.

Ewan hervía de furia.

—Si crees que esto te absuelve, te equivocas.

—Señor, pago una deuda. Nada más. En cuanto a Jenna, la amo. No busco absolución por ello.

La madre de Jenna se alzó y sujetó el brazo de Caleb al pasar con su hija.

—Sé bueno con nuestra Jenna.

—Estará a salvo y bien cuidada. Lo prometo.

Cora tomó el rostro de Jenna entre las manos y la besó en la frente.

—¡Ahora marchaos! Su herida no es mortal, pero su ira sí podría serlo.

Kinner y Hammish se apoyaban en la puerta, sonriendo.

—Supongo que necesitarán escolta —dijo Hammish.

Todos corrieron hacia los caballos. Como tantas veces de niños, Jenna rodeó con los brazos la cintura de Caleb y se alejaron al galope, recibiendo en la cara el aire fresco de las Highlands.

Capítulo 10

Liam deslizó las manos por los brazos tallados en roble de su silla y se recostó.

—¿Le robaste una novia en su propia boda?

Hammish intervino con un brillo en los ojos:

—Pero él se casó con ella primero.

Liam miró a Kinner en busca de confirmación y obtuvo un leve gesto irónico.

Jenna deslizó su mano en la de Caleb y aguardó a que Liam hablara. Mientras él contemplaba el fuego, Emmy le sirvió una jarra y le guiñó un ojo.

—¿Quién haría algo así… robar a una mujer de su familia? —bromeó ella.

Él alzó sus ojos oscuros hacia Emmy.

—Eso fue distinto, y lo sabes.

—Liam, están enamorados. ¿Les negarías tu consentimiento?

—No, Emmy, no lo haría. Pero esto traerá dificultades.

—¿Dificultades? —Caleb no se molestó en ocultar el enfado—. Ver a la mujer que amo casarse con otro era una dificultad que decidí no sufrir. Y sacarte del agua en aquel naufragio tampoco fue poca cosa, pero lo hice.

El enojo de Liam cayó sobre la estancia con un silencio denso. En voz baja, replicó:

—No he olvidado que te debo la vida. Si me estás pidiendo una recompensa…

La silla raspó el suelo cuando Caleb se puso en pie, seguido de cerca por Liam. Quedaron frente a frente, conteniendo la furia a duras penas. Kinner se acercó a Caleb y le posó una mano en el hombro. Caleb la apartó de un manotazo y, mirando a Liam, soltó:

—Jamás te pediría eso, y lo sabes.

El mal humor de Liam se desvaneció.

—Lo sé. Y tú deberías saber que te ayudaré en lo que pueda. Aunque, por ahora, no sé en qué consistirá. Veamos qué hay que

hacer y lo haremos.

Caleb asintió seco y se sentó. La tensión en la sala aflojó.

—Solo pensaba en voz alta —prosiguió Liam—. A Giles no le habrá gustado que le robaras la novia.

Caleb bufó.

—A mí tampoco me gustó cuando él me robó la mía.

—Sí, bueno… os guardasteis ese pequeño detalle —Liam volvió el rostro hacia Jenna—. ¿Y tu padre? ¿Qué hará?

—No lo sé —respondió ella con franqueza—, pero ha amenazado con echar a los padres de Caleb de su casa.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo dijo eso? —preguntó Liam.

—Hace meses, cuando le confesé que amaba a Caleb y que quería pasar mi vida con él. Me respondió que debía aceptar… o expulsaría a los padres de Caleb.

—Nos lo ocultó —murmuró Caleb.

Los ojos de Liam se suavizaron.

—Ya veo.

—No sé qué más hacer —susurró Jenna.

Caleb se volvió hacia ella y encontró su mirada cálida.

Liam tomó nota con gesto práctico.

—Entonces, Caleb, tus padres van a necesitar un lugar donde vivir.

—Así es.

Emmy sonrió con ternura, recordando.

—Hay una granja junto al mar. Está algo apartada, pero a mí me gustaba.

—A mí también —concedió Liam, mirándola con afecto—. No es mía, pero sé que está sin uso. Hablaré con mi padre. ¿Serviría para los tuyos?

—Sí —Caleb tragó para contener la emoción—. Liam, no sé cómo agradecerte.

—Eres mi amigo. No hay más que decir —Hammish alzó la voz—. ¿Y ustedes dos dónde vivirán?

—Supongo que en la granja, con mis padres —respondió Caleb.

—Eso suena de lo más acogedor —sonrió Hammish.

Caleb le lanzó una mirada de aviso.

—Nos las arreglaremos —y, volviéndose a Liam—: La verdad, no sé cómo se valdrían solos.

—No tendrán que hacerlo —intervino Jenna—. Quiero a los padres de Caleb como a los míos. Trabajaremos juntos para convertir ese lugar en nuestro hogar.

—Podemos levantar otra casa cerca de la suya —propuso Kinner.

Caleb se quedó atónito. Cuando empezó a darle las gracias, Kinner lo cortó:

—¡Silencio! ¿No harías tú lo mismo por cualquiera de nosotros?

—Bueno, sí, pero…

—Por supuesto que lo harías.

—Yo solo pido a cambio un trago del whisky de tu padre al final del día —terció Hammish.

—Esa sí es una idea brillante —rió Kinner.

—¿Embriagar a Hammish? —alz ó una ceja Caleb.

—El whisky de tu padre se vende de maravilla —continuó Kinner—. ¿No podrías aprender a destilar como él?

—Podría —asintió Caleb. Y, mirando a Liam—: Si tu padre está conforme, quizá podamos quedarnos allí y pagarle con whisky.

—No veo por qué no —repuso Liam—. Tu padre hace un whisky excelente. Él y sus invitados lo disfrutarán.

—Entonces ya está —anunció Emmy, plantándose con las manos en las caderas—. Salvo una cosa. ¿Se han olvidado de algo?

Todos la miraron sin comprender.

—¡Tenemos una boda que celebrar! Arriba, todos. Tú también, Jenna.

Emmy los llevó al centro del salón.

—Hammish, canta. Liam, ve a reunir a cuantos puedan tocar. Haré preparar una sala. Y, por supuesto, os quedáis aquí —miró a Caleb y a Jenna—. No os quedéis ahí clavados como si no hubiera nada que hacer. ¡Bailemos!

Caleb sonrió a su novia.

—Ya la has oído. No te quedes quieta, mi Jenna. Diviértete conmigo.

La tomó en brazos y la hizo girar. Tras un beso en los labios, comenzó el baile.



Horas más tarde, Caleb y Jenna subieron a su recámara, dejando atrás la música y las risas. Caleb echó el cerrojo y la atrajo contra su cuerpo cálido. Jenna se estrechó contra él y escondió el rostro en su cuello, respirando su olor.

—¡Estamos casados!

—Es cierto. Aunque tus padres nunca me perdonen, soy tuyo para siempre.

Se rió, la tomó en brazos y la llevó a la cama. La depositó con cuidado y se inclinó sobre ella. Una mirada honda nubló sus ojos.

—¿Qué ocurre? —se alarmó Jenna.

—Que eres hermosa… y te amo.

Ella le apartó un mechón de la frente. Se le humedecieron los ojos, pero se repuso y sonrió.

—Ven aquí, esposo. Tendrás que convencerme.

Él se aplicó a la tarea, empezando por sus labios suaves y descendiendo por la curva del cuello. Jenna contuvo el aliento

cuando desató los lazos del escote del camisón y aflojó el corpiño. La liberó de la tela y encontró, uno a uno, los centímetros de piel sedosa que había anhelado.

Jenna deslizó las manos por las piernas fuertes de Caleb.

—Quítate la ropa. Quiero sentirte contra mí.

Él obedeció, ansioso por despojarse de todo y le murmuró al oído:

—Cuánto te he echado de menos.

La respiración se volvió irregular mientras sus cuerpos buscaban acercarse más. Ella enlazó las piernas con las de él y dejó escapar un gemido. Entre caricias provocadoras y apretones ávidos, buscaron ser uno. Jenna gritó, y Caleb le cubrió la boca con la palma para amortiguar el sonido, ahogando el resto con un beso hambriento. Ella lo aferró y lo atrajo hacia sí con impaciencia cuando él la colmó más. Los jadeos urgentes se trocaron en éxtasis mientras se ceñían, reacios a separarse.

Juntos, entrelazados como uno solo, quedaron inmóviles, salvo por el subir y bajar de sus pechos y la respiración que se aquietaba a medida que sus corazones recuperaban el compás.



Caleb dormía, con el brazo extendido sobre la cintura de Jenna. Ella despertó: se oían gritos en la planta baja. ¿Había estallado una disputa? Unos pasos resonaron por el pasillo hasta su alcoba.

—¡Caleb! —era Kinner.

Jenna le sacudió el hombro, pero él ya había saltado de la cama buscando la daga. Abrió la puerta de un empujón mientras Jenna se cubría el cuello con la ropa de cama.

—Hay un incendio —anunció Kinner, sin reparar en que Caleb estaba desnudo—. Es tu casa.

Con prisa, Caleb se puso los pantalones y miró a Jenna.

—¡Ve! —le hizo señas ella—. Te alcanzaré.

Él asintió y se marchó con Kinner. En cuanto se fue, Jenna se vistió a toda prisa y los siguió. Ensilló un caballo del establo de Liam y cabalgó hasta encontrar la cabaña reducida a un montón de tablones carbonizados dentro de los muros de piedra.

Caleb la recibió cuando corrió hacia él.

—¿Dónde están tus padres?

—Están bien. Solo mi madre estaba en casa, y unos críos vieron el fuego y fueron a pedir ayuda.

—¿Qué ha pasado?

El silencio de Caleb fue una condena muda.

—No —negó Jenna—. Mi padre no podría hacer algo así.

—No he dicho nada de tu padre.

—Pero lo has pensado.

Caleb no respondió. Se volvió.

—Debo atender a mi madre.

—¿Está herida? —apremió Jenna, siguiéndolo.

—Ha inhalado algo de humo —respondió por encima del hombro.

Llegó junto a su madre. Unas vecinas la cuidaban con diligencia. Caleb se arrodilló a su lado. Con disgusto contenido, murmuró:

—¿Estabas sola?

Ella le devolvió una mirada serena, comprensiva.

—Estoy bien, muchacho. No te preocupes.

Caleb apretó la mandíbula y guardó silencio.

—Tuvimos suerte de verlo a tiempo para que no se propagara —dijo Nellie.

—¿Quién lo vio? —preguntó Caleb.

—Los jóvenes andaban jugando y vieron pasar a un hombre con una antorcha. Corrieron a buscar ayuda.

—Giles.

—Podría ser, pero llevaba un paño en la cara. No podemos estar seguros —replicó Nellie.

Caleb la taladró con la mirada.

—¿Y tú qué crees?

—No me cabe duda de que era Giles.

—Y no me cabe duda de que lo mataré la próxima vez que lo vea —gruñó Caleb.

Jenna le posó una mano en el hombro. Kinner abrió la boca para intervenir, pero se detuvo al oír a alguien cantar a lo lejos. La ira de Caleb creció y se volvió hacia el sonido que se acercaba.

—Yo me encargo —dijo Kinner, alzando la palma, sabiendo que era el padre de Caleb que regresaba a casa borracho.

—Quieres decir que lo protegerás —escupió Caleb—. Porque, si se me pone a tiro, le rodearé el lamentable cuello de borracho con las manos.

La madre de Caleb le tendió la suya con dulzura.

—No, cariño. No lo harás —tosió, con la respiración trabajosa.

—¿Y por qué no? Mamá, te dejó sola.

—No, hijo. Me dejó para ir a beber. No sabía que esto iba a ocurrir.

—¿Sabes que lo detesto? —masculló Caleb.

—No hables así.

—Lo siento, mamá, pero…

—No hay nada que hacer salvo traerme un poco de agua.

Caleb se irguió, pero Nellie lo atajó.

—Tengo aquí mismo.

Mientras Emma bebía de la taza, llegó el padre de Caleb. Con los ojos brillantes por el alcohol, miró a su esposa.

—¿Estás herida, cariño? —Irvin la rodeó con los brazos—. Lo siento. Debería haber estado aquí.

Caleb dio un paso atrás y se alejó. Lanzó una última mirada a su madre en los brazos de su padre. Se mordió la lengua para no soltar palabras duras, y se apartó dirigiéndose al camino con el olor a paja y madera quemadas pegado a la ropa. Unas manos firmes detuvieron a Jenna: Hammish le sujetó los hombros.

—No estará en condiciones de estar con nadie por un rato.

—Lo sé. Pero odio verlo así.

Liam llegó con un caballo y un carro. Se agachó junto a los padres de Caleb y les habló en voz baja de la granja junto al mar.

—Es tan fácil para él —murmuró Jenna.

—¿El qué? —preguntó Hammish.

—Tomárselo todo con calma y hacer lo correcto con tanta facilidad.

Hammish se encogió de hombros.

—Och, es sencillo hacer lo correcto cuando eres el hijo del jefe y tienes tierras y riqueza a mano.

—No siempre fue así para él, y lo sabes.

—Desde que su padre lo reconoció como heredero, Liam ha mostrado ser digno —admitió Hammish.

Jenna lo observó inclinarse junto a los padres de Caleb para tranquilizarlos, mientras Emmy se ocupaba de su comodidad.

—Debería ayudar —dijo, dando un paso, pero Hammish la detuvo—. Ya tienen manos de sobra. No hace falta abrumarlos.

Ella miró el sendero por donde se había ido Caleb y volvió la vista a sus padres.

—Me siento como una inútil.

—Ven conmigo —invitó Hammish, tendiéndole la mano.

Jenna sonrió, se la tomó y lo siguió por el angosto camino.

—Has tenido una noche movida.

Ella se sonrojó. Conocía demasiado bien a Hammish.

—No me refería exactamente a eso —guiñó, con picardía—, pero ya que lo mencionas… ha sido una noche de lo más animada, ¿eh?

—¡Hammish! —lo empujó, y siguió andando—. ¡Eres terrible!

—Hago lo que puedo.

—¡Och! No sé por qué me molesto contigo.

—Porque hemos sido amigos toda la vida y ya no te quedan opciones.

—Sí, bueno… es verdad —admitió, tomándole del brazo—. Y, aunque me cueste reconocerlo, tengo suerte de tenerte.

—Eso dicen todas —sonrió, satisfecho.

Caminaron en silencio un rato, hasta que Jenna suspiró, intranquila.

—Caleb siente cada injusticia como una herida.

—Siempre ha sido así. No se cambia la naturaleza de un hombre.

—No quiero cambiarla. Solo ayudarlo… y no puedo.

—Te has casado con él. Hazlo feliz.

Jenna soltó una risa amarga.

—¿Feliz? Sin mí, tendría un hogar y sus padres dormirían en su cama ahora.

—No puedes cargar con lo que hacen otros.

—Supongo que tienes razón.

Hammish se detuvo, la tomó por los hombros y la miró de frente.

—Querida, yo siempre tengo razón.

Ella rió a pesar suyo, y él le devolvió una de sus sonrisas más encantadoras. Señaló con la cabeza un árbol junto al lago, el lugar adonde Caleb solía ir a pensar. Allí estaba, mirando el agua.

—Gracias —susurró ella—. En realidad, no eres tan terrible.

—¡Calla! No quiero oír esas cosas —bromeó Hammish, y la observó hasta que llegó a salvo junto a Caleb.



Jenna se sentó a su lado y contempló cómo el sol naciente abría un camino sobre el agua, disolviendo la bruma que aún se aferraba a los árboles. Caleb puso su mano sobre la de ella.

—No me vuelvas a dejar así —susurró Jenna.

—No tiene que ver contigo.

—Ahora sí, porque me hiciste tu esposa.

Él la miró con desconcierto.

Jenna guardó silencio, pero se mantuvo firme.

—Si cargas con un peso, lo cargaré contigo.

—Jenna… —negó con la cabeza y se volvió.

—Caleb —replicó al instante—. Si me quieres, mírame ahora.

Él se volvió con rencor en los ojos… y lágrimas. Ella nunca lo había visto así. Se le partió el corazón. Se puso de rodillas para rodearle el cuello con los brazos y lo sostuvo. De su cuello pendía la moneda rota. Caleb la palpó, rozando la piel donde descansaba. Metió la mano en el sporran, sacó la otra mitad y las unió.

—Soy tuya —susurró ella—, pero tú también eres mío. No permitiré que sufras solo.

Una lluvia fina empezó a perlar las hojas. Una brisa fresca susurró entre los árboles. Bajo ese amparo, se refugiaron el uno en el otro e hicieron el amor: tiernos, cercanos, sin nada entre ellos salvo la confianza.

Capítulo 11

Llegaron a la granja junto al mar. Caleb, Jenna y sus padres se instalaron en la casita, mientras que los hombres, y una insistente Emmy, acamparon cerca del lugar donde levantarían la nueva vivienda. Liam comprendió pronto que era inútil discutir para ponerla más cómoda: ella prefería dormir con su marido bajo las estrellas antes que quedarse a cubierto sin él.

Irvin cambió después del incendio. Caleb se negaba a creer que duraría, pero Jenna discrepaba. Irvin cuidaba más de Emma para aliviarle la vida. Quizá el fuego le hizo ver que algún día podía perderla y ahora se resistía a dejarla sola. Bebía menos y trabajaba más, preparando el invierno. Halló un buen emplazamiento para el alambique e hizo planes para la primavera: podrían destilar suficiente whisky para pagar el arriendo y vender el excedente para comprar provisiones. Incluso en invierno recogerían las algas que el

oleaje arrojaba a la orilla y las quemarían para hacer kelp. Lo que no usaran, lo venderían. Sería un primer invierno duro, sin cosecha propia ni reservas, pero antes de marcharse, los amigos de Caleb prometieron volver con suministros para ayudarles a pasarlo. Después de eso, tendrían lo necesario para labrarse una vida allí. Por fin, Caleb miraba el futuro con ilusión.

El viento gélido del mar los forzaba a permanecer dentro de la pequeña cabaña la mayor parte del tiempo. Había dos camas con bastidor de madera colocadas «cabeza con pies», con jergones de lino rellenos de paja. A pesar de los tabiques que rodeaban cada lecho, estaban tan cerca que cualquier movimiento o susurro resultaba inevitablemente audible. Mientras Jenna lo sobrellevaba en silencio, Caleb estaba convencido de que acabaría loco. A la luz del día se comportaba como un ladrón en el mercado, rozándole la mano o la cintura cuando creía que nadie los veía. Bastaba la mirada de ella para desear poseerla allí mismo.

Un día, el sol brillaba y el viento se había amansado. Caleb observó a Jenna inclinarse y deslizar la masa del bannock de la pala a la piedra caliente.

—Mamá, ¿puedes encargarte? —anunció—. Es hora de que enseñe a Jenna a pescar.

—He pescado en el lago desde niña —ella frunció el ceño.

—En el mar es distinto —replicó Caleb con una paciencia cargada de intención.

Irvin se sentó a la mesa y los miró con un brillo divertido en los ojos.

—Ir —animó Emma—. El día está claro. Un paseo os sentará bien.

Irvin no tardó en secundarla.

—Sí, os vendrá bien aire fresco y un buen paso.

Jenna se secó las manos en el delantal antes de colgarlo.

—Muy bien, entonces.

Con suspicacia, se enfundó una gruesa chaqueta de lana y se envolvió en el arisaid. Lanzó una mirada de fastidio cuando Caleb le posó la mano en la espalda baja para apremiarla a salir y cerró la puerta tras ellos.

—Chica, ¿eres tan torpe como una sopa de avena?

—No más que tú. Te has vuelto tonto.

—No. Sé muy bien lo que hago.

Amparado por los pliegues del arisaid, le ciñó la cintura un poco más arriba de lo acostumbrado y le acarició el pecho con la mano.

Con los ojos muy abiertos, Jenna le empujó la muñeca hacia abajo.

—¡Tus padres te verán!

Caleb apretó el brazo y la atrajo más.

La expresión maliciosa de él hizo que a Jenna se le abrieran aún más los ojos.

—Será mejor que te des prisa, esposa, antes de darles algo que mirar.

Riéndose, le tomó la muñeca y la echó a andar por el sendero.

A cierta distancia de la costa, Caleb condujo a Jenna hasta una pequeña cueva que había encontrado en sus salidas de pesca. Encendió un fuego y extendió una manta a cuadros que había dejado allí. Mientras Jenna se calentaba las manos, él le tocó los hombros y rozó su oreja con los labios.

—Me he vuelto loco de deseo por ti.

Le recorrió los brazos con las manos y, al volver al fuego para entibiarlas, besó la piel satinada del cuello. Cuando las tuvo bien calientes, se las deslizó bajo la lana y le quitó la prenda por la cabeza.

—¡Caleb, hace frío!

—Yo te calentaré —prometió, desatándole la camisa y explorando cada curva que encontraba—. ¿Sabes lo que sufro al verte y no poder tocarte?

Con la respiración entrecortada, Jenna se volvió y lo besó.

—¿Ya estás más caliente? —bromeó él, con un brillo en los ojos.

—Sí —suspiró, deslizándole la mano por dentro de la cintura de los calzones.

Al fin libres, se fueron despojando el uno al otro y tomaron lo que ansiaban, entre jadeos y gemidos sin reprimir.

Después quedaron enredados en mantas junto al fuego. Caleb le acarició el cabello.

—Mi dulce y querida Jenna… me temo que tenemos un pequeño problema.

—Hoy no hay problemas —sonrió ella.

—Lo siento, pero hay uno.

—¿Cuál?

—Tendremos que volver con algo de pescado, o se preguntarán qué hemos estado haciendo tanto tiempo.

—Pensarán que no hemos logrado atrapar nada.

—Supongo que eso resuelve el problema.

—¿Y ahora hay otro? —Jenna alzó las cejas.

—Tengo hambre —admitió Caleb con media sonrisa—. De comida. Aunque me tientas otra vez.

Jenna alzó la barbilla con dulzura.

—Mi apuesto hombre, si nos quedamos aquí mucho más, sabrán perfectamente a qué hemos venido.

—¿Y qué con eso? —La envolvió y le acarició el cuello con la nariz—. ¿Acaso un hombre no puede amar a su esposa?

Jenna no pudo evitar sonreír, hasta que sus labios llegaron a su oreja. Contuvo el aliento.

—Será mejor que dejes de hacer eso o tendremos que llevar pescado para el desayuno.

Se estiró, tomó las cañas y se las pasó, mientras recogía la cesta.

—Apaga el fuego para ponernos en marcha.

Caleb negó con la cabeza y obedeció.

—Eres una esposa mandona, ¿eh? —La pasó un brazo por los hombros—. Pero ya me he casado contigo. No hay remedio.

—¡Ay, pobrecito! —le dio un empujón juguetón y echó a correr por delante de él.



La mayoría de las noches se sentaban junto al fuego. Cuando Caleb e Irvin terminaron de tallar cuencos y tenedores para comer, pasaron semanas fabricando un tablero de ajedrez y sus piezas. Los dos hombres solían jugar mientras las mujeres tejían chaquetas y calcetines de lana. Aquella noche, Jenna sorprendió a Emma mirando a Irvin con una leve sonrisa. Desde que habían llegado, él

había dejado de beber. Caleb ya había vendido la mayor parte del whisky cuando se incendió la cabaña; las pocas botellas que quedaban no se habían tocado. Mientras movían las piezas, padre e hijo conversaban con naturalidad. Caleb mostraba un respeto hacia Irvin que Jenna no le había visto antes. Volvían a ser una familia, y ahora ella formaba parte de ella. Retomó la labor de punto, contenta.

Caleb, en cambio, no lo estaba. A medida que avanzaba el invierno, el cielo plomizo le enturbiaba el ánimo. Más de una vez, Jenna lo sorprendió mirando fijo el agua y supo que estaba inquieto. Había pasado tiempo en el mar y temía que lo echara de menos. Siempre había supuesto que su desasosiego se debía a los problemas con Irvin. Ahora veía que no era así. Sus padres estaban asentados y felices, con medios para sostenerse. Cuando llegara la primavera, no le sorprendería que él quisiera abandonar aquel nuevo hogar, pero eso no lo haría feliz. Fuera cual fuese su decisión, ella ya había tomado la suya: estaría a su lado.



La primavera llegó con un frío persistente, pero el aire olía a vida nueva. Caleb enganchó el caballo al carro. Necesitaban provisiones. Casi no les quedaba comida y pronto harían falta semillas para la siembra.

Jenna lo seguía mientras él hacía los preparativos, aferrándose al arisaid.

—No puedes irte sin mí.

—He tomado una decisión y no voy a discutir.

—Pues yo he tomado otra, y sí voy a discutir. No vas a dejarme aquí.

—No estarás sola. Mis padres se quedan.

—Los quiero, pero quiero estar contigo.

—¿Qué fue de la muchacha tímida con la que me casé?

—Aprendí a ser fuerte.

Caleb la miró con admiración.

—Así es, y me enorgulleces.

Jenna se inclinó hasta rozarle los labios.

—Entonces, llévame contigo.

Caleb negó con la cabeza y la apartó con suavidad.

—Quiero ir —insistió ella, serena pero firme.

—No.

Se volvió y exhaló.

—Och, dinnae heave sighs at me.

—¿Ahora me dirás cómo respirar, mujer?

—Lo haré. Y no respirarás en absoluto a menos que yo esté contigo. Y si voy contigo, quizá te deje respirar hondo —sonrió.

Caleb no pudo evitar la sonrisa. Se giró y la atrajo hacia sí.

—Jenna, cariño… —le besó el ceño fruncido—. Nada me gustaría más que tenerte a mi lado, pero no sabemos en qué ánimo está tu padre, y menos aún Giles.

—Han pasado meses. ¿De veras crees que siguen enfadados?

—Los clanes han luchado generaciones por menos.

—Pero yo no soy hija de un terrateniente. No merezco una guerra entre clanes.

—Para mí sí la mereces. Lucharía por ti. Solo prefiero no hacerlo hoy.

Jenna no ocultó la decepción. No pensaba rendirse.

—Déjame hablar con mi padre.

Caleb negó con determinación.

—Si dejas que una herida se infecte, empeora —razonó ella—. Si volvemos juntos, podremos hacer las paces con mi padre… y quizá hasta con Giles.

Él no podía negar que aquello podría mejorar las cosas, aunque también empeorarlas. Aun así, lo meditó.

—Nos perdonará cuando vea lo feliz que soy contigo —repuso Jenna.

—Tal vez él sí, pero Giles no. No te pondré en peligro.

—Giles no me hará daño, y no puede hacértelo a ti. Eres mucho más fuerte que él —aseguró, mirándolo de frente.

—¿Intentas halagarme para salirme con la tuya? —alzó una ceja.

—Así es. ¿Funciona?

Caleb soltó una risa y miró al cielo.

—Que Dios me asista… —y, volviéndose hacia ella, añadió—: No soy tan necio como para dejarme llevar por tus coqueteos.

Jenna negó despacio y susurró:

—No. Eres demasiado fuerte para eso.

Había ganado. La sonrisa le asomó a los labios.

Caleb negó con la cabeza, pero la leve curva en la suya lo delató.

—Te dejaré venir porque lo que has dicho tiene sentido.

—Por supuesto que lo tiene. Ahora, hablemos de otra cuestión —le rodeó la cintura—. Podemos hacer una parada en el camino.

—¿También has planeado el viaje por mí?

—No, solo una parte —le dio un beso rápido en la mejilla—. Voy a hacer el equipaje.

—Date prisa —repuso Caleb, con un brillo travieso en los ojos.



Llegaron a la casa de Liam tras pasar junto a los restos chamuscados de la antigua cabaña de Caleb. Él no estaba de humor para hablar de la familia de Jenna, que era lo único en lo que ella

podía pensar. No se había despedido como debía y la culpa le pesaba. Solo quería correr a casa, abrazar a su madre y decirle que lamentaba los problemas que había causado. Su padre estaría disgustado, pero la perdonaría. Estaba segura.

Entraron en la casa de Liam y Emmy cuando el crepúsculo caía sobre el valle. Emmy les sirvió una comida abundante y les preguntó por el invierno. La gran chimenea templaba el frío de aquella noche de comienzos de primavera.

—Contadme más de mis padres —se atrevió al fin Jenna—. Habéis hablado muy poco de ellos.

Habían conversado de casi todos los demás hasta que quedó claro que algo no encajaba. Liam la miró de frente y no se anduvo con rodeos.

—Hay problemas.

Jenna se preparó para lo peor.

—Están bien —añadió de inmediato, posando la mano sobre la de ella para calmarla—. Es un asunto de dinero. Lo sé porque he estado ayudando a mi padre a llevar la finca. Entre un terrateniente y su administrador hay transacciones… y han desaparecido fondos que estaban bajo la custodia de tu padre.

—Estoy segura de que corregirá cualquier error que haya ocurrido bajo su supervisión —replicó Jenna.

Liam esbozó una sonrisa comprensiva.

—El dinero no se esfuma a menos que alguien haga lo que no debe.

—¿Insinúas que mi padre le robó al tuyo?

—Lo siento, Jenna. Solo sé que falta dinero. Si hay una razón válida, tu padre aún no la ha dado.

—Lo haces parecer un ladrón cualquiera.

—No es mi intención. Quería prepararte. Si no puede reponer lo desaparecido, dejará de ser administrador.

—Pero nuestra casa…

Liam bajó la voz para darle la noticia con toda la delicadeza posible.

—Sabes que vive allí por voluntad del terrateniente. He convencido a mi padre para que sea indulgente, al ser su primera falta.

Caleb se acercó y se quedó detrás de Jenna, con las manos en sus hombros. Nadie lo dijo, pero todos sabían que a los ladrones

podían castigarles con la amputación de una oreja o de la mano, con una marca en la mejilla y el destierro, o incluso con la horca.

—Sin embargo, queda el dinero —prosiguió Liam—. Si no lo devuelven, tus padres serán desterrados.

—¿Mi padre, un criminal? —murmuró Jenna, demasiado aturdida para asimilarlo—. Mi madre debe de estar desconsolada. Debo ir a verlos.

—Iremos por la mañana —aseguró Caleb.

Desolada, Jenna se quedó en silencio. Caleb agradeció a Emmy y a Liam la hospitalidad y le pidió a ella que no se preocupara: encontrarían solos el camino a la misma alcoba donde pasaron su noche de bodas.

Qué distinta era esa noche. Jenna estaba agotada del viaje. La noticia la había dejado sin palabras. Se preparó para dormir y se acurrucó junto a Caleb.

—Tu padre es un hombre inteligente —le murmuró él—. Encontrará la forma de salir de esto y cuidará de tu madre. Y yo siempre cuidaré de ti. No tienes por qué preocuparte.

Pero ella sí se preocupaba, porque la vida que conocía se desmoronaba.

—¿Qué harán? —susurró—. No puedo imaginarlos pobres, viviendo en una granja cualquiera.

Las palabras golpearon a Caleb. Jenna estaba demasiado cansada para pensar en cómo podían sonar. Se durmió para huir de sus temores. Caleb no; permaneció despierto, pensando en cómo la había llevado a una vida humilde en el campo. Ella había sido educada para otra cosa. Él había dado por hecho que se adaptaría y sería feliz, porque se amaban. Ahora se preguntaba si el amor siempre bastaba.



La casa de los MacLaren quedaba a un buen trecho de la de Liam. Este les ofreció uno de sus caballos para que llegaran antes a ver a los padres de Jenna. Ella cabalgó en silencio. Caleb lo notó y cargó con ese silencio como si fuera suyo. No podía olvidar lo que había dicho antes de dormir. Había abierto una distancia entre ellos que él nunca había sentido. Ella pertenecía a un rango más alto; siempre lo supo. Pero, al haber crecido juntos, aquella barrera se había

desvanecido hacía mucho. Solo quedaba el amor. Por eso, cuando oyó que sus padres no debían "rebajarse" a su nivel, le dolió.

Cabalgaban por los mismos caminos de antaño. El paisaje era el mismo, pero había ocurrido demasiado como para desandarlo. Ellos también habían cambiado. Ya no era el hogar que conocieron.



Su madre abrió y abrazó a Jenna. A Caleb le dedicó un gesto cálido con la cabeza, y nada más. Mientras los invitaba a pasar, murmuró:

—Lo siento. Los criados tienen el día libre.

Jenna tomó asiento junto a Caleb.

—¿El día libre, mamá? Dime la verdad.

La expresión de Cora MacLaren se desmoronó mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —insistió Jenna.

—Deberías preguntárselo a tu padre. Yo sé muy poco. No quiere hablarme de ello.

—¿Nos recibirá? —preguntó Jenna.

—No lo sé, hija. Estaba muy enfadado contigo cuando te fuiste.

—Lo siento.

Quiso añadir algo más. No podía negar el dolor que había causado, aunque no le habían dejado otra opción.

Cora le tomó las manos.

—¿Eres feliz?

—Sí. Pero me preocupáis.

—Tienes tu propia vida. No tienes por qué preocuparte por nosotros.

—Sois mis padres. Por supuesto que me preocuparé.

Cora se apartó un mechón de la frente.

—Estoy segura de que tu padre lo arreglará todo.

Jenna asintió como si estuviera de acuerdo, aunque no podía estarlo.

—¿Puedo verlo?

—No es él mismo.

—Por favor. Debo verlo.

Cora dudó, pero los condujo al despacho. Ewan, con el cabello revuelto, alzó la vista del escritorio y cerró un cajón con suavidad. Su mirada, opaca hacia Jenna, se aguzó en cuanto recayó en Caleb: no dejaba dudas sobre lo que sentía por él.

Caleb habló primero.

—Señor MacLaren, le pido perdón por el dolor que he causado a usted y a su familia.

Ewan lo observó con curiosidad, en silencio.

—Amo a su hija, y daría la vida por verla segura y feliz.

—Hubiera sido mejor que lo hicieras antes de robárnosla… y de arrebatarle una vida digna de ella.

Caleb encajó el golpe sin pestañear. Solo una sombra en sus ojos delató la reacción.

—Ella quiso venir conmigo.

—No sabía lo que hacía.

Caleb contuvo las palabras que luego lamentaría y eligió otra senda.

—Nos habíamos prometido el uno al otro.

—¿Y qué le prometiste? ¿Una granja con paredes ennegrecidas por el hollín, inviernos amargos acurrucada al fuego para entrar en calor? ¿Le prometiste manos ásperas y callosas?

Jenna escondió las suyas entre los pliegues de la falda.

—Sé que no era lo que esperaba para su hija —repuso Caleb—. Pero la cuidamos, y la cuidaremos siempre.

Ewan soltó una risa seca.

Jenna se inclinó hacia delante.

—¡Padre! No te burles así de mi marido.

Él se desconcertó. La miró, primero sorprendido, luego con desdén.

—¿Ya estás lista para la vida de esposa de un tratante, vendiendo tus mercancías en el mercado?

Caleb tomó aire para responder, pero Jenna se le adelantó:

—Estoy orgullosa, porque no hay vida mejor que estar al lado del hombre que amo y saber que él me ama. El amor de Caleb me es mucho más querido que todo tu dinero.

Las palabras quedaron suspendidas. Ewan no replicó, porque ya no tenía dinero. En ese instante, todos supieron que había

perdido su posición. Quedaba al nivel de Caleb, y lo sabía. Jenna no pretendía humillarlo, pero su verdad lo dejó en un lugar que no quería ocupar. Amargamente rebajado, se quedó sin voz.

Ya no era el padre autoritario al que Jenna había admirado. Ahora estaba desarmado, y a ella le dio lástima. Se dejó caer en una silla y apoyó las manos sobre el escritorio.

—Padre… ¿qué ha pasado?

A su lado, Caleb se irguió, tenso.

Ewan se sirvió una copa y ofreció otra a Caleb.

—Hace años, unos amigos y yo formamos una tontina. Aunamos dinero y cada año repartíamos dividendos. Yo llevaba las cuentas y hacía los pagos. En una ocasión me quedé sin fondos, así que tomé prestado del fondo, del principal. Nadie lo supo y lo devolví con los arriendos que cobré. Siempre fue algo temporal.

—¿Siempre? —Caleb entornó los ojos—. ¿Entonces lo repitió?

—Muchas veces. Nadie salió perjudicado. Lo repuse todo. Al menos, hasta hace unos años. Volví a quedarme sin dinero. Pero seguí pagando dividendos y nadie lo notó.

Guardó silencio un latido antes de proseguir:

—Hace unos meses, antes de que los muchachos marcharan a las Tierras Bajas, me retrasé con el pago. Malcolm Murray exigió ver el libro.

—¿El padre de Giles? —preguntó Caleb.

—Éramos los últimos miembros de la tontina.

Caleb posó una mano en el hombro de Jenna: intuía lo que venía.

—Supo lo que había hecho. Le debía mucho más de lo que jamás podría devolver. —Los ojos de Ewan buscaron a su hija—. A Giles le gustabas. Mucho.

—¿Lo bastante como para aceptarme como pago? —susurró Jenna.

Ewan bajó la mirada y asintió.

—Padre… ¿me vendiste?

—Hicimos un acuerdo matrimonial. Esas cosas se hacen a menudo.

—No para saldar deudas. Los hombres no trafican con sus hijas.

Ewan cerró los ojos.

—Pero lo hacen —admitió con tristeza.

—Jenna, querida, era un buen partido —intervino Cora.

De nada sirvió. Jenna había confiado en su padre toda la vida. Y ahora él era un ladrón, y ella, mercancía. Se recostó y contempló sus manos ásperas y callosas.

—Prefiero vender whisky en el mercado a que me vendan.

—Jenna, por favor, intenta comprender.

—¿Crees que Giles me habría amado sabiendo que me ganó como un premio?

—Lo sabía —murmuró Ewan.

—Entonces jamás me tuvo afecto ni respeto —concluyó ella.

—Tras tu marcha, se enfureció. Exigió compensación. Como no quedaba dinero en la tontina, se conformó con la venganza. Acudió al terrateniente de Glengarry. Estoy seguro de que quiso lavar la humillación pública con la mía. Pero Glengarry ha tenido la bondad de callarlo.

Jenna buscó la mano de Caleb y la apretó.

Ewan miró a su esposa.

—Lo siento, querida.

La compasión de Cora asomó entre su angustia. Antes de que hablara, Ewan abrió el cajón y sacó una pistola. Caleb empujó a Jenna detrás de sí, se abalanzó sobre el escritorio y sujetó el antebrazo de Ewan para impedir que se apuntara. Hubo un silbido, un soplo de humo… y nada más.

Caleb le arrebató el arma mientras Cora corría hacia su marido.

—¿Estás herido?

Ewan quedó mirando el escritorio, vacío de expresión.

—No. Por desgracia.

—Ha tenido suerte de que la carga principal no prendiera —dijo Caleb.

—Prométeme que no volverás a intentarlo. —le pidió su esposa, con las lágrimas mojando su rostro.

Ewan no respondió al instante y una lágrima le cruzó la mejilla. Con la voz quebrada contestó:

—Te doy mi palabra.

Se derrumbó en los brazos de su esposa y lloró.

Jenna lo contempló, atónita. Nunca lo había visto llorar ni mostrarse de esa manera.

Caleb registró con rapidez el escritorio, halló lo necesario para extraer la bala y limpiar la pólvora del cañón. Cuando terminó, se aseguró la pistola en el cinturón.

—La guardaré yo por ahora. —Apartó a Jenna y preguntó— ¿Hay más armas en la casa?

—Que yo sepa, no —respondió Cora.

Mientras ella atendía a Ewan, Caleb condujo a Jenna al exterior. Al cerrar la puerta, ella susurró:

—Debería hacer algo.

—Es mejor que los dejemos solos por ahora.

Con la mano de Jenna aún ceñida a la suya, echó a andar sin rumbo, solo para alejarse de la casa.

—No te culpes.

—No sé a qué te refieres.

—Sí lo sabes. Puedes mentirte a ti misma, pero no a mí.

Jenna guardó silencio.

—Esto no ha sido culpa tuya —le alzó la barbilla para mirarla—. Ni mía.

—Y, sin embargo, aquí estamos, en medio de todo —dijo ella, con tristeza.

Caleb la abrazó.

—No quiero oírte hablar así. Puede que estemos en el centro, pero no fuimos la causa. Tu padre lo admitió.

—Es poco consuelo cuando tus padres, y ahora los míos, han visto su vida hecha añicos. Todos a quienes amamos han salido heridos.

Una llama dura prendió en los ojos de Caleb.

—Giles Murray ha tenido su venganza.

Capítulo 12

Caleb ayudó a Ewan a cargar los baúles en el carruaje que la hermana de Cora y su marido habían enviado para recogerlos. Ella se había casado con un rico comerciante. Ewan siempre lo había menospreciado por dedicarse al comercio, pero ahora aquel hombre podía menospreciarlos a ellos. Se habían convertido en los parientes pobres, y la hermana de Cora y su esposo los acogían. Vivirían en su gran casa de Glasgow hasta que Ewan pudiera recomponer sus vidas.

—¿Tenéis que iros ya? —preguntó Jenna.

Cora le acarició la mejilla con la palma.

—Debemos dejar atrás esta vida. Será mejor para tu padre.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Ewan no era él mismo, y Jenna temía que nunca volviera a serlo. Prometió visitarlos mientras abrazaba a su madre y se despedía de ella. Besó a su padre en la mejilla. Él apenas pudo alzar los ojos enrojecidos para mirarla y, cuando lo hizo, solo vio tristeza.

Caleb tendió la mano a Cora para ayudarla a subir al carruaje. Ella le dio las gracias con un gesto que lo decía todo: él había salvado la vida de su marido. No hacían falta palabras, ni Caleb las esperaba. El carruaje se alejó, pero el peso del dolor quedó atrás.



Caleb y Jenna se quedaron con Liam y Emmy durante un tiempo. La casa era grande y sus dueños estaban encantados de compartirla. Llegó el verano, y su calor, junto a los días largos, tuvo un efecto curativo sobre Jenna. Por las mañanas, Liam y Caleb practicaban esgrima en el castillo con Kinner, Hammish y los hombres del clan. Corrían rumores de que volverían a llamarlos al servicio, pero ninguno se materializó. Por las tardes, Caleb y Jenna ayudaban a Liam con las faenas de la casa. Aunque la vivienda era amplia, los ingresos no lo eran. Siempre quedaba trabajo por hacer, y ellos

estaban felices de ayudar. En verano anochecía tarde, así que disfrutaban de largas veladas para pasear y soñar juntos con el futuro. La vida era como habían imaginado tras la boda: días de felicidad y noches de pasión.

Llegó el momento de llevar más comida y suministros a los padres de Caleb. Producían suficiente kelp como para pagar gran parte de los gastos. Pronto se segaría la primera cebada y comenzarían a destilar whisky.

En una fresca tarde de verano, reunidos con Kinner y Hammish, todos se sentaron junto al fuego, entre charla y risas. Cuando la conversación cayó en una pausa cómoda, Liam comentó:

—No hemos tenido suficientes noches como esta.

—Es cierto —asintió Emmy—. Me recuerda nuestros días en Edimburgo.

Habían compartido muchas veladas agradables, pero también tragedias. Caleb los miró con escepticismo.

—Llevamos aquí desde la primavera. ¿Aún no os habéis cansado de nosotros?

—Nunca —sonrió Emmy—. Y no hemos visto a Kinner y a Hammish tanto como quisiéramos.

Buscó con la mirada la complicidad de ambos.

Caleb los observó con una sonrisa burlona.

—Si están a un paso, y entrenamos cada día.

Emmy sostuvo la mirada de Kinner con gesto travieso. Siguiendo su juego, Kinner terció:

—Och, Caleb… ¿de veras no echas de menos aquellos días?

—No —respondió él sin rodeos—. No los echo de menos.

Kinner soltó una risilla.

—Claro que sí. ¿No lo deseamos todos?

Al no obtener respuesta, metió un codazo en las costillas de Hammish.

—¡Sí! ¡Más tiempo juntos! —exclamó este, como quien despierta de un sueño.

Caleb miró a Jenna. Ambos se volvieron hacia los demás, cuyos ojos reían con picardía. El silencio se prolongó hasta que Emmy anunció:

—La verdad es que pensábamos que era buen momento para pasar unos días en la costa. Todos esperábamos ver cebada que cosechar y una granja que levantar.

—¡Es una idea estupenda! —sonrió Jenna—. ¿De verdad haríais eso por nosotros?

—Por Caleb no —guiñó Liam—. Pero por ti y por sus padres, sí.

Se inclinó hacia delante, solemne por un instante.

—Eso sí, con una condición.

Tardó a propósito en continuar, mirando a Caleb:

—Quiero probar un trago —o dos— de tu whisky.

Con una sonrisa amplia, Caleb aceptó:

—Será tuyo. Y si no te gusta, culpa a los segadores.

—Eso haré.

Caleb se recostó, satisfecho de tener amigos así.



Una lluvia torrencial les dio la bienvenida a la pequeña granja de la costa.

—Menos mal que se me ocurrió traer un pàillean —comentó Liam, esbozando una sonrisa al cruzar la mirada con Emmy. Ambos

sabían que había sido idea de ella, para que dispusieran de un lugar donde dormir y resguardarse de la lluvia y del frío.

Caleb señaló un lugar apropiado para levantar la tienda y se pusieron manos a la obra. Por la mañana la lluvia amainó, pero aguardaron un día más para que la cebada se secase lo suficiente para cosecharla. Caleb prefería esperar otro, aunque Irvin discrepaba: la mejor oportunidad de encadenar días claros solía venir tras el aguacero. Salieron al campo cuando el rocío se hubo evaporado y el sol trepaba alto. Una brisa recia del mar los animó ante la tarea.

Los hombres segaban a golpe de hoz por las hileras, mientras las mujeres seguían detrás para recoger y atar las gavillas. Jenna no pudo evitar mirar a Caleb cuando se inclinaba sobre el trabajo. La camisa, húmeda de sudor, se le pegaba a los hombros anchos y a los brazos musculosos. Sus ojos descendieron por el torso hasta el trasero y los muslos poderosos. El trabajo duro tenía sus recompensas, concluyó. Tan absorta estaba que no oyó acercarse a Hammish, que alcanzó a seguir su mirada y sonrió, adivinando sus pensamientos. Carraspeó de forma ostentosa.

—¡Ay, Hammish, me has asustado! —exclamó Jenna, llevándose la mano al pecho.

—Ya lo veo. Parecías muy metida en tus cavilaciones —repuso, y por si su perspicacia no bastara, miró a Caleb y luego a ella, sonriendo.

Incapaz de esquivar las descaradas chanzas, Jenna se sonrojó y se volvió.

Hammish soltó una risita. Los demás dejaron el tajo y se acercaron al barril. Él se echó un cubo de agua por la cabeza.

Caleb se sentó junto a Jenna y se apoyó con ella contra una pila de fardos.

—Siento que tengas que hacer trabajo de campo.

Hammish lo oyó y, guiñando un ojo, lanzó:

—Tiene buen ojo para este tipo de labor, ¿verdad, Jenna?

—No sabía que hiciera falta tanto ojo como músculo —se extrañó Caleb.

—Sí, bueno… tu Jenna aprecia ambas cosas, ¿no es cierto, Jenna?

Ella le tiró un puñado de tallos sueltos. Hammish ya se agachaba.

—¡Fuera de aquí!

Se sacudió la cebada del pelo y la ropa y se fue a por más agua.

Aún encendida, Jenna explicó en voz baja:

—Me pilló admirándote mientras trabajabas. Eres muy guapo.

Los ojos de Caleb ardieron con pensamientos no dichos.

—Tú también eres buena trabajadora, muchacha.

Se inclinó hacia el escote húmedo de la camisa y sopló con suavidad para refrescarla. Los labios se le curvaron apenas cuando ella apoyó la cabeza en la pila de cebada y cerró los ojos con un suspiro.

—Te dolerán los brazos y la espalda —advirtió—. Ven.

Le frotó los hombros y la nuca. Cuando Liam anunció la vuelta al tajo, todos lo siguieron. Caleb y Jenna intercambiaron una mirada nostálgica y se reincorporaron.

Al final del día bajaron a la orilla.

—¡Atención, muchachas! —tronó Hammish—. No voy a nadar con el tartan puesto, así que podéis mirar a otro lado… o no. Vosotras decidís.

Para cuando terminó la frase, el tartán yacía hecho un montón sobre las rocas, y su léine le siguió de inmediato.

—¡Hammish, no nos has dado tiempo! —protestó Emmy, dándose la vuelta con un gritito ahogado.

Jenna rió.

—Es un hombre orgulloso, Emmy. Aún no sabemos por qué.

Ella estaba demasiado sorprendida para reír, pero los hombres sí, y manifestaron su acuerdo a voces. Los otros desenrollaron sus faldas escocesas y echaron a correr hacia el agua, como tantas veces habían hecho en el lago desde niños. Emmy, educada en las Tierras Bajas entre los Covenanters, no estaba acostumbrada a aquellas costumbres montaraces de las Highlands. Por su bien, Jenna la avisó discretamente cuando todos se sumergieron por completo. Durante años Jenna se había sentido una más entre los muchachos. Ya no quedaba travesura que no pudiese ignorar con un simple gesto de indiferencia. Debería haberle escandalizado, pero no era así.

—Puede que te sorprenda, pero yo también voy a meterme —anunció Jenna.

Emmy no se escandalizó, aunque tampoco estaba dispuesta a quedarse en ropa interior y meterse con un grupo de hombres desnudos, por más que su marido fuese uno de ellos.

—Ve tú. Yo me quedaré hasta los tobillos.

—Métete con la camisa —sugirió Liam—. Nos daremos la vuelta hasta que estés dentro.

—¡Yo no prometo nada, querida! —canturreó Hammish.

—Muchacho —gruñó Liam—, o apartas la vista tú solo o te la aparto yo bajo el agua.

—¡Ya no eres tan divertido como antes!

—Oh, pero lo es —replicó Emmy con una chispa.

Por una vez, Hammish quedó desconcertado y sin respuesta.

Liam salió entonces del agua tal cual, tomó a Emmy en brazos, con el vestido puesto, la echó al hombro y se metió con ella en el mar. Jenna se rió mientras se quitaba todo menos la camisa y corría tras ellos. Caleb le hizo un gesto con la mano y nadó a su encuentro.

Se besaron hasta dejarla sin aliento, mientras sus manos exploraban cuanto el agua permitía.

—¡Caleb! Los demás… —jadeó—. No pueden verme así.

—Ni así —susurró él, y ella abrió mucho los ojos.

La sonrisa de Caleb se apagó, sustituida por una expresión sombría.

—Te he estado deseando —murmuró con el aliento caliente en su oreja.

—¡Aquí no! —repuso ella, frenética, en un hilo.

Él la abrazó para rozarle los labios al hablar:

—Esta noche. Nos escabulliremos con la luna. Quiero oírte suspirar mi nombre sobre una cama de cebada recién cortada.

Jenna miró alrededor para asegurarse de que nadie advertía el exquisito tormento que él le causaba bajo el agua.

—¿Esta noche, entonces?

—Sí.

La palabra le salió como un suspiro.

—Ahora… por favor, para.

Con renuencia, él se apartó. Le tomó el rostro entre las manos, apoyó la frente en la suya.

—Tenlo presente, Jenna, mi amor. De aquí a la noche, cada vez que te mire pensaré en la cebada y en cómo arrancarte otro suspiro.

Ella desvió la vista, temerosa de que el rostro la delatara.

—Yo también tendré mis pensamientos.

Nadie los observaba. Los demás ya salían del agua. Algunos se quedaron en la orilla. A petición de Jenna, y por empeño de Caleb, los hombres se volvieron cuando ella emergió con la camisa de lino pegada al cuerpo. Se ocultó tras unas rocas y escurrió la tela hasta que dejó de ceñirse. Tomó su ropa y regresó a la granja mientras el lino terminaba de secarse. Caleb entrelazó su mano con la de ella y se quedaron rezagados. Jenna deseó no perder jamás la emoción que le provocaba ese contacto.

Él le sonrió y alzó una ceja al dejar que la mirada bajara a su pecho.

—Deberías ponerte el corpiño.

—Pero la camisa sigue húmeda.

—Sí —murmuró, rodeándole el cuello con el brazo para atraerla —. Y aunque es una vista preciosa, prefiero que sea solo para mí.

Jenna siguió la dirección de sus ojos. El lino mojado resultaba translúcido y se pegaba a sus curvas. Avergonzada, alzó la vista hacia el brillo encendido de él. Sin decir palabra, se puso a toda prisa el corpiño y las faldas, esforzándose por seguir el paso del grupo.

Caleb se detuvo en el sendero y la atrajo a sus brazos. Asegurándose de que su cuerpo la resguardaba, le acarició el centro del corpiño con la mano.

—¿Todavía lo llevas?

Jenna sonrió, suave.

—Sí.

Sacó el busk del canal central, entre las varillas. Caleb pasó el pulgar por el burdo grabado en hueso de ballena que había hecho en el mar.

—Te había perdido, pero mi corazón no te soltaba.

Lo que fuese a añadir se le quedó atrapado en una emoción imposible de nombrar. Jenna puso su mano sobre la de él, que aún

sostenía el busk, y susurró las palabras grabadas:

—Mi corazón no puede estar en ningún otro lugar.

Tras ello, lo devolvió a su sitio.



A altas horas de la noche, Jenna cruzó de puntillas el suelo de la cabaña y se sobresaltó cuando Irvin dejó escapar un ronquido estremecedor. Caleb contuvo la risa, la sujetó por la cintura y la llevó afuera. Con la puerta cerrada tras ellos, se echaron a reír y corrieron como niños. La luna llena les marcaba el camino. Caleb alzó a Jenna por la cintura, la hizo girar y la besó.

Avanzaron a trompicones, besándose, hasta un montón de cebada. Allí, Caleb no perdió tiempo en desvestirla, mientras ella le subía la camisa hasta que la piel de ambos se encontró.

—He querido saborearte desde que saliste del agua. Todo el cuerpo —murmuró junto a su oído.

Con manos y labios la recorrió, la provocó, hasta hacerla jadear y aferrarse a él. Jenna le rodeó con las piernas y se deleitó con la

fuerza viva del deseo que despertaba. También ella lo necesitaba, y quedaron suspendidos en una felicidad tranquila.

Más tarde, tendidos boca arriba bajo las estrellas, comprendieron que volverían a buscar esa plenitud y esa confianza. Era un pacto sin palabras que los unía.

Capítulo 13

Emma puso sobre la mesa una hogaza de pan de cebada hecha con los primeros granos de la cosecha. A su lado dispuso salmón ahumado, col rizada y manzanas asadas. Los hombres aprobaron con un murmullo cuando Irvin trajo una de las últimas botellas de whisky que habían salvado de la casa. La estancia se llenó de charla animada y de risas. Caleb sonrió y murmuró algo que hizo reír a Hammish. Jenna miró a su familia y a sus amigos y pensó en lo buena que era su vida.

—Con la cosecha terminada, podemos empezar con tu granja, muchacho —anunció Irvin.

Caleb asintió, agradecido.

—Tenemos manos de sobra para sacarla en una semana —calculó Kinner.

—Och, menos que eso —refunfuñó Hammish, negando con la cabeza.

—Quizá —concedió Kinner. Se volvió hacia Liam para pedir su parecer, pero se detuvo al verlo—. ¿Qué pasa?

Liam exhaló despacio.

—No quería hablar de esto hasta después de la siega.

—La siega ya terminó, así que dilo —apremió Kinner, intuyendo que no serían buenas noticias.

Liam forzó una sonrisa alegre que no le llegó a los ojos.

—Es una noche demasiado agradable. Mejor por la mañana.

El silencio se instaló. Nadie dijo nada. Emmy observó a su marido, mientras los demás intercambiaban miradas interrogantes.

Por fin, Caleb habló:

—No sirve de nada, Liam. Sabemos que algo te inquieta. Hasta que lo digas, no pensaremos en otra cosa.

—Sí —admitió Liam—. Hay algo, y no me gusta. —Bajó la vista a sus manos—. Como jefe, mi padre tiene un deber con el rey.

—Reclutar hombres —soltó Kinner, sin rodeos.

Emma dejó escapar un pequeño gemido. Irvin posó una mano sobre la suya para consolarla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jenna—. Creía que ya habíais sofocado la rebelión de los Covenanters.

—No del todo, por lo visto —replicó Liam. Intercambió una mirada con Emmy y encaró a Jenna—. El rey ha pedido a los Glengarry que levanten tropas. Yo iré. ¿Vendrás conmigo?

—Caleb, no —Jenna se volvió hacia él—. No tienes por qué ir.

Caleb la miró con el conflicto en los ojos.

—Casi te pierdo una vez. ¿Cómo voy a dejar que te vayas ahora?

Jenna no pudo contenerse. Se levantó con rapidez y salió.

Caleb la siguió con la mirada y luego volvió a Liam.

—Iré.

Liam asintió, agradecido. Caleb se excusó y salió a buscar a Jenna. Al principio no la vio.

—No me separaré de ti, Caleb —prometió ella.

Estaba recostada contra el tronco de un árbol, mirando el mar. Las olas se estrellaban con un ritmo insistente.

Caleb se acercó.

—Debo marcharme, cariño.

El autocontrol de Jenna se desmoronó.

—Lo sé.

Se volvió y lo rodeó por el cuello, pegándose a él. Caleb la estrechó con fuerza y le acunó la cabeza.

—Lo siento —sollozó ella.

—No, amor. No tienes nada que sentir.

Jenna le recorrió hombros y pecho con las manos.

—Eres mío. ¿Por qué han de apartarte de mí?

Él no supo qué responder. La sostuvo hasta que cesaron los sollozos y le enjugó las lágrimas.

Regresaron al interior. Emma miró a Jenna con compasión.

—¿Cuándo partimos? —preguntó Kinner.

Liam esbozó una sonrisa débil.

—Quería asegurarme de que la cosecha estuviera en el granero.

—Gracias por eso —dijo Irvin.

Liam miró a Kinner.

—Mañana.

Jenna cerró los ojos y contuvo la emoción.

—El resto de los hombres nos esperarán en el castillo —continuó Liam—. Nos reuniremos allí y después iremos a Stranraer. Han sustituido al sheriff de Galloway por John Graham de Claverhouse.

—¿El maldito Clavers? —saltó Hammish.

La mirada severa de Liam lo hizo recular de inmediato por su estallido delante de las mujeres.

—Tendremos que presentarnos ante John Graham de Claverhouse —concluyó.

Hammish cruzó una mirada con Kinner, pero apartó los ojos. Ya había dicho bastante.



A la mañana siguiente, mientras se preparaban para partir, el cielo acompañaba con un ánimo sombrío. Jenna salió de la cabaña con un

hatillo en la mano y se plantó ante Caleb. Alzó la barbilla con audacia.

—Voy contigo.

Caleb, sorprendido, tardó un instante en reaccionar.

—¿Has perdido el juicio? No, no irás.

—Emmy va a ir.

—Emmy irá a su casa, y tú te quedarás en la tuya —replicó él con firmeza.

Jenna no se echó atrás.

—Me he pasado la noche dándole vueltas.

—No toda la noche —murmuró él, apartándola a un lado para hablar en privado: habían pasado buena parte de la velada abrazados, amándose bajo el dosel—. Sé buena, y danos un beso de despedida.

—¡No haré ninguna de las dos cosas!

Caleb lanzó una mirada rápida a Emmy y a los hombres, ya listos para partir. Bajó la voz, incómodo.

—No hagas esto. Están esperando.

—Iré donde tú vayas.

Caleb ensanchó las aletas de la nariz para contener el enfado. Tenía que marcharse. Miró a Jenna, a ese fuego en sus ojos. El viento los azotaba y le arrancó el velo, liberándole el cabello, que se agitó salvaje. Sin pensarlo, él le apartó los mechones del rostro. Aquella era la imagen que guardaría en las horas de soledad. La atrajo y la besó. Ella, furiosa al principio, se resistió… pero sus labios la traicionaron y se abrieron a los de él. Cuando los brazos de Jenna cedieron y su cuerpo se amoldó al de Caleb, él susurró:

—¿Sabes cuánto te amo?

Se apartó, le tomó la mano, y con una última mirada se volvió y la soltó.

—No te vayas —murmuró ella.

Él montó.

—Si te vas sin mí, te seguiré a pie —advirtió Jenna.

Caleb se armó de valor, espoleó al caballo y partió sin volver la cabeza. Los otros le dirigieron miradas apesadumbradas y se sumaron a la marcha.

Desolada, Jenna se volvió hacia los padres de Caleb.

—Debo irme.

Irvin iba a protestar, pero Emma lo contuvo con una mano en el brazo.

—Está bien —concedió él—. Que dé su paseo. Pero luego la traeré de vuelta.

Jenna tragó para ahogar las lágrimas y echó a andar. Los jinetes desaparecieron tras la loma. Enderezó los hombros y alzó la barbilla. Podían dejarla atrás, pero no se quedaría.

Un jinete se acercó desde la colina.

—Caleb —susurró.

Él detuvo la montura a su lado. Tenía los ojos encendidos.

—Por Dios, mujer. Sube.

Jenna apoyó el pie en el estribo; él la ayudó a montar. Lo abrazó por la cintura y miró atrás. Emma e Irvin alzaban la mano en despedida mientras ascendían la colina al galope.



Mientras las mujeres quedaban atrás conversando, Liam y Caleb discutieron la tarea por delante.

—En las Tierras Bajas lo llaman Bluidy Clavers —comentó Caleb.

—Eso he oído.

—Dicen que es un hombre brutal.

Liam clavó la vista al frente, grave.

—Dicen lo que les conviene.

—¿No crees que sea verdad?

—Rezo a Dios para que no lo sea.

Emmy acercó el paso para situarse junto a su marido.

—Liam —entonó con una dulzura que a él le encendió las sospechas.

La miró, a la espera.

—Si Jenna va con Caleb…

—Tú me esperarás en casa.

Sonó como una orden de campo. Con una mirada cáustica, Liam agradeció en silencio a Caleb que lo hubiera metido en ese

aprieto; luego encaró a Emmy.

—Como recordarás, la última vez no tuve más remedio que llevarte. Sufriste, y me duele aún. Entonces no había alternativa. Ahora sí la hay: te quedas en casa, donde perteneces.

Emmy se encendió, pero se contuvo.

—Esposo, tú eres mi casa.

No volvió a dirigirle la palabra hasta que, al mediodía, pararon a descansar los caballos. Liam la encontró sentada en un tronco caído. Se sentó a su lado, listo para otra escaramuza.

—Tienes razón, por supuesto —admitió ella—. Estaría más segura en casa.

—No puedo imaginar qué haría si te ocurriera algo.

—Sería terrible para ti —asintió Emmy con suavidad—. Y eso es lo que más importa, ¿no? Cómo te sientes tú.

Liam la miró de soslayo.

—Esperar sin saber si te han disparado o atravesado no debería inquietarme, siempre que yo esté a salvo —continuó ella.

Le dio de lleno en el corazón. Él la miró con ternura.

—No quiero que sufras por mí.

—Y yo no quiero que sufras por mí —replicó—. Pero debo estar a salvo, dices.

Le tomó la mano, atenta a su fuerza, a sus cicatrices.

—Prefiero vivir a tu lado que estar segura y sola en casa.

Le llevó la mano a la mejilla.

Liam la rodeó y besó su frente.

—Emmy, ¿alguna vez será fácil para nosotros?

—No me casé contigo por la vida fácil que ofrecías —sonrió.

Él no pudo evitar corresponder.

—Me enamoré de tu fuerza y de tu pasión —prosiguió ella—. Siempre me he sentido en casa en tus brazos. Déjame quedarme aquí, donde me siento a salvo.

Liam la abrazó con fuerza. Las palabras se le atragantaron.

—Te quiero mucho.

Con un beso, sellaron la promesa tácita de no separarse.

Capítulo 14

Llegaron al castillo de la villa portuaria de Stranraer, donde el capitán Claverhouse tenía ahora su cuartel general. Liam entró a presentarse mientras el resto buscaba alojamiento. Un par de mozas del lugar llamaron la atención de Hammish, que decidió quedarse atrás para entretenerlas con su charla.

Encontraron una posada humilde pero decente. Todas las habitaciones estaban ocupadas salvo una. El posadero les dijo que quizá tendría otra libre en una semana; hasta entonces podía llevarles sábanas y paja para improvisar un lecho. Agradecidos por tener techo, aceptaron. Kinner y Hammish intentarían acomodarse con las demás tropas.

Cuando regresaron al castillo para reunirse con Liam, lo hallaron conversando con un oficial cerca de la puerta. Liam, de cara

a ellos, sonrió, pero la sonrisa le quedó tensa. Al acercarse, el teniente se volvió.

Giles Murray los recibió con una sonrisa satisfecha.

—¿Qué? ¿No saludan a su oficial?

Caleb tensó el brazo cuando Giles posó la mirada en él y, enseguida, en Jenna. Ella apretó el brazo de Caleb y luego lo soltó. Caleb saludó.

Giles apenas reparó en el gesto. Tenía los ojos clavados en Jenna. Asintió.

—Señora… —sonrió al corregirse—, ama… ¿tiene siquiera apellido?

Jenna abrió los labios para responder.

—Señora MacDonell —dijo Caleb, lacónico.

—Ah, sí —murmuró Giles—. Está distinta desde la última vez que nos vimos.

Su mirada recorrió el sencillo corpiño y la falda de Jenna.

—Usted también —replicó ella, alzando la barbilla.

La comisura de los labios de Giles se curvó en una mueca cercana al desprecio. Tras fulminar a Caleb con una ojeada, se

centró en Liam.

—Tú y tus hombres os presentaréis ante mí mañana. Entonces daré vuestras órdenes.

Sus ojos duros se detuvieron un instante en Jenna. Liam saludó y se apartó hacia cualquier lugar donde Giles no estuviera. Ya a distancia, dijo:

—Lo siento, Caleb. No sabía nada de Giles.

—Teniente Murray, para ti —se burló Hammish.

Kinner imitó el tono del oficial:

—¿Qué, no saludas?

Hammish se les cruzó delante, obligándolos a detenerse.

—¡Perdón! ¡Teniente, le saludo! —y, con una reverencia grotesca, empezó a subirse el tartán.

Caleb le propinó una patada amistosa en el trasero.

—¡No delante de las damas, salvaje highlander!

Hammish dio un traspié y se irguió riendo.

—Och, miladies, disculpas.

Tomó la mano de Emmy y la rozó con los labios, elevando luego los ojos hacia los suyos. El gruñido de Liam bastó para que Hammish sonriera aún más.

Se volvió hacia Jenna, pero Caleb le apartó la mano de un manotazo.

—Acepta tus disculpas —zanjó.

—Och, me muero de sed —rió Hammish—. Me voy a la taberna de ahí. ¿Quién se apunta?



A la mañana siguiente, Hammish gimió y se dio la vuelta, extendiendo el brazo hacia el cuerpo cálido que tenía al lado. Este lo apartó de inmediato.

—¡Fuera! —gruñó Kinner, empujándolo.

Hammish levantó la cabeza, lo reconoció y rezongó mientras se volvía.

—Gracias a Dios… Pensé que había bebido tanto que me había acostado con una vaca.

Kinner le soltó un pescozón.

—Ninguna vaca te querría, zoquete.

—Podéis dar las gracias a estas buenas damas por acogeros —intervino Liam.

—Buenas damas, mil gracias —dijo Hammish, incorporándose con un quejido.

Jenna le dedicó una sonrisa tolerante.

—De nada, buen señor.

Tras unas gachas y un jarro de cerveza, los hombres fueron a presentarse al teniente Murray. Emmy vio la preocupación en el rostro de Jenna.

—Caleb es fuerte y está bien —le dijo—. Y tiene buenos amigos a su lado.

—Sí —asintió Jenna.

No apartó los ojos de Caleb hasta que desapareció de su vista.

Los hombres llegaron al castillo y hallaron a Giles en el patio, a caballo y con gesto impaciente. El capitán Claverhouse estaba en Inglaterra y había dejado a Giles al mando de los Dragones de las Highlands. Pequeños destacamentos patrullaban la zona, mientras otros visitaban granjas conocidas por simpatizar con la causa de los Covenanters.

—Aquí tenéis una lista de lugareños a los que quiero vigilados —anunció Giles—. Cualquiera que oculte o auxilie a Covenanters conocidos sufrirá la justicia del rey.

—Sí —respondió Liam con la paciencia justa, que era toda la que le quedaba—. Recordarás que ya hicimos esto antes.

—Sí. Y también recuerdo que te casaste con el enemigo.

—No con todos, solo con una —murmuró Hammish entre dientes, mientras Kinner fingía no oír.

La voz de Caleb cortó el aire.

—Cumplió con su deber, y más. Casi dio la vida por la Corona. Liam MacDonell es de nuestros mejores hombres. Nadie puede negarlo.

—Yo sí —replicó Giles.

Liam parecía tranquilo, salvo por un leve tirón en la mandíbula. Observaba a Giles como desde lejos.

—Eres buen soldado, Liam —prosiguió Giles—, pero no negarás que fuiste blando con la familia. Te habrías ahorrado problemas. Eso pasa cuando dejas que el corazón mande sobre la razón.

—Lo tendré en cuenta.

El rostro de Liam no mostró emoción. La postura, erguida.

—Espero más que eso. Quiero que seas ejemplo con cada covenantario que capturemos.

Kinner y Hammish cruzaron una mirada de soslayo.

—¿Un ejemplo? —dijo Kinner.

Giles asintió, seco.

—El Consejo Privado nos ha dado autoridad para ejecutar a los prófugos.

Hammish, inusualmente sombrío, lo miró incrédulo.

—¿Pretendes que ejecutemos a la gente mientras reza?

—Sí, si sus oraciones desafían al rey y al país.

—¿Y disparamos antes o después del "amén"? —bufó Hammish.

Liam adoptó un tono amable.

—Giles, no querrás decir…

Giles lo cortó en seco.

—La pena por negarse al juramento de abjuración es la ejecución sumaria.

—Tener la autoridad no nos obliga a usarla —replicó Kinner.

—Bajo mi mando, sí. Cualquiera que se niegue a renegar del Pacto y a reconocer al rey como monarca y cabeza de la Iglesia será ejecutado. Y cualquier soldado que desobedezca será reo de traición.

Los recorrió con la mirada, uno por uno, como esperando que alguien lo pusiera a prueba. El silencio cayó sobre el grupo como un sudario.

Había docenas de patrullas como la suya recorriendo el campo. A Giles le habían soplado que un ministro se ocultaba en una granja cercana. El camino se hizo más largo por la tensión entre los hombres. Liam había estado al mando cuando ocuparon la casa de

Emmy. Entonces la misión fue otra: buscar al hermano de ella, sospechoso de un asesinato cerca de St. Ewans. Al principio comprobaron que no estaba y debían vigilar a la familia y a los criados para conseguir información. Liam lo hizo tan bien que se ganó la confianza de una persona, y esa persona acabó enamorándose de él. Aun en caso de enfrentamiento, la ejecución era el último recurso. Sus hombres pensaban igual.

Con Giles al frente, llegaron a la granja. Una niña jugaba en el jardín, no lejos de la casa. Giles desmontó y se acercó con voz suave.

—Hola, pequeña. ¿Cómo te llamas?

Ella lo miró con ojos grandes y recelosos.

—Elizabeth.

—Elizabeth —asintió él, avanzando—. Qué pelo tan bonito y largo tienes.

Caleb miró a Kinner. No habían recibido orden de desmontar, así que aguardaron y observaron.

Giles acarició el cabello de la niña y lo enrolló en su puño. Tiró cada vez con más fuerza.

—¿Hay algún hombre alojado aquí?

La niña gritó, pero no respondió. Sus padres salieron corriendo de la casa. Giles los saludó con frialdad controlada.

—¿Dónde está el ministro? Traedlo.

Siguió retorciendo el pelo. Las lágrimas resbalaban silenciosas por las mejillas de la niña.

—Deja a la cría —gritó el padre—. No sabe nada.

—¿Y tú? ¿Qué sabes?

—Que pierdes el tiempo.

—Demuéstralo. Jura el juramento.

La esposa contuvo el aliento. Con voz firme, el hombre dijo:

—Querida, sabíamos que este día podía llegar.

El hombre se giró para mirarlos a la cara, se irguió y dijo:

—Soltad a la niña. Sé lo que buscáis.

Giles sacó su pistola.

—¡Por Dios! —saltó Liam—. Deja que la madre entre con la niña.

Con un empujón, Giles soltó a la pequeña y cebó la pistola. Apuntó al granjero.

—¿Dónde está el prófugo?

El color abandonó la cara del hombre.

Desde detrás de la granja, alguien corrió hacia el establo y montó un caballo.

—¡Tras él! —ordenó Giles, y al tiempo disparó al granjero. El tiro lo abatió. La esposa corrió hacia su marido, la niña quedó clavada en el umbral.

Caleb, que estaba más cerca, fue tras el ministro a la carrera. Kinner y Hammish lo siguieron. Liam miró la escena con gravedad.

—¿Qué miras? —gruñó Giles.

—A mi superior —contestó Liam.

Tomando la respuesta por respeto, Giles montó y se lanzó tras el fugitivo. Liam le pisó los talones camino del bosque. Un caballo sin jinete salió de entre los árboles.

Caleb ya había desmontado y atado su montura. Unas aves revolotearon entre las ramas. Las cabezas se giraron hacia el mismo punto.

Giles disparó y falló. Maldijo y desmontó.

El ministro surgió detrás de un tronco y echó a correr.

—Dispárale —ordenó Giles, llegando junto a Caleb.

Caleb sacó su pistola de la funda bajo el brazo izquierdo. Introdujo la bala, amartilló y apuntó.

—¿A qué esperas? —apretó Giles, mientras cargaba la suya.

Disparó de nuevo. Falló.

—Se escapa. ¡Dispárale!

Giles maldijo mientras recargaba la carabina.

—Dispararás cuando yo te lo diga.

Caleb amartilló y tiró. El tiro arrancó hojas de lo alto.

La chispa de Giles falló.

—La maldita piedra está desafilada.

Cuando lo volvió a intentar, las chispas le salpicaron la cara. Se llevó la mano a la mejilla y soltó un juramento.

—¡Persíguelo!

Durante una hora peinaron el bosque. Cuanto más callaba Caleb, más se encendía Giles.

—Si hubieras disparado cuando lo ordené, tendríamos al hombre y estaríamos de vuelta —escupió, apartando unos arbustos —. No eres ni de lejos el soldado que creía.

—Ni el hombre —replicó Caleb.

Alzó el brazo para golpearlo, pero Kinner lo sujetó por detrás, férreo.

—Tranquilo. —le habló al oído, bajando la voz—. Te está provocando.

—Y lo está haciendo muy bien. Me gustaría atravesarlo con la daga.

—Pero no lo harás.

En el silencio que siguió, Caleb lo sopesó.

—No. No lo haré.

—Bien. Ese castillo tiene mazmorra, y a Giles le encantaría verte dentro. Piensa en Jenna.

—¿Entonces debo sonreír y dejar que me trate como a un perro?

—No tienes que sonreír —Kinner le sostuvo la mirada, cálido—. Solo sé el buen hombre que eres.

—A veces eres demasiado sensato —gruñó Caleb.

Hammish se les unió.

—Tal vez convenga mirar de nuevo el claro. Si tu tiro le dio al final, puede estar tendido y no lo vimos.

—No le di —aseguró Caleb.

Kinner lo examinó.

—Tú y yo hemos cazado y peleado juntos. Eres un buen tirador.

Caleb sonrió con picardía.

—Sí. No fallo.

Los ojos de Hammish se iluminaron. Caleb añadió:

—Que Giles se vaya al infierno. No dispararé a un hombre a sangre fría por rezar.

A pocos pasos, crujieron hojas detrás de Giles. Él giró la cabeza y se quedó tenso. Avanzó con cautela. Entre los helechos se alzó un paño blanco. El ministro apareció con las manos en alto, frágil, jadeante. Era anciano.

Giles le apuntó.

—Di el juramento.

—No puedo —el hombre cerró los ojos.

—¿No puedes o no quieres?

—Ninguna de las dos cosas —respondió el ministro.

Giles disparó. El cuerpo se sacudió y cayó sin vida. Nadie habló. Lo miraron, atónitos, tendido en el suelo.

Giles examinó su arma.

—Esta piedra nueva chispea mejor.

La guardó y se volvió para salir del bosque.

—¿No vamos a enterrarlo? —preguntó Caleb.

Giles ignoró la pregunta y ordenó salir. En campo abierto, dijo:

—La próxima vez que te diga que dispares lo harás. ¿Entendido?

—Entendido —repuso Caleb, clavándole los ojos.

Giles apartó la mirada.

—Montar.

Cuando todos empezaban a hacerlo, añadió:

—Todos menos tú.

Entornó los ojos hacia Caleb, sin mirarlo de frente.

Caleb obedeció.

—Entiérralo, si así lo quieres. Y piensa en lo que te he dicho durante tu largo camino a casa.

Golpeó la grupa del caballo de Caleb con la culata de la carabina y la bestia salió disparada. Ordenó al resto marcharse. Caleb hizo un gesto firme a sus amigos para que lo dejaran y así lo hicieron.

El resto del día recorrieron el campo en busca de señales de Covenant, sin hallar nada. Al fin, Giles desistió.

Encontraron el caballo de Caleb vagando cerca de la posada. Recuperada la montura, cabalgaron a buscarlo antes del anochecer.

Lo hallaron volviendo a pie, con una determinación ardiente. De no estar tan cansado habría parecido triunfante. Montó y cabalgó en silencio, con la ira latiéndole bajo el ceño.

—Giles es un desgraciado —murmuró Kinner.

—No —negó Caleb—. No estoy de acuerdo.

Kinner lo miró, incrédulo.

—Yo soy igual de desgraciado, si no más.

Intentó sonreír, pero no pudo.

—Podemos discutir toda la noche quién es más desgraciado —terció Hammish—, pero doy fe de que ese hombre es un imbécil. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió Caleb, y los demás rieron.

Mientras avanzaban hacia la posada, la ira se fue apagando y cayó un silencio apacible, hasta que Hammish lo quebró:

—Pobre Jenna.

Caleb le dirigió una mirada lenta, velada.

—Todo este tiempo me ha dado mucha lástima —siguió Hammish—. Atada a ti, como está. —Reprimió una sonrisa—. Pero, ¿la imagináis casada con ese bastardo?

—Prefiero no hacerlo —cortó Caleb, irritado.

—Hammish —intervino Liam para cambiar el rumbo—, ¿crees que lloverá?

—Estamos en Escocia, tío. ¿Tú qué piensas?

Liam puso los ojos en blanco. Kinner rió por lo bajo. Hammish se encogió de hombros, sin entender nada.

Al llegar, Liam subió a ver a Jenna. Era tarde y ella ignoraba el motivo.

—¿Dónde está Caleb?

—Abajo, en la taberna.

—¿No va a subir?

—Claro que sí.

Jenna lo miró, preocupada.

—Algo no va bien. ¿Qué ha pasado?

—Está de mal humor, nada más.

Jenna asintió y se fue. Encontró a Caleb con una jarra en la mano. Él alzó la vista hacia ella y volvió a la bebida.

—Caleb…

Le tocó el brazo.

—No tengo ganas de hablar.

Jenna se quedó a su lado. Lo vio apretar la mandíbula y clavar la vista en las manos. Puso la suya encima.

Él reaccionó como si se hubiera quemado.

—¿No me has oído?

Miró alrededor. Liam y Emmy estaban allí. No tenía adónde huir. La tomó de la muñeca y la condujo fuera.

—No te dejaré sola dentro, pero va en serio. No me hables ahora.

—Lo siento —susurró ella.

Lo miró como si fuese un desconocido.

—¿Lo sientes? ¿Por qué?

—Porque no quieres hablar conmigo.

El mal humor no lo soltaba.

—Camina conmigo si quieres, pero déjame en paz. No hay nada que decir.

El paseo los llevó hasta un arroyo. Bebieron agua fresca y reposaron junto a la corriente. Al fin, la tensión de Caleb aflojó.

Jenna entrelazó sus dedos con los de él.

—Ven. Cenar con nuestros amigos nos hará bien.



Durante aquellas cenas y las que siguieron, Jenna advirtió cómo Caleb se encerraba cada día más en sí mismo. Mientras los demás conversaban, él permanecía callado, forzando una sonrisa o un leve asentimiento cuando lo creía necesario. Con el paso de las semanas, el malhumor se adueñó de él.

Se abrió una segunda habitación en la posada, y Jenna quedó a solas con Caleb y esa melancolía que ya parecía parte de su sombra. Kinner y Hammish encontraron alojamiento con otras tropas, aunque cada anochecer se reunían todos para cenar.

Una noche, al subir la escalera, Jenna exclamó:

—¡Ay! Me he dejado el sombrero.

Envió a Caleb adelante y bajó a por él. Antes de salir, se cercioró de que él hubiera subido a la habitación. Echó a correr y alcanzó a Kinner y a Hammish, que sacaban sus caballos del establo.

—Así que por fin te has decidido a dejarlo —bromeó Hammish, con un brillo pícaro en los ojos—. Era cuestión de tiempo que mi encanto te conquistara.

En otras ocasiones Jenna se habría reído, pero esta vez no pudo. Kinner lo notó al instante.

—¿Jenna?

—No tengo tiempo para rodeos. ¿Qué le pasa a Caleb? Está peor cada día.

—¿No te lo ha contado? —intervino Hammish.

—¿Contarme qué? Ya ves cómo está.

—Pregúntaselo —zanjó Kinner—. No me parece adecuado hablar de lo que él calla.

Jenna lo sujetó del brazo.

—¿Crees que no se lo he preguntado? Para él soy una desconocida. —Miró de uno a otro—. Por favor, decidme la verdad. ¿Lo he perdido?

—¿Perderlo? No seas tonta. Claro que no, muchacha —repuso Hammish, cruzando una mirada con Kinner.

Jenna luchó por contener las lágrimas.

—Entonces, ¿qué ocurre? Si hay otra persona, dímelo.

Kinner inclinó la barbilla y la miró con seriedad.

—Caleb te quiere. No lo dudes. Lo demás debe salir de su boca.

—Es Giles —saltó Hammish, sin rodeos.

Kinner le dirigió una mirada dura, que encendió al otro.

—¿De veras crees que Caleb se lo dirá? —chispó Hammish—. Mírala. ¿No ves cómo sufre?

Kinner volvió la vista a Jenna y la dureza se le suavizó.

—Lo siento —dijo al fin—, pero no me gusta entrometerme.

—Entonces no lo hagas.

Caleb estaba a unos pasos.

—Entra, Jenna.

Con una mirada significativa a Kinner y a Hammish, le tomó el brazo con firmeza y la condujo de vuelta a la posada. Hammish alzó una ceja hacia Kinner y negó con la cabeza.

—Ella necesitaba saberlo —murmuró, montó y se alejó.

Ya en la habitación, Caleb estalló:

—¿Por qué tengo que salir de noche a buscar a mi esposa? Y cuando te encuentro, ¿me hablas de cosas que deberían quedarse entre nosotros?

—Son nuestros amigos. Y yo ya no sé nada de lo que hay entre nosotros.

Las palabras lo golpearon como un mazo, pero las aceptó en silencio.

—¿Nada? He pasado por un infierno por ti, esposa, ¿y ahora me dices que entre nosotros no hay nada?

—Nada que compartas conmigo. Sea cual sea ese infierno, te lo guardas y me dejas fuera, preguntándome qué ha pasado.

Cuando no cerraba los ojos, Caleb los clavaba en el suelo.

—Estoy sola y soy infeliz —susurró ella—, y sé que tú también lo eres.

—No contigo. No podría ser infeliz contigo.

—Pero lo eres —insistió—. Mírate. Yo lo hago, todos los días. Y no sé qué hacer.

Le alargó la mano. Ese único contacto desbordó a Caleb; la atrajo y la abrazó.

—Jenna… —le besó el cabello—. Lo siento.

Ella le rodeó el cuello, estrechándolo como si regresara de un lugar remoto.

—Cuéntame.

—¿Para qué? ¿Qué ganaríamos? Tú no puedes arreglar esto.

—Puedo escucharte. Puedo ayudarte a llevar la carga.

—Si yo no soporto el peso, ¿cómo vas a poder tú?

—Mi corazón es fuerte.

Él vio ese brillo firme en sus ojos. Tomó sus manos y las llevó a los labios.

—Ay, Jenna… Es difícil hablar de estas cosas.

—¿De qué cosas?

Caleb se apartó el pelo de la frente y buscó las palabras adecuadas que tanto le costaba asumir.

—De mi debilidad.

—¿Tu qué?

Asintió.

—Como mi padre. Volvía borracho, lloraba y le suplicaba perdón a mi madre como un cachorro quejumbroso. Me revolvía el estómago verlo.

—Tú no eres así.

—Ni lo seré. Si no soy bastante hombre para aceptar lo que la vida trae, no soy un hombre de verdad.

—Lo eres más si lo compartes con tu esposa.

—No, Jenna.

Ella le tomó el rostro entre las manos, mirándolo sin pestañear.

—Sí, Jenna.

Nunca le había hablado con esa autoridad. Él se sorprendió, pero pronto aflojó y casi sonrió.

—Vas a hablar conmigo, Caleb. No me dejarás fuera. Si no compartes toda tu vida, también tus problemas, me iré. Sí. Porque no quiero a medio hombre.

El guerrero se deshizo en sus brazos y hundió el rostro en su pecho. Jenna le acarició el cabello, y le besó la coronilla. Caleb alzó la cara y la besó con una intensidad nacida del alma.

—Te he hecho daño.

—No, mi valiente. Te lo has hecho a ti.

Hicieron el amor con una hondura desconocida hasta entonces. Siempre hubo pasión y afecto, pero esa noche cruzaron más allá del júbilo del cuerpo hasta la unión de sus almas. Allí había una fuerza conjunta que nada humano podía vencer.

Después hablaron largo. Caleb le contó lo vivido y callado: semanas de acoso incesante bajo Giles.

—¿Y los demás no te defienden?

—Se lo prohibí. Me haría parecer débil. Además, saben que ese hombre es un necio.

Jenna negó con la cabeza, cerrando los ojos.

—No entiendo a los hombres.

—A mí me entiendes.

—No estoy muy segura de ello —rió.

—Pues me entiendes. Y, por alguna razón, me quieres.

—Sí. Te quiero.



Los despertaron unos golpes en la puerta.

—¡Caleb, ¿vienes?! —gritó Liam.

Caleb se incorporó, soltó una maldición, besó a Jenna mientras se ponía los pantalones y respondió:

—Ve. Voy enseguida.

Llegó al castillo menos de un minuto después que Liam.

—Llegas tarde —soltó Giles.

—No mucho —repuso Kinner.

—Se lo diré al rey cuando pregunte por qué perderemos la próxima batalla. No creo que "no mucho" lo satisfaga.

Caleb apartó la mirada y apretó la mandíbula para no decir algo de lo que se arrepintiera. Pensó en Jenna y en cuánto la amaba. Por ella soportaría cualquier cosa.

—Ya se nos tiene por salvajes indisciplinados —prosiguió Giles —. No pienso contribuir a esa fama. —Llamó al mozo de cuadra—. Tómate la mañana libre, muchacho.

El chico abrió los ojos de par en par.

—¿Perdón, señor?

—Ya me oíste. Vete. —Giles sonrió y lo despidió con la mano. Luego, apenas girándose hacia Caleb, dejó caer el desdén—: Tú, pasa el día en los establos. Empieza por la limpieza.

Liam abrió la boca para protestar, pero Caleb lo detuvo con una mirada. Kinner y Hammish intercambiaron un gesto incrédulo

antes de volver la vista a Giles. Este se irguió en la silla.

—No tolero las tardanzas.

Se alejó al galope; los demás le dirigieron a Caleb una mirada de compasión y lo siguieron.

Caleb se encaminó al establo y se puso a trabajar. Observó la faena y exhaló hondo; se le curvó la comisura de los labios. Giles parecía olvidar que él había hecho ese trabajo casi toda su vida. Sabía lo que era trabajar duro, y un día sin Giles no era mal día. Sacó los caballos, los ató afuera, tomó horquilla y pala. Mientras limpiaba, pensó en Jenna; la ausencia de la voz de Giles le alegró la mañana.

Cuando el teniente regresó, el establo estaba limpio y barrido, con heno fresco en cada pesebre. Lucía mejor que nunca. Giles lo revisó minucioso, sin hallar fallo. Con una sonrisa burlona, lo envió a casa.

Liam, Kinner y Hammish le prometieron unas copas en la posada. Emmy y Jenna se unieron.

Jenna lo abrazó y se apartó al instante.

—¡Caleb! ¡Hueles fatal!

—¿Sí? Och, cariño, ven aquí. ¡Dame un abrazo!

La ciñó con fuerza y hundió la cara en su cuello. Ella se rió y le pidió clemencia. Tras lavarse por insistencia de Jenna, compartieron comida, jarros y más risas de las que recordaban en mucho tiempo.



A la mañana siguiente, los cuatro hombres del clan MacDonell estaban montados y listos cuando apareció Giles. Sin apenas una palabra, los condujo al campo para pasar otro día rastreando señales de una rebelión que no habían visto desde la fuga del ministro.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué estamos aquí? —murmuró Hammish, cuidando de que Giles no pudiera oírlo.

—Yo sé por qué estamos aquí —respondió Liam.

—Sí, para sofocar la rebelión, pero… —empezó Kinner.

—¿Qué rebelión? —replicó Hammish.

—Ahí está —asintió Kinner—. No hay tal rebelión.

—Pero estaremos aquí si alguna vez la hay —dijo Liam con una sonrisa torcida.

—¡No hay nada que hacer! —bufó Hammish—. Solo damos paseos alegres por prados llenos de flores.

Kinner echó una mirada a Giles y, luego, inclinándose hacia delante para que nadie más lo oyera, murmuró:

—Puedes apostar que, cuando Giles de su informe, habremos sofocado levantamientos en todo Galloway y erradicado a cualquiera que osó respirar ante su gloriosa presencia.

—Sí, mira, ahí va uno —señaló Hammish con la barbilla a una vaca que cruzaba el camino con parsimonia.

Rieron mientras coronaban la colina. En el valle, al pie, unas dos docenas de personas se habían reunido. Los hombres retrocedieron para ocultarse.

Los ojos de Giles relucieron.

—Les enseñaremos a no alardear de actos de rebelión bajo mi vigilancia.

—Yo no lo llamaría alarde —dijo Liam en voz baja.

—Lo dice el hombre que se casó con la enemiga —escupió Giles.

—No hablaremos de mi esposa. Y esas familias de ahí abajo están rezando. No han hecho daño a nadie.

—¿De qué lado estás? —rugió Giles.

—Lucho por mi clan y por mi rey. Que nadie se atreva a dudar de mí —repuso Liam, con un filo de amenaza.

—Tranquilo —le advirtió Kinner, apenas inclinado hacia él.

—Teniente —añadió Liam, para que no olvidara que le debía respeto.

—Hay mujeres y niños —prosiguió Kinner con calma—. Los pocos hombres armados son granjeros. No representan amenaza alguna.

—Mejor para nosotros —replicó Giles.

—Podemos enviarlos a sus casas con una advertencia de no reunirse aquí —propuso Liam.

Giles alzó la pistola.

—El señor Murdoch les dará la advertencia.

—No puedes disparar en medio de inocentes —repuso Kinner.

—Sí puedo, y tú también lo harás. Si están aquí, no son inocentes.

—No está bien tenderles una emboscada así —se plantó Hammish.

—Lo hemos hecho en batalla —repuso Giles.

—Estos no son soldados —negó Caleb.

—No, son rebeldes.

—Con niños —insistió Hammish.

—Cuyos padres decidieron involucrarlos en actos ilegales —zanjó Giles, apuntando—. Preparaos.

Caleb intentó agarrarle el arma, pero Giles disparó primero. Él le arrebató la pistola y la lanzó detrás de ellos. Giles giró la mano para abofetearlo; Caleb le atrapó la muñeca y ambos rodaron de los caballos. Se trenzaron en lucha.

—No mataré por ti —gruñó Caleb, descargándole un puñetazo —. Lucharé por el rey, pero no mataré niños.

Volvió a golpear. Giles le clavó la mirada.

—Esto es traición. Una palabra más y te llevo a un consejo de guerra.

—Ahora mismo no estás en posición de hacerlo —le respondió Caleb, y le cruzó otro derechazo en la mandíbula.

El estrépito de cascos distrajo a Giles.

—Se escapan. ¡Tras ellos!

—Ir —ordenó Kinner a Liam y a Hammish, con un gesto hacia el valle—. Yo atiendo primero esta batalla. Nos vemos en la posada.

Caleb tenía a Giles inmovilizado. El teniente no era rival para su fuerza y destreza. Kinner vio alejarse a Liam y a Hammish, aunque los covenanters ya habían desaparecido entre los repliegues del terreno. Volvió la atención al combate. Giles se lo había ganado con creces; no pensaba intervenir en una pelea limpia.

Entonces el teniente liberó lo justo una mano para sacar su sgian dubh y se lo hundió a Caleb en el costado. Con un empujón, se puso en pie, la hoja ensangrentada en la mano.

—¡Por las llagas de Dios, Giles! ¿Qué has hecho? —bramó Kinner.

—Desobedeció una orden y atacó a su oficial.

—No tenías por qué hacerlo —Kinner desgarró tiras de su plaid y vendó la herida.

—No es grave —murmuró Caleb, encogiéndose de dolor.

—Has tenido suerte. Te ha hecho un tajo —dictaminó Kinner, aunque la sangre corría.

—Bien —sonrió Giles—. Podrá sostenerse en pie cuando lo juzgue un consejo de guerra.

Se volvió para revisar la cincha de su caballo. Caleb lo sujetó del hombro, lo hizo girar y le encajó dos golpes. Giles cayó redondo. Quedó inconsciente.

—¿Sabes lo que acabas de hacer? —Kinner ayudó a Caleb a montar.

—Sí. Se lo merecía.

—Sí, pero te has puesto peligro.

—¿Cómo? Ya planeaba llevarme a juicio. ¿Qué más puede hacerme, matarme dos veces?

Kinner palpó el pulso de Giles. Respiraba.

—Enviaré a alguien a por él. Vamos a la posada. Le diré que su caballo se desbocó y tuve que buscar una carreta para traerlo.

—Después de perseguirme —apuntó Caleb.

—Eso suena mejor.

—Con suerte, le habré borrado el recuerdo en ese pequeño cerebro.

—¿A Giles? Lo dudo —rió Kinner.

—Diles que, en persecución de un malvado niño covenantario, su caballo lo arrojó —ironizó Caleb.

—Serie más conveniente decir que lo pateó —concedió Kinner, sonriendo.

—Nadie culparía al caballo.

La sonrisa de Caleb se apagó.

—Tendré que marcharme.

—¿A dónde?

—Puedo enrolarme en un mercante.

Kinner asintió, severo.

—Quizá sea lo mejor.

—Tendré que dejar atrás a Jenna.

Capítulo 15

De camino a la posada, se toparon con Jenna y Emmy conversando en voz baja. Kinner desmontó y dejó su caballo a un mozo, mientras Caleb se desvió hacia un bosquecillo y ató la montura junto a un arroyo.

Liam ofreció el brazo a cada dama y sonrió.

—¿Dónde está Caleb?

—Se reunirá con nosotros arriba —respondió Jenna.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Calma, muchacha —intervino Kinner con una sonrisa forzada —. Para cualquiera que pregunte, solo hemos salido a dar un paseo.

Jenna le devolvió la sonrisa, pero los ojos le delataron la alarma.

—No podemos dejarnos ver con Caleb —añadió Kinner—. Y procurad no pronunciar su nombre en alto.

Ya en la planta de arriba, Jenna irrumpió en la habitación y se volvió hacia Kinner. Tras ella entraron Hammish, Liam y Emmy; cerraron con llave.

—Hubo un desacuerdo —explicó Kinner, con un gesto de incomodidad.

—Una pelea —corrigió Hammish, encogiéndose de hombros—. Con Giles.

Jenna le aferró el brazo, el rostro crispado por la preocupación.

—¿Está herido?

—Un corte, nada más —respondió con aparente calma, aunque evitó mirarla de frente.

En ese instante, llamaron a la puerta.

—Jenna.

Corrió a la puerta, pero Hammish se adelantó y abrió. Jenna llevó a Caleb, muy pálido, hasta la cama.

—Giles le ordenó disparar contra una reunión de gente inocente —explicó Liam—. Fue el primero en negarse.

Jenna le enmarcó el rostro con las manos y luego examinó la herida. Corrió a la jofaina, humedeció un paño y se puso a curarlo. Él la miró, respirando con dificultad.

—Debo irme.

Jenna asintió sin comprender.

—Solo, cariño —apretó los dientes cuando ella le limpió el tajo —. He venido a despedirme.

—No —se detuvo ella—. No me vas a dejar.

—Escúchame, Jenna. Debes quedarte con Liam y Emmy.

—No lo haré —zanjó, con los ojos encendidos, mientras remataba el vendaje.

Hammish se asomó a la ventana y asintió al resto: caía la noche. Aprovechando que el posadero andaba ocupado, bajaron a Caleb por las escaleras, arropado por los tres hombres, que lo sostuvieron cuando flaqueó. Jenna los siguió sin poder ocultar su angustia.

Al pasar por el establo de camino al caballo de Caleb, Jenna se colgó del brazo de Hammish y lo detuvo mientras los otros seguían.

—Te quiero como a un hermano —susurró—, pero, por Dios, pelearé contigo con uñas y dientes si no me prestas tu caballo.

Hammish abrió los ojos de par en par.



—¡Por todos los diablos! —masculló Caleb cuando vio a Hammish salir del bosque con Jenna a la grupa de su montura.

—No pienso pelear con ella —replicó Hammish, chispeante—. Es más dura que tú.

—No hay tiempo que perder —apremió Kinner.

La mirada de Caleb atravesó a Jenna. Ella alzó la barbilla.

—Me da igual. Iré donde tú vayas, y no cambiaré de idea.

Los ojos oscuros de él se suavizaron.

—Cariño, sé que solía decirte que te defendieras más, pero…

—Y ahora te hago caso —replicó, con brillo desafiante.

Pese al gesto severo, Caleb no dijo nada. A Jenna se le dibujó una sonrisa cálida.

Liam puso en manos de Caleb una bolsa con monedas; los otros añadieron las suyas.

—Con suerte, podrás embarcar esta noche y esconderte a bordo. Conociendo a Giles, al amanecer el puerto estará plagado de dragones.

—Maldita sea —alertó Hammish—. Viene hacia aquí, con dos hombres. Se colaron por un callejón cuando él llegó a la posada.

—Registradlo —ordenó Giles a sus acompañantes.

Mientras los soldados entraban, Hammish y Kinner se le unieron en el exterior. Kinner mostró una calma impecable.

—Así que te encontraron. Tienes mucho mejor aspecto.

—Sí, y pronto mejor aún —repuso Giles, girándose hacia la posada.

En ese momento, Liam y Emmy bordeaban el establo por detrás y avanzaban tomados de la mano. Emmy sonrió.

—Teniente Murray, ¿no quiere subir a vernos? Rara vez tenemos el placer.

—Me temo que no, señora MacDonell.

Inspiró para añadir algo, pero se contuvo. Sus ojos, cada vez más suspicaces, pasaron de uno a otro.

—¿Dónde está?

Hammish puso cara de no entender, mientras Kinner ladeó la cabeza, como buscando algo a sus espaldas.

Liam habló despacio, estirando el tiempo.

—Bueno, Giles…

—Teniente Murray —lo cortó el otro.

—Desde luego —concedió Liam, cortés—. Nos conocemos desde hace tanto que a veces lo olvido. Es usted oficial superior y merece el trato que corresponde. Le ruego me disculpe por el descuido…

—Al diablo, ¿dónde está?

—¿Caleb? No lo sé. Lo seguimos, pero no lo alcanzamos —repuso Liam.

—Decidimos enviar a unos hombres a buscarle y reanudar la caza más tarde —añadió Kinner.

—No me importan vuestras decisiones. Lo habéis dejado escapar.

—No estaba aquí cuando llegamos —insistió Kinner—. Si aparece, querrá disculparse. Seguro que dejará pasar el incidente. Al fin y al cabo es usted un hombre justo.

Algo se le atragantó a Hammish y fingió una tos.

Giles frunció el ceño.

—Ese hombre me ha ofendido demasiadas veces. Desobedeció una orden, avisó al enemigo y golpeó a su superior.

Liam asintió, conciliador.

—Hablemos por la mañana. Con descanso, todo se ve con otra perspectiva.

Giles lo taladró con la mirada.

—¿Qué perspectiva hace falta para reconocer la traición? Lo encontraremos y lo llevaremos a un consejo de guerra.



Amanecía cuando los hombres de Giles montaban guardia en los muelles de Portpatrick. Habían pasado la noche registrando atraques, barcos, tabernas y posadas. Ahora, con el sol elevándose

para templar la mañana de otoño, vigilaban cada pasarela y escrutaban a marineros, estibadores y buhoneros.

—Si cruzaron por tierra, van a pie —murmuró Hammish, al acecho junto a Kinner—. Dejaron los caballos donde Caleb dijo.

—Tendrán que estar escondidos en alguna parte —repuso Kinner.

Hammish observó a dos dragones salir de una tienda ya registrada.

—Espero que se oculten bien. Giles no cejará.

—Pobre Jenna —musitó Kinner, distraído ante el hervidero del muelle—. No sabe en lo que se ha metido.

—Se maneja bastante bien —contradijo Hammish, clavando la vista en el agua—. El amor es algo poderoso.

Kinner lo miró como si no lo conociera.

—¿Y esto? ¿Te vuelves romántico?

—No digas necedades.

El muelle bullía. Carretillas iban y venían; los fardos se apilaban, se descargaban o aguardaban envío. El primer oficial

voceaba órdenes mientras la tripulación se formaba en la cola de la pasarela.

—Espero que esa pobre gente se lo pasara bien anoche —ronroneó Hammish.

—A juzgar por sus caras, hoy lo pagan —negó Kinner. Se interrumpió de pronto—. Hammish, ¿qué ves?

—Lo mismo de toda la mañana.

—Mira mejor.

Hammish enumeró, uno a uno, a los recién llegados que aguardaban turno.

—Un marinero viejo. Uno fornido. Uno al que no me gustaría sacar de quicio. Un marinero alto. Un grumete… ¿Qué demonios?

—Calla —le cortó Kinner.

—Perfecto —sonrió Hammish por lo bajo.

El marinero alto vestía a la inglesa. Se caló la gorra y rehusó mirarlos de frente. A su lado, un muchacho con la cara tiznada hundió las manos en los bolsillos y fijó la vista en las tablas. Kinner y Hammish se hundieron aún más en las sombras.

Giles envió a más dragones a inspeccionar la fila. Kinner entornó los ojos. Sin decir palabra, Hammish se descolgó hacia la taberna contigua. La cola avanzó. Cuando Caleb y Jenna se acercaron a los soldados, Hammish reapareció.

—Buen momento para vaciar el pellejo —bromeó Kinner en voz baja.

—Que sea alivio o no, está por ver —repuso Hammish, con la mano cerca de la pistola.

Una camarera salió de la taberna; al andar, los senos, blancos como nata bajo el lino, rebotaban con cada paso.

—¿Qué hace? —susurró Kinner.

—¿Despedirse de su amado? —ladeó la cabeza Hammish, con brillo travieso.

Parecía ir hacia Caleb, pero se detuvo unos hombres más atrás. Un joven dragón dio un paso para detenerla, pero vaciló, hechizado por la hermosura bien proporcionada que se le plantaba delante. Ella echó los brazos al cuello de un marinero atónito y le apretó el cuerpo y el lino tensado se desbordó del corpiño. Las manos del hombre se quedaron un instante sin saber dónde, hasta que cedieron y le ciñeron la cintura. Un pañuelo cayó al suelo. La moza

se agachó, con el trasero bien plantado para recogerlo. Al enderezarse, miró hacia abajo.

—¡Ay!

Con un mohín coqueto, recolocó sus redondeces, se enjugó los ojos con el pañuelo y lo dejó en la mano del marinero.

—Recuérdame, amor.

El estupor en la mirada de él decía que lo haría.

Para entonces, Caleb y Jenna ya estaban a bordo, fuera de la vista. La camarera pasó junto a Hammish y le guiñó un ojo. Él respondió con una sonrisa aprobatoria.

—Con permiso —musitó.

—¿La naturaleza llama otra vez? —se burló Kinner.

—Sí, la naturaleza. —Le dio una palmada en el hombro—. No me aguardes.

Desapareció dentro de la taberna.



El barco soltó amarras. En la borda, hombro con hombro, un marinero y un grumete miraban cómo Portpatrick menguaba. Caleb rozó con los dedos la mano de Jenna, ambos aferrados al pasamanos. No pudo evitar la sonrisa al verla de reojo, vestida de muchacho. Tendría que seguir así hasta abandonar el navío.

Enderezó la vista hacia la mar.

—Dicen que, en día claro, desde la costa de Irlanda se ve Escocia en algunos tramos.

—¿De veras?

—Eso he oído.

Jenna jugueteó con la media moneda que colgaba de su cuello y sonrió al imaginarlo. Caleb le robó otra mirada.

—Nos instalaremos junto al agua —prometió en un susurro—. Al anochecer contemplaremos el mar. Te abrazaré y, como dos mitades quebradas, seremos un solo corazón.

Jenna alzó el rostro al viento, dejando que la brisa llevara sus pensamientos hasta esa promesa hecha de mar y de amor.

Notas

---

[1] El **bodhrán** es un tambor celta de marco circular, cuyo retumbar acompaña antiguas danzas y cantares, evocando la fuerza primitiva de la tierra y el pulso del corazón de las Tierras Altas.

[2] **Sporran**: pequeña bolsa de piel, tradicional en la indumentaria escocesa, que se lleva colgada al frente del kilt y sirve como bolsillo.

[3] **Kertch:** pañuelo tradicional que cubría la cabeza de las mujeres casadas en Escocia, usado como símbolo de respeto y posición.

[4] **Leine**: prenda tradicional de las Tierras Altas, una túnica larga de lino, amplia y ligera, que se llevaba como ropa interior bajo el tartán o la arisaid.

[5] **Plaid:** gran manto de lana a cuadros, típico de las Tierras Altas, que podía usarse como abrigo, capa o incluso manta, y que era símbolo de clan y orgullo escocés.

[6] **Arisaid**: prenda femenina tradicional de las Tierras Altas, hecha de lana ligera a cuadros, que se llevaba sobre el vestido como un amplio manto sujeto al hombro con un broche o un cinturón.